

1

BIBLIOTECA CASA
R1
R
DM

BIBLIOTECA 'MARCIDO ALONSO CORTES'



BIB. MUNPAL. CASA JOSE ZORRILLA



1357068
821 ZOR HOM

BOLETÍN DEL

CENTRO ARTÍSTICO

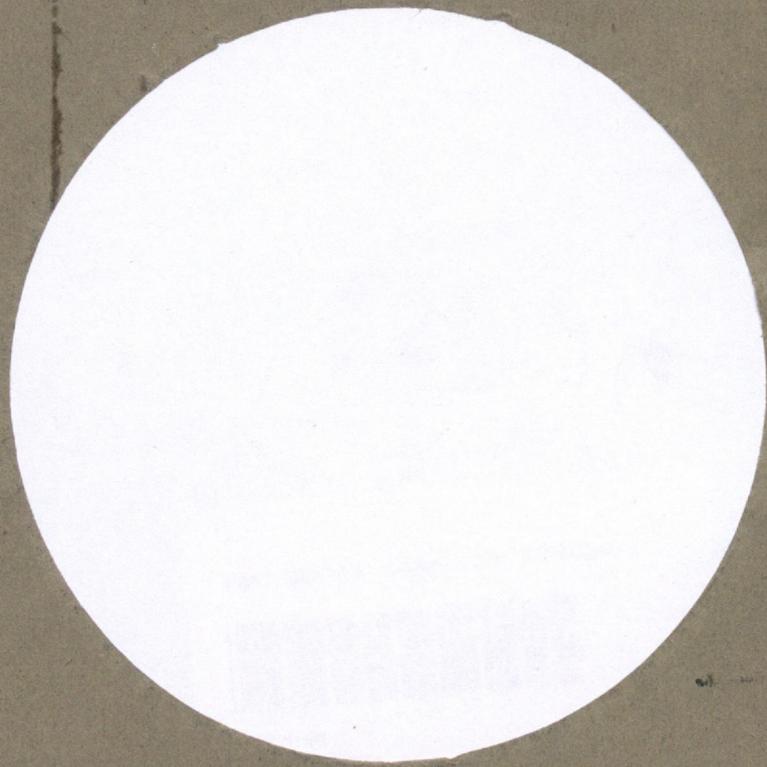
Y LITERARIO DE GRANADA



Homenaje a Zorrilla

1817-1917



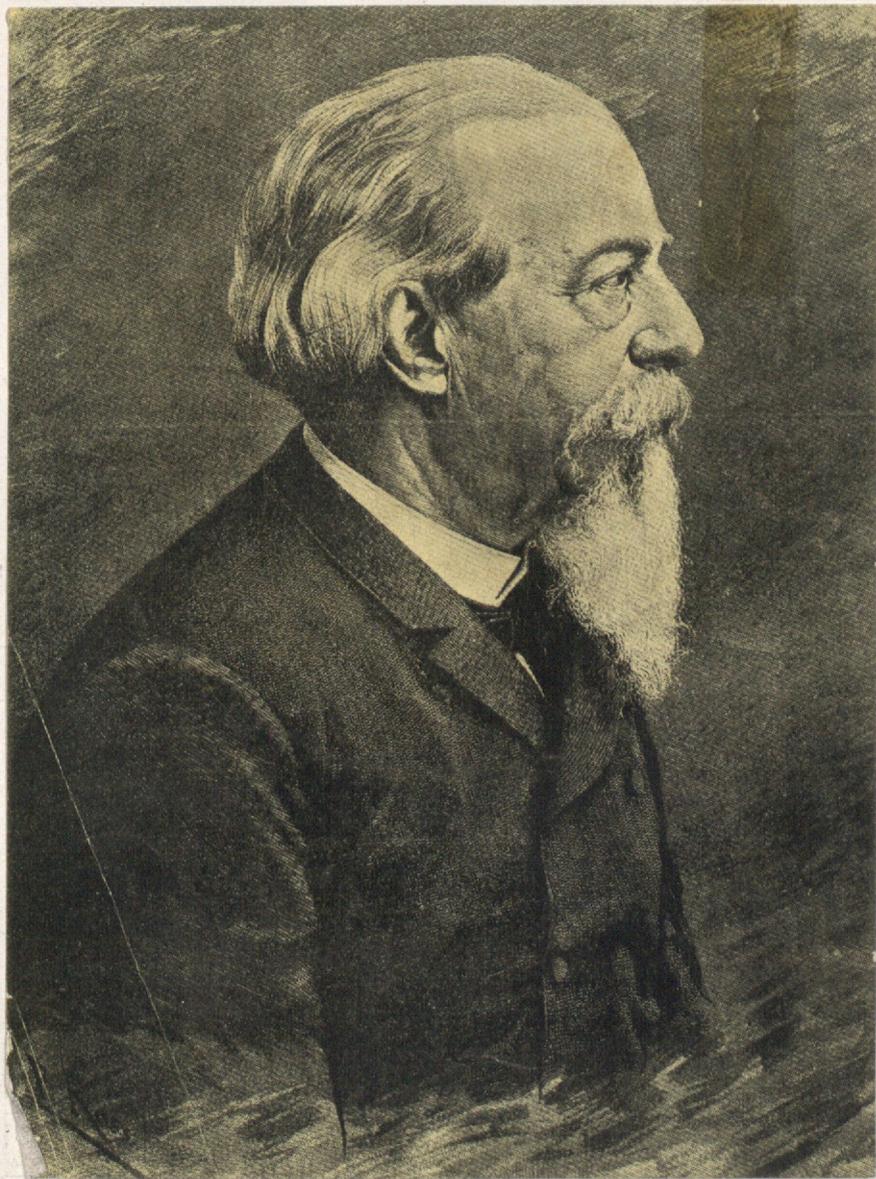


Homenaje a Zorrilla

en el 1.^{er} Centenario de su nacimiento

1817

1917



DON JOSÉ ZORRILLA

Nació en Valladolid 21 Febrero 1817. Murió en Madrid 25 Enero 1895



En el primer centenario del nacimiento de Zorrilla



ESPAÑA entera conmemora el centenario del más excelso de los poetas castellanos, realizando con ello un acto de justicia en homenaje de quien, como nadie, supo cantar sus glorias. Zorrilla fué el verbo nacional que, con inspiración suprema y grandiosa, representó en la poesía, no solo el espíritu de todo nuestro pueblo, sino que llegó a encarnar el alma entera de la raza. Y como nació para ser la expresión de todo lo bello y todo lo grande, fué Granada el objeto de sus más altísimas y maravillosas concepciones. En nuestra tierra privilegiada, única en el mundo, encontró la fuente inagotable donde beber inspiraciones divinas que, traducidas al noble y riquísimo lenguaje de las Musas, fueron asombro y pasmo de toda una época, y lo serán eternamente, mientras la Humanidad se rinda ante los primores de la belleza artística.

Granada, siempre noble y generosa, no olvidó lo que debía al viejo poeta, y, siendo intérprete de las aspiraciones de todos los españoles, ciñó a sus sienas venerables la corona del Genio, en la Alhambra, único lugar digno de quien mejor elogió su hermosura.

Por eso en el día en que se cumplen cien años del nacimiento de tan grande hombre, Granada, al par de Valladolid, tiene derecho a llevar la iniciativa en el recuerdo de Zorrilla; que si en la capital castellana, y al pie de la torre bizantina, que él hizo mil veces célebre, recibió el bautismo cristiano, la ciudad morisca en su Alhambra incomparable, derramó sobre la venerable cabeza del poeta las aguas bautismales de la inmortalidad y de la gloria.

NATALIO RIVAS

JOSÉ ZORRILLA⁽¹⁾

EN el Museo de Arte Moderno existe un cuadro ante el cual suele pasar distraída o indiferente la mayoría de los visitantes, sin detenerse a considerar que, en aquel reducido lienzo, supo el hábil y diestro pincel de un artista sevillano, merecedor de suerte más venturosa de la que alcanzó, agrupar las figuras de los principales y más famosos ingenios españoles que, precedieron muy de cerca al Romanticismo y las de los que florecieron durante su imperio.

El autor de esta curiosa pintura, que tiene el valor de un documento histórico por ser la representación gráfica, viva y animada, de uno de los capítulos más interesantes de nuestra historia literaria en el siglo XIX, se complació en congregar en su estudio junto a los más calificados líricos del período preromántico, como Quintana y Gallego, a los que con más timidez, como nuestro paisano Martínez de la Rosa, o con más valiente decisión, como el duque de Rivas y don José Espronceda, se lanzaron resueltamente por los nuevos caminos abiertos entonces a la poesía.

Al lado de estas personalidades tan relevantes en el mundo literario, se contemplan también los retratos de otros escritores que, aunque en esfera más modesta que aquéllos, no dejan de ser dignos de nuestra simpatía o de nuestra admiración afectuosa.

Allí aparecen Bretón de los Herreros, el más fecundo, original y castizo de los poetas de la época; Ventura de la Vega, que con su buen gusto nativo y sus primores y elegancias de forma, procuró conservar la antigua tradición clásica que ilustraron y honraron en sus obras, escritores como Lista, Moratín y Quintana; Hartzenbusch que tuvo su único momento de romanticismo en *Los Amantes de Teruel*; Mesonero Romanos, tan enamorado de su Madrid como se muestra en sus *Memorias de un setentón*; el motrileño D. Francisco Javier de Burgos que debe principalmente su fama a la elegante y completa traducción de Horacio; el laborioso e infatigable historiador de nuestra literatura D. José Amador de los Ríos; el benemérito D. Agustín Durán,

(1) Discurso leído por su autor en la solemne velada que el Centro Artístico y Literario de Granada celebró la noche del 21 de Febrero, para conmemorar el natalicio del poeta.

ardiente y razonado defensor de nuestro teatro clásico y acertado y oportuno coleccionador de las riquezas artísticas diseminadas en los antiguos romances, verdadero tesoro de la poesía popular española que, sin temeridad peligrosa ni vana e inmodesta jactancia, puede ser estimada como la de más profunda inspiración y más espléndido y variado ropaje entre las de los demás pueblos de Europa; y, finalmente, otros muchos escritores cuyos nombres omito por no prolongar en demasía la enumeración de los reunidos y retratados por Antonio María Esquivel en su cuadro *Los Poetas* y entre los cuales, tal vez como representante en 1846 de la poesía del porvenir, se contempla a D. Ramón de Campoamor, uno de nuestros más felices ingenios en los tiempos posteriores al Romanticismo.

Todos los que forman aquella asamblea literaria aparecen en actitud de escuchar, atentos y suspensos, a un joven de semblante pálido y de figura cenceña, coronado por la larga melena que imponía la moda de la época, que situado en el centro, daba lectura de una obra suya ante tan distinguido concurso.

Quien de tal suerte cautivaba la atención de sus oyentes, encadenándolos con el respeto y el encanto que sus semblantes reflejaban, no era otro que el que años antes, en una tarde triste de Febrero y en los lúgubres momentos del entierro de Larra, se dió a conocer y conquistó la fama de poeta que sus contemporáneos le otorgaron sin vacilaciones, distingos ni regateos y que la posteridad ha sancionado, como lo demuestra elocuentemente el sincero entusiasmo con que España entera, y con ella los pueblos todos de lengua castellana, se disponen a celebrar el primer centenario de su nacimiento, no pudiendo faltar al cumplimiento de esta obligación, imperiosa para todo español amante de las glorias patrias, la ciudad de Granada y su culta Sociedad el Centro Artístico, que solo ha padecido una equivocación lamentable al dispensarme la honra, muy agradecida por mí, de encargarme en esta ocasión solemne, de interpretar y declarar sus sentimientos de admiración al poeta y a sus obras, cuando fácilmente pudo designar a otros que con más competencia y autoridad habrían desempeñado más lucida y provechosamente esta empresa.

De su vida, como la de quien recibió de Dios el singular don de conmover y deleitar con sus obras a varias generaciones, poco he de decir, por lo mismo que es de todos tan conocida. Solo he de recordar algunos rasgos de ella dejando hablar al mismo Zorrilla que en tantas ocasiones gustó de comunicar al público el accidentado curso de su existencia y las intimidades más recónditas de su inquieto espíritu.

A su excelente amigo D. Miguel Lafuente Alcántara, cuyo nombre merece el respeto y el afecto de cuantos nacimos en esta tierra, como autor que es de la *Historia del Reino de Granada*, dedicó Zorrilla su originalísima obra *Una historia de locos*, que sirve de prólogo, según su autor, a mil leyendas granadinas y en ella le ofrece el siguiente lacónico resumen de su historia:

Breve y señilla,
Aunque cual breve triste, es solamente
La de un oscuro hidalgo de Castilla
Que, último de su raza, en otro suelo
Busca otro nuevo hogar, busca otra gente
A orillas de otro mar, bajo otro cielo
Dó su pasado mal no halle presente.
No voy en pos de recompensa alguna,
Ni de fortuna en pos más venturosa:
Yo no busqué jamás a la fortuna.

Esta falta de ambición, de previsión práctica y calculadora mirando al porvenir, de que alardeaba ingenuamente cuando se hallaba en plena juventud, le acompañó durante su vida entera; y así, ya en la vejez, al ingresar en la Academia Española que por segunda vez le había abierto sus puertas, la ratificó y explicó en el discurso que leyó en el acto de su recepción, expresándose en los términos siguientes:

¿Qué ha de hacer con el oro y con la gloria
alma de envidia y vanidad exenta?
¡Si en mi hogar no hubo padres y no hay hijos!...
¿para qué quiero yo gloria y riquezas?
¡No me habléis de caudal hecho con cálculos,
números no metais entre mis letras!
Yo le engendré, y vendí a *Don Juan Tenorio*
por no perder el tiempo en echar cuentas.

Aquel triste y desierto hogar a que alude, había sido deshecho por la guerra civil, cuyos odios envenenados

Los padres y los hijos dividieron,
Y al mundo divididos nos lanzaron
Como átomos de polvo que arrebató
El huracán, cuyos gigantes brazos
El torbellino asolador desata;

Como restos de nave sumergida
Que entre las ondas de la mar se anegase,
Que en el naufragio errantes se desunen,
Y que, aunque todas a la playa llegan,
Nunca más en la playa se reúnen.

Entre estos tristes recuerdos había, sin embargo, uno cuya evocación llevaba al alma del poeta dulcísimo consuelo. Nos lo descubre en estas palabras:

Mi madre,
Alma llena de amor y de ternura,
Para quien todo el mundo se encerraba
En mi profundo amor y el de mi padre,
Débil mujer, más tipo de hermosura
Meridional, de raza verdadera
Española: ojos negros, tersa frente,
Boca fresca de enana dentadura,
Suave acento, sonrisa cariñosa,
Tez pálida, morena y transparente,
Aguileña nariz, breve cintura,
Casta y noble expresión, marcha ligera,
Pequeñísimos pies, corta estatura,
Y coronada, en fin, de fabulosa
Negra, riza y sedosa cabellera,
Que envolvía sus hombros abundosa,
Y la media, en pie, la talla entera.

Alejado de aquel hogar amado, que la adversidad y la desgracia destruyeron, emprendió Zorrilla la penosa y agitada existencia del trovador errante que, con varios y alternados accidentes, no había de terminar sino con la muerte. Él mismo nos describe aquella época de febril actividad:

En lustro y medio de voraz trabajo
que a mi patria asombró, ver logré en ella
volar mi nombre de la fama en alas,
e intenté realizar mi gran quimera:
alzar una pirámide de gloria
del solar de mis padres a la puerta
y que al volver a él, hallaran limpias
mis manos, y mi honra y mi conciencia.

A esta época corresponde su primer viaje a esta ciudad, en la que conoció y trató a D. Juan Valera, a la sazón estudiante de Derecho y que fué desde entonces admirador y amigo del poeta.

«Allí—refiriéndose a Granada y a Zorrilla, dice el preclaro autor de *Pepita Jimenez* (1)—vivió él en la misma fonda en que yo vivía, cuando él fué a inspirarse para escribir su poema. Y casi siempre, mientras él allí estuvo, le acompañé y serví de *cicerone*, yendo con él a la Alhambra,

(1) Valera, *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*, t. V pág. 268.

al Generalife, a la Cartuja, al Sacro-Monte y a la Fuente del Avellano, de la que sin duda el poeta hizo salir más tarde al hermoso Azael, al Angel de las perlas que tantas venturas y grandezas pronosticó y que tan espléndido tesoro regaló a Alhamar el Nazarita.»

Entonces fué cuando, extasiado ante el panorama granadino, cantó su fe cristiana y su admiración por esta tierra en la poesía titulada *Desde el mirador de la Sultana*, cuyas dos primeras estrofas no hay buen granadino que no recuerde:

¿Quién no te cree, Señor, quién no te adora,
Cuando a la luz del sol en que amanece
Ve esta rica ciudad de raza mora
Salir de entre los lóbregos dobleces
De la nocturna sombra, y a la aurora
Abriendo sus moriscos ajimeces
Ostentar a tus pies, lozana y pura
Perfumada y radiante tu hermosura?

Yo te adoro, Señor, cuando la admiro
Dormida en el tapiz de su ancha vega;
Yo te adoro, Señor, cuando respiro
Su aura salubre que entre flores juega;
Yo te adoro, Señor, desde el retiro
De esta torre oriental que el Dauro riega;
Y aquí tu omnipotencia revelada
Yo te adoro, Señor, sobre Granada.

Más tarde, tras de residir durante algún tiempo en París, donde contó con la ayuda generosa de D. Fernando de la Vera para la impresión de su poema de Granada y disfrutó además de la espléndida protección del veracruzano D. Bartolomé Muriel, la inquietud y el desasosiego que siempre le importunaron, le hicieron concebir el propósito de salir de París y atravesar el Atlántico en busca de la muerte que pusiese piadoso fin a sus contrariedades y amarguras.

Él mismo refiere así este episodio:

.. y para ir a morir tendí la vista
a los desiertos páramos de América

Veinte años de mi patria viví lejos;
ni supe de ella más, ni inquirí si era
ya en ella recordado: de mi vida
que he dormido veinte años hago cuenta
Y ¡qué sueño; ay de mí! qué pesadilla!
vagué entre tumbas a mi paso abiertas,
¡y cuanto allá me amó se hundió entre sangre,
traiciones, y calumnias, y miserias!

En la última época de su vida, después de su regreso de América y cuando aun tenía ante sus ojos la triste visión de la tragedia de Querétaro

que puso término al breve y desdichado imperio de su amigo y protector Maximiliano, encontró en España abundantes pruebas de la admiración entusiasta que sus obras producían. Su segunda elección hecha por la Academia Española, la cariñosa acogida que le otorgó el Ateneo, y finalmente, su solemne coronación, celebrada en esta Ciudad en 1889, fueron, entre otros muchos, los más elocuentes testimonios de la identificación que existía entre el poeta y su pueblo.

Con razón pudo Zorrilla sentirse satisfecho de haber logrado tan singular y raro privilegio, de que era tan merecedor por su constante y exclusiva consagración a la poesía, quien como él, no fué otra cosa que poeta. Solo por esto se explicaba él el honor que le dispensó la Academia de la Lengua, atribuyéndolo

al bagaje de versos que me sigue
y mi exclusivo nombre de poeta,
qué título o apodo, estigma o nimbo,
encoroza o corona mi cabeza;
pero que, honroso título o estigma,
yo soy el solo que sin más lo lleva,
el único que más no ha sido nunca
y el solo acaso de la edad moderna.

Como lírico no faltan críticos que le regateen sus merecimientos, reduciendo a muy corto número el de sus composiciones de este género, que han logrado resistir a la implacable acción del tiempo, que marchita y hace envejecer las manifestaciones artísticas que no alcanzaron la perenne perfección que pueda darles el don de la perpetua juventud y de la inmortalidad. Pero nadie se mostró más duro y cruel que el mismo Zorrilla con sus composiciones líricas, declarando en su discurso la indiferencia invencible que sentía hacia ellas como antes, en sus *Recuerdos del tiempo viejo*, no vaciló en estampar estas tristes manifestaciones:

«Yo he vivido siempre con la sonrisa en los labios y con la boca llena de alegres palabras; pero he llevado siempre la tristeza en el corazón por no haber sabido lograr jamás lo que me he propuesto, pareciéndome siempre en conciencia justo y bueno lo que me proponía. Así es que en mi corazón no he dejado jamás penetrar a nadie, para lo cual he aprendido desde muy joven una cosa muy difícil de poner en práctica: el arte de hablar mucho sin decir nada, que es en lo que consiste, generalmente, mi poesía lírica, aunque por ella se extravasa la melancolía y en ella rebosa la amargura de mi alma».

Afortunadamente, Zorrilla se ve desmentido

por sus propias obras líricas, y el encanto que de ellas trasciende, su variedad opulenta en tonalidades y armonías y, sobre todo, el sello profundo de originalidad, neta y castizamente española que las distingue, constituyen la más briosa y definitiva protesta contra la despiadada auto-crítica antes mencionada.

En *La noche de invierno*, dedicada al pintor Genaro Villaamil, señala el paralelismo entre la labor del pincel de éste y la de su pluma de poeta:

A inspirarnos han venido
La noche con sus tinieblas,
El rayo con su estampido,
La lluvia con su rumor:
Tú pintarás lo que sientas;
Yo escribiré lo que siento
En el empuje violento
Del huracán bramador.

Tú pintarás las memorias
Que nos quedan por fortuna,
Yo escribiré las historias
Que vida a tus cuadros den.

Te diré el blando murmullo
De las aguas destrenzadas,
Y el melancólico arrullo
De la tórtola que amó;
Te diré cómo se mecen
Las flores sobre los tallos,
Cómo nacen, cómo crecen,
Cómo el sol las agostó.

Tú nos pintarás al hombre
Con su choza o su palacio,
Y yo te diré su nombre,
Y lo que en el mundo fué:
Tú al mundo darás colores,
Yo le daré lengua y vida;
Tú pintarás los amores,
Y yo te los cantaré.

En la épica, entendida, sentida y practicada, no según su concepto clásico, al modo de la epopeya primitiva, expresión total de los sentimientos e ideas de una nacionalidad o de una raza, sino según permitían las condiciones y las circunstancias de su época, tomando como tema recuerdos del pasado, consejas y cuentos populares, tradiciones en que con el elemento histórico se mezcla, ensanchándolo y prestándole rasgos de misteriosa grandeza, la creación de la fantasía, lances de amor, reminiscencias de la Reconquista con las emulaciones y competencias de moros y cristianos, páginas caballerescas, reflejos del orden religioso vistos sobre un fondo de infantil candor, fué como nuestro poeta encontró los materiales sobre los cuales había de elevarse su fama imperecedera, afirmada y san-

cionada por la posteridad. A buen juez mejor testigo, *El Capitán Montoya*, *Margarita la Tornera* y el primoroso cuento oriental que sirve de introducción a su poema *Granada*, que no llegó a terminar, acreditan con otras producciones análogas, la perfección insuperable a que llegó en el cultivo de la leyenda.

Y su teatro, nacido al calor de los mismos ideales nacionales y conservando idéntico espíritu tradicional y legendario, sobrevive y alcanza renovados triunfos de estas generaciones españolas, ya tan alejadas del tiempo en que vivió Zorrilla, solazándose muchos públicos con algunas de sus composiciones dramáticas que se han salvado del olvido en que cayeron las de los demás autores de aquella época y aun de las posteriores.

El Zapatero y el Rey, *Traidor, inconfeso y mártir*, *El puñal del godo*, son obras que no han envejecido porque ofrecen en sus argumentos el vigor y la lozanía con que el genio del poeta supo dar relieve y entonación enérgica y valiente a personalidades históricas que por diversos motivos quedaron envueltas entre brumas y vaguedades engendradas, ya por la contradicción, ya por el misterio.

El rey D. Pedro, no el de la crónica del Canciller Ayala, sino el de la leyenda del pueblo, que vió en aquel monarca solo al terrible enemigo de las tendencias y aspiraciones feudales, la figura vulgar de Gabriel Espinosa idealizada hasta elevarla a la nobilísima y excelsa condición del rey D. Sebastián, y el sin ventura D. Rodrigo, último monarca godo, son otras tantas creaciones que vivirán mientras no se apague en los pechos españoles el recuerdo amoroso de nuestra historia, con sus grandezas y sus defectos, sus resplandores y sus sombras.

Y el caso excepcional, único en nuestro teatro, de *D. Juan Tenorio*, que reaparece anualmente en los escenarios españoles, alcanzando siempre una acogida entusiasta, que no disminuye ni se atenúa, porque posee y ofrece el encanto de la perpetua juventud, constituye una nueva prueba de que su autor acertó a expresar fielmente los sentimientos de su pueblo.

Zorrilla, que entre los detractores y más severos censores de esta obra afortunada, figura en primera línea, explica de esta manera sus éxitos, periódicamente renovados:

Obra de un chico atrevido
que atusaba apenas bozo,
os parece tan buen mozo

porque está tan bien vestido.
 Pero sus hechos están
 en pugna con la razón:
 para tal reputación
 ¿qué tiene, pues, mi *Don Juan*?
 Un secreto con que gana
 la prez entre los don Juanes;
 el freno de sus desmanes:
 que doña Inés es cristiana.
 Tiene que es de nuestra tierra
 el tipo tradicional;
 tiené todo el bien y el mal
 que el genio español encierra.
 Que, hijo de la tradición,
 es impío y es creyente,
 es baladrón y valiente
 y tiene buen corazón.
 Tiene que es diestro y es zurdo,
 que no cree en Dios y le invoca,
 que lleva el alma en la boca
 y que es lógico y absurdo.
 Con defectos tan notorios
 vivirá aquí diez mil soles,
 pues todos los españoles
 nos la echamos de Tenorios.

Y no fué tampoco más lisonjero y benévolo el juicio general que formó sobre su labor poética. «He probado—nos dice en sus *Recuerdos del tiempo viejo*—y en lo dicho me ratifico, que casi todas mis producciones literarias son muy medianas y producidas bajo malos principios y en desfavorables condiciones; que sólo el acto tercero de *El Zapatero y el Rey*, los dos primeros de *Traidor, inconfeso y mártir*, me dan derecho a tener pretensiones de autor dramático, y que mi *Capitán Montoya*, mi *Cristo de la Vega* y mi *Margarita la tornera* me le dan positivo a creerme poeta descriptivo y legendario. Nunca he manifestado aspiraciones a más; y por saberse el pueblo español de memoria estas leyendas mías, he venido a parar sin empeño ni *trastien-*

da mía en parecer el poeta más popular, ayudado, amparado y anualmente sostenido por *Don Juan Tenorio*, a quien por ahora no hay modo de derrocar; ídolo para quien el pueblo ha hecho un altar del escenario y de quien yo no me empeño ya en probar lo débil y mal cocido del barro en que está hecho, y la deleznable base de arena del pedestal sobre que están apoyados los pies de su deificada y adorada imagen, porque es el único protector que me queda y la única deidad a que puedo encomendarme».

Pero como contraste y rectificación de tan acerba autocrítica y a la vez como digno remate y final de estas líneas en que ofrezco el humilde tributo de mi admiración al egregio poeta, quiero trasladar las autorizadas palabras en que Don Juan Valera sintetizó su juicio acerca de Zorrilla y de su significación en el campo de las letras en la España del siglo XIX.

«Todavía en aquel período de extraordinaria y fecunda animación poética—dice en su *Florilegio de poesías castellanas*—hubo y descolló un vate, que no fué más que vate, que consagró a la poesía su vida entera, que la tomó por profesión u oficio a la manera de los antiguos trovadores, y que, sin sostener aquí que valía más o menos, fué más popular en lo dramático que García Gutiérrez y Hartzenbusch, más leído y celebrado que el Duque de Rivas en lo legendario, y casi estoy por afirmar que más admirado en lo lírico que Espronceda y la Avellaneda. Su alta reputación y su envidiable fama permitieron sin eclipse hasta que terminó la vida mortal del poeta. Y por cuanto podemos columbrar y ver en el porvenir, su gloria le sobrevivirá sin menoscabo en el presente siglo y acaso en los futuros.»

ELOY SEÑÁN

MI CUARTILLA

EN el último cuarto del siglo pasado, cuando Granada coronó regiamente a su cantor, ví yo a Zorrilla dos instantes, dos solos momentos; pero de tanta intensidad que, han perdurado en mi memoria. Fué uno en los bosques de la Alhambra, de noche, entre fantásticas luces de colores; y fué el otro en el severo palacio del César Carlos V, a plena luz, en el solemne acto de la coronación. Pues bien, en ambos instantes encontré al poeta ¿cómo diría yo? No rimaba su noble figura con las gentes que le rodeaban. Su blanca melena ahuecada era ya cosa extraña entre nosotros y el frac que vestía sonaba a profanación. Los días

de Zorrilla habían pasado y él mismo era una leyenda más entre sus leyendas. Quizás por esto, por su carácter legendario, rendíamos al poeta el homenaje de nuestra admiración. ¡Nuestra última admiración! Aquel acto fué una despedida, aunque no nos diéramos cuenta del sentido que encerraba. Y no despedíamos a Zorrilla, sino que en él despedíamos una época, la época bellamente romántica de la España caballeresca. Con Zorrilla acababa el reinado de D. Quijote *el Único* y comenzaba el de Sancho Panza I.

AURELIANO DEL CASTILLO



EL CAPITÁN MONTOYA (Fragmento)

LA CRUZ DEL OLIVAR

Muerta la lumbre solar,
iba la noche cerrando
y dos jinetes cruzando
a caballo un olivar.

Crujen sus largas espadas
al trotar de los bridones,
y véñse por los arzones
las pistolas asomadas.

Calados anchos sombreros,
en sendas capas ocultos,
alguien tomara los bultos
lo menos por bandoleros.

Llevan, porque se presume
cual de los dos vale más,
castor con cinta el de atrás,
y el de adelante con pluma.

Llegaron donde el camino
en dos les divide un cerro,
y presta una cruz de hierro
algo al uno de divino,

Y es así: que si los ojos
por el izquierdo se tienden,
sotos se ven que se extienden
enmarañados de abrojos.

Mas vése por la derecha
un convento solitario,
en campo de frutos vario
y de abundante cosecha.

Echóse a tierra el primero,
y al dar la brida al de atrás,
-Aquí - dijo - esperarás - ,
y el otro dijo: -Aquí espero.

Y hacia el convento avanzando,
del caballero en la obscura
sombra se fué la figura,
hasta perderse, menguando.

Quedó el otro en soledad,
y al pie de la cruz sentado,
siguió inmóvil y embozado,
en la densa obscuridad.

Mugía en las cañas huecas
en son temeroso el viento,
rascándose turbulento,
por entre las ramas secas.

Y en los desiguales hoyos,
con las lluvias socavados,
hervían encenagados
sin cauce ya los arroyos.

Ni había una turbia estrella
que el monte alumbrara acaso,
ni alcanzaba a más de un paso,
ciega la vista sin ella

Ni señal se percibía
de vida en el olivar,
ni más voz que el rebramar
del vendaval que crecía.

Y al hierro santo amarrados
ambos caballos estaban;
y allí en silencio aguardaban,
a esperar acostumbrados

Ni de la áspera maleza,
pisada al agrio rumor,
les volvió su guardador
sólo una vez la cabeza.

Un pie sobre el otro pie,
embozado hasta las cejas,
metido hasta las orejas
el sombrero, se le vé:

como un entallado busto
de alguno que allí murió.
y allí ponerse mandó
por escarmiento o por susto.

Ni incrédulo faltaría
que, si cerca de él pasara,
medroso se santiguara
dudando lo que sería.

Que a quien suele con la luz
y en compañía blasfemar,
bueno es hacerle pasar
de noche junto a una cruz.

Mas esto se quede aquí;
y volviendo yo a mi cuento
digo que, dudoso y lento,
gran rato se pasó así.

Y ya se estaba una hora
de espera a expirar cercana,
cuando sonó una campana
de lengua aguda y sonora...

Y aun duraba por el viento
su vibración, cuando el guía,
alguien notó que venía
por el lado del convento.

.....

José ZORRILLA

Dibujo de Ortíz

ANTES DE LA CORONACIÓN DE ZORRILLA

ALLÁ en 1885, cuando los periodistas granadinos llegamos a conseguir que las fiestas del Corpus Christi recobrasen sus pasados esplendores y entraran en los derroteros de las solemnidades modernas, mi amigo del alma, el gran escritor y erudito Rafael Gago, a quien ni aun muerto se le ha hecho justicia en esta tan olvidadiza tierra, nos propuso la hermosa idea de coronar al insigne cantor de Granada; «al popular poeta, cuyas grandiosas inspiraciones brotaron del alma de nuestra nacionalidad y a ella vuelven, conmoviéndola unánime emoción al derramarse en desbordador entusiasmo de ciudad en ciudad, y hasta de aldea en aldea», a D. José Zorrilla, que anciano y pobre había reverdecido sus laureles; había logrado que el Ateneo de Madrid, recientemente, proclamara su gloria y la eterna juventud de sus poesías y de su inspiración...

No pudo entonces realizarse la idea, pero la Prensa granadina dirigió a la Prensa nacional una alocución, que se publicó en Abril de aquel año, hermosamente redactada por Gago, y que reprodujeron algunos periódicos.

Dos inmensas calamidades, la epidemia cólera y los terremotos impidieron en 1884 y 1885, pensar en lo propuesto por mi ilustre amigo, pero Zorrilla, ante la tremenda desdicha que afligió a la provincia entera, a más de coadyuvar a cuantas obras caritativas se le invitó, emocionado y triste, escribió *Granada mía!*... inspirado y bello «lamento mozárabe» y lo puso a la venta, destinando su producto al socorro de los desgraciados que lloraban la pérdida de su familia y de su hogar.

Ya antes, había dicho en el número extraordinario de *El Día*:

Viejo y pobre ya no vivo
para el mundo; ya no canto:
solo puedo inútil llanto
derramar ya sobre tí;
miserable lenitivo
de mis ansias postrimeras
fuera, si caes, que cayeras
¡oh Granada!, sobre mí...

Me impresionaron esos versos y recordé la famosa poesía que en 1855 escribió en el *Album* de la Alhambra, y en la que había expresado, como también lo dijo a uno de sus amigos de la

«Cuerda», sus deseos de morir en Granada.

A ese amigo dijo algo más: que para él nada habría tan deliciosamente hermoso como vivir en un rinconcito de su querida Alhambra... En la poesía de 1855, dice:

Dejadme en este alcázar, labrado con encajes,
debajo de este cielo de límpidos celajes,
encima de estas torres ganadas a Boabdil.

Dejadme hasta que llegue mi término preciso
y un canto digno de ella le entonaré quizá.
Sí: quiero en esta tierra mi lápida mortuoria...

y pensando en que Zorrilla era *viejo y pobre* y en que volvía a sus deseos de morir aquí, en el n.º 40 de mi revista *La Alhambra* (1884-1885), escribí unas líneas tituladas *Zorrilla y Granada*, en las cuales recogí las aspiraciones del gran poeta, y, comentándolas, dije:

«¿No se permite al ruiseñor que entone sus endechas desde los calados ajimeces del alcázar árabe? ¿Se impide a la poética golondrina que deposite en aquellos salones de bordados muros los suspiros de los árabes del desierto? ¿Por qué no conceder a ese egregio anciano, hoy *viejo y pobre*, el rinconcito porque suspira desde castellana tierra?... Dejémosle vivir en su Alhambra; dejémosle traducir en inspirados versos las tiernas endechas del ruiseñor y los melancólicos suspiros que allá del Africa nos trae la golondrina... «Ofrezcámosle, si no la Alhambra, porque Granada no puede darla ni ofrecerla, un modesto retiro cerca de ella»...

Un año después, Zorrilla publicó uno de sus últimos libros: *Gnomos y mujeres*, dedicado al Ayuntamiento y a la Diputación de Granada, y en el preámbulo o prólogo, después de consignar humildemente que sus versos *Granada mía!*, no produjeron «treinta y cinco duros con que adquirir una choza para los huérfanos de Granada»... (!) hízome la honra, recogiendo mi modestísima iniciativa, de decir:

«*La Alhambra*, periódico de Granada, abogaba en uno de sus números por mí, proponiendo que el municipio granadino, me acordase no se qué merced, que según aquel periódico me era debida. No, Granada no debe nada al que no ha sabido ni podido llevar a cabo su poema: pero la redacción de *La Alhambra*, me recordaba lo

que yo a Granada debo, y me he creído en el deber de probar por última vez, si en las cuerdas de mi lira, ya convertida en viejo rabel, quedan aun algunas últimas notas, que lleven el último canto del moribundo Fénix a las ruinas del nido en que nacieron plumas a las alas del genio de su poesía juvenil... Quizá sea este breve prólogo, donde el gran poeta ha consignado sus más íntimas reflexiones acerca del carácter español: ...«los pueblos meridionales, — dice — hablamos pero no escuchamos: soñamos, pero no meditamos: no hacemos nada, pero criticamos a los que hacen algo y pasamos la vida haciendo tiempo para morirnos: ocupándonos de impedir que vivan tranquilos los que trabajan para vivir de su incesante trabajo, procurando con él mejorar y perfeccionar la vida de los que huelgan, ocupándola solo en hablar de los demás. — Así vivimos, así somos y así seremos...»

Después del poema *Los gnomos de la Alhambra*, puso Zorrilla en este precioso libro el desairado «lamento mozárabe, recuerdo del tiempo viejo ¡Granada mía!» eruditas notas al poema, y bellísimos versos titulados *Mujeres*, entre los que figuran *El Pinar*, dedicados a la distinguida granadina doña Paulina Contreras, esposa del insigne escritor y poeta Pedro Antonio de Alarcón.

En las notas, explicando el fantástico ensueño de la aparición de los *gnomos* en los subterráneos de la sala de Comares, donde estuvieron las estatuas que guardaban el tesoro y el jarrón

maravilloso, dice «que a mediados del mes de Abril de 1846, vivía,... aposentado por el Ayuntamiento de Granada en la casa anexa a la parroquia de Santa María de la Alhambra, cerrada por entonces al culto»... y que su alcoba «era una especie de panteón embovedado, en cuyo rosetón central se ostentaba un saliente y poderoso gancho de hierro, que así podía servir para suspender una lámpara, como para colgar a un hombre»... En esa misma nota, como era costumbre entre los escritores de aquella época, Zorrilla se desahogó contra Carlos I que derribó «los pabellones de invierno del alcázar moro para hacer este babilónico picadero, que no ha servido más que para circo de las ratas»... a quienes los *gnomos* perseguían, defendiendo lo que el *loco flamenco*, dejó en pie por casualidad!!!... Zorrilla no contaba, cuando escribía así, que tres años más tarde, el 22 de Junio de 1889, habían de coronarle, en nombre de la Reina Regente, en el gran patio del Palacio del César...

No sé, aparte de la hermosa carta que en 6 de Febrero de ese año dirigió al Liceo, *sometiéndose* a la ceremonia de la coronación, cuál tué la opinión íntima del poeta respecto de ese acto, pero digo, como en 1885, que me parece que más le hubiera agradado un modesto rinconcito en la Alhambra para acabar en él su vida y terminar su poema *Granada* (preocupación constante del viejo poeta), que aquellas esplendorosas fiestas.

FRANCISCO DE P. VALLADAR

KASIDA A GRANADA

Los versos del gran poeta,
en aquellos dulces días
de mi juventud riente
que voy llorando perdida,
me hicieron que te adorase
cuando no te conocía.

Y cuando gocé más tarde
tus orientales delicias,
dando culto a tu hermosura
desde tu Alhambra divina,
estimé del vate insigne

las canciones favoritas,
copiando dentro del alma
sus estrofas peregrinas.

Fuiste suya y él fué tuyo
por extraña simpatía,
que comprenderse no pueden
por quien la belleza estima,
a Zorrilla sin Granada,
a Granada sin Zorrilla.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

OJEADA RETROSPECTIVA

I

ENTRE los sucesos que van tegiendo la urdimbre de la vida de cada individuo, algunos, pocos por regla general, de tan gran relieve y colorido que tarde o nunca se olvidan, causando su recuerdo, cuando a él nos entregamos o el deslumbramiento y la admiración si la cosa lo merece, o el espasmo del miedo, que todavía, aun pasados muchos años nos sobrecoje y confunde. Los demás acaecimientos en que hemos intervenido, en mayor o menor escala, se confunden y esfuman en el pasado como lejana perspectiva cuyos términos desdibuja y altera una tupida niebla.

A la categoría de los primeros, a los de grata recordación, vamos, corresponde desde luego la coronación del poeta Zorrilla, idea peregrina y patriótica que surgió en la mente del esclarecido escritor Rafael Gago Palomo, para luego hallar adecuada realización en la inteligente actividad de D. Luis Seco.

No fué aquello todo lo que pudo ser, pero dada la escasa cultura de la gran masa social española, el alejamiento poco noble de los grandes intelectuales, que acaso encontrarían extremada la merced proyectada, porque no se empleaba en ellos, y la poca protección oficial que alcanzó el pensamiento en elevados centros y regiones, es lo cierto que la realidad superó a las ilusiones, que la discutida coronación se llevó a cabo con brío y gallardía, que el que no vino no hizo falta y que ocurrió lo que siempre, que el pueblo se arranca, se echa a la calle y se decide por una idea, téngala o no estimada en su entera trascendencia, que la majestad del número, la uniformidad de miras y de entusiasmo, prestaron a todas aquellas grandes solemnidades el carácter único e inconfundible que determina los hechos sociales y locales, que por su importancia inconcusa hacen época en la historia de una nación o de un pueblo.

El movimiento febril de los días aquellos era para visto; como que nos hizo cambiar de hábitos y costumbres y trocar la endémica pasividad netamente granadina, por el fraginar nervioso de una agitación constante y casi milagrosa.

El Liceo y la dirección ejecutiva de las fiestas y solemnidades, establecida en la calle de Buen

Suceso, redacción entonces de *El Defensor*, lanzaban a competencia sus soberanas, omnímodas disposiciones, en forma de oficios, volantes, prevenciones y apercibimientos, que eran acatados y obedecidos fiel y lealmente. Todos íbamos a una, altos y bajos y esto no se sabe lo que es.

No cesaba un punto el entrar y salir de unos y otros en demanda de noticias, de aclaraciones, de billetes para este o el otro festival. El bueno de D. José Acosta, si aun viviera, mucho pudiera decir sobre el particular y sobre el diluvio de compromisos a que tuvo que dar oportuna salida o prudente resolución.

Volviendo al asunto, conviene consignar, como manifestación de estricta justicia y como ejemplo y dechado para las futuras edades: que hubo gente, animación y gusto para todo, que se hizo la fiesta con los de casa y con los que se dignaron honrarnos con su presencia y que es difícil nunca vea Granada lo que entonces vió y gozó. Como que todos aspiraban a lo mismo, sin divisiones políticas ni pueriles miserias y resquemores.

El Liceo fué el banderín de enganche para que allí se alistaran los que quisieran coadyuvar a la obra magna de la coronación, que fué de Granada entera. En pocos días se elevó el número de socios a muchos cientos. Si aquella emulación y entusiasmo hubieran continuado en la ya decadente aunque prestigiosa Sociedad, sería admirable lo que pudiera realizarse en nuestra amada ciudad en que todo está por hacer; pero se acabó la coronación y la misma prisa que hubo para ingresar, la hubo para las bajas. Falta en unos consecuente y verdadero interés; entendían otros que tampoco era ya el Liceo Sociedad de tan limpia historia como antaño. En resolución, que como se exigía la calidad de socio para asistir a las fiestas portentosas que se abocaban, quieras que no, allá acudió medio mundo a inscribirse en las listas de socios en las que figuraban comerciantes, aristócratas, banqueros, industriales, estudiantes y toda clase de personas, fusionadas con la más fraternal armonía.

El ilustre conde de las Infantas, como presidente honorario del Liceo y como buen granadino, hospedó en su casa al señor duque de Rivas, enviado palatino y prócer en quien se aunaban los mayores prestigios.

Demostó el señor conde entonces que le sobraba corazón y entusiasmo; porque de no abrir sus puertas al plenipotenciario regio, no alcanzo donde éste hubiera podido meterse.

Reanudando el punto de mi relato, solo recordaré de pasada aquellas estupendas festividades que como la Coronación, el Homenaje o apoteosis, la Leila en los Mártires y otras cosas más, quedaron a perpetuidad fijas en la mente, como páginas imborrables de la historia local.

Nunca admiraron los granadinos, puede asegurarse, tanta gente reunida como la tarde inmortal del Homenaje. Y cuenta que por un capricho atmosférico, alternaba el bueno y el mal tiempo en forma de terribles chubascos y de ojaradas de sol ardiente, que convertían cada árbol en fantástico escarapate de joyería, al herir la luz poniente de soslayo el incesante destilar de las gotas de agua.

Cada entidad o Corporación tenía su lugar asignado en todo el largo trayecto comprendido entre la Carrera de Genil y la Plaza Nueva. A mí me tocó formar frente al portal de los señores Gómez Ruiz, con la Comisión del Centro Artístico que regentaba el presidente de la Sociedad D. Gabriel de Burgos.

Cuando aquella gran muchedumbre se puso en movimiento, solo se veía un empedrado de cabezas, especialmente en el Salón donde todos íbamos afluyendo, resistiendo con sin igual denuevo el agua y los barrizales que tenían el piso intransitable o el sol de justicia, que a lo mejor rompía las nubes tratando de hacer valer sus derechos de jefe de la tropa planetaria y fecunda-

dor y calentador providente del universo mundo.

Llegaban las comisiones a las gradas del trono elevado al egregio poeta nacional, y haciendo reverentes cortesías decían algo alusivo a sus méritos, mientras le alargaban un presente, en señal de reconocida admiración, soberanía y acatamiento.

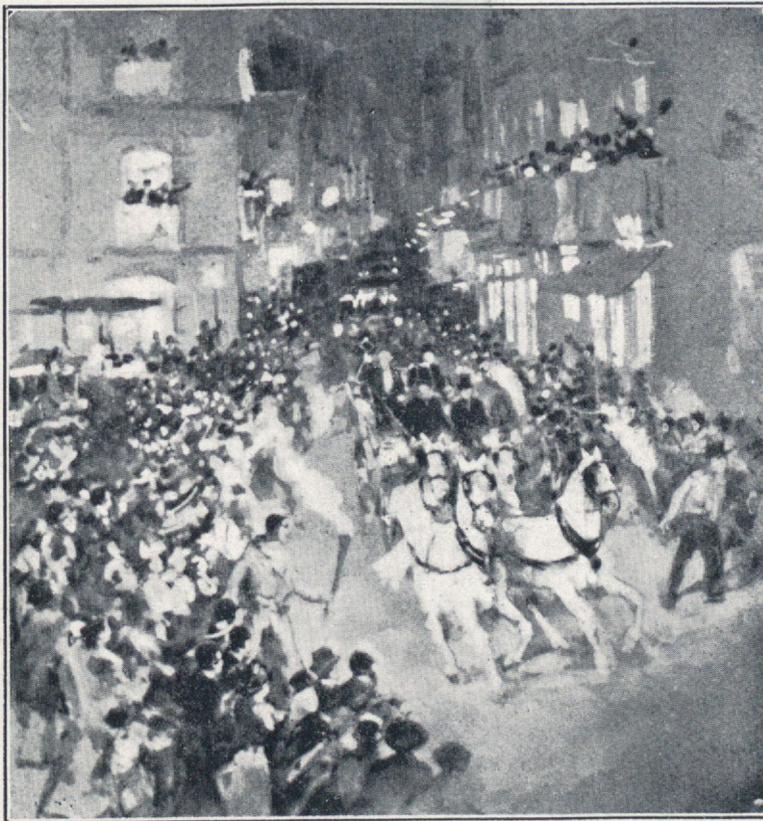
El poeta recibía los homenajes con su habitual cortesía, y con cierta benévola y resignada expresión muy propia de él, según pude apreciar en otras ocasiones, acostumbrado sin duda a ocultar las propias cuitas con cierto barniz de

complacencias que casi es de rigor en el trato de las personas bien educadas y más aún en el crítico momento aquel, en que no había frente que no se abatiera a su presencia y en que no había merced de palabra y de obra que no se enderezara a ensalzar los talentos del viejo cantor de glorias y tradiciones de otras edades, que ya nos parecían heroicas vistas a tan larga distancia, y a reconocer de modo indubitable su realeza intelectual que

Granada y el mundo entero le asignaba en el trance más famoso y estupendo que ocurrir pudiera al poeta legendario y español por antonomasia.

El cual oía y aguantaba el chaparrón de elogios sin alterar un punto la especial sonrisa de que antes hablaba yo, matizada por cierta oculta ironía, por ciertos vapores de muy recóndita tristeza que no llegaba a nublar la faz venerable de D. José Zorrilla, ni a descomponer su actitud digna y mesurada.

Y cuenta, que lo que veía era imponente, con-



Entrada de Zorrilla en Granada la noche del 15 de Junio de 1889
(De una acuarela de Isidoro Marín)

movedor. Rodéado de altas personalidades, que también en lugar más secundario le rendían pleitesía; recibiendo de un pueblo entero aplausos, preseas y regalos, que luego habían de tener digno remate con la imposición de la corona áurea, fabricada con el precioso metal que arrastra en sus arenas el encantador Dauro, festón de espuma, ceñidor perfumado de los alcázares prodigiosos que tantas veces había cantado el vate en inmortales estrofas; constreñido materialmente por la masa ingente que se había congregado allí, con una sola voluntad y un solo entusiasmo, por él y solo por él: ricos, pobres, lugareños, ciudadanos de todas layas y atavíos, ávidos de verle, de mostrarle su amor, de contribuir en la medida de sus fuerzas a la sublimidad del acto, poseídos de un frenesí consciente e inconsciente, pero unánime, delirante; os digo en verdad, que si entonces no se murió D. José de puro gusto y si no lloró hilo a hilo como un chiquillo, reveló ser un filósofo más grande que Aristóteles, o que acaso había llorado tanto en su vida, que ya estaba seco o poco menos el manantial de sus lágrimas.

¿Pues y la coronación? ¿Puede darse nada más augusto y solemne? El sitio, la hermosura de la tarde de neta primavera granadina, los acordes prodigiosos de la gran orquesta dirigida por el maestro Bretón, la elocuente oración de López Muñoz, de tonos elevados y sugestivos, entonada, viril, digna del poeta nacional y del fogoso preopinante, que sin cansancio propio ni del público nos mantuvo pendientes de sus labios el tiempo que le plugo.

¿Y la Leila en la finca de Calderón? Yo os aseguro que el aspecto del amplio parterre, que da entrada a la casa, lo mismo que otros lugares de la regia propiedad en que podía abarcarse el concurso de golpe y de una sola ojeada, superaba con mucho a lo que puede soñar la más rica imaginación y la más desenfrenada inventiva.

Este número, tan discutido, comprometido y nebuloso, resultó luego de lo más típico y seductor del grandioso programa de las fiestas.

II

No es nuestro propósito seguir al hilo las raras vicisitudes, aciertos y equivocaciones del alto suceso que determina en la historia local de Gra-

nada una reacción brillante aunque fugaz; ya la prensa de entonces echó el resto con la publicación diaria de muy amenas crónicas, suscritas algunas por el corruscante Rueda, que apuró, excitado por el entusiasmo que le producía nuestra ciudad y la Coronación, el rico arsenal de sus hipérboles y eufemismos.

No es novedad, repito, insistir sobre lo dicho, cuando hasta mamotretos y voluminosos se dedicaron a la gran solemnidad; dígalo el tomo dedicado a D. Pedro de Braganza por el licenciado Sancho, y otros trabajos y juicios de la prensa de la corte y de provincias, que no me dejarán mentir.

Abandono, pues, el tono que inspira esta ojeada retrospectiva y trataré de contar, como mejor pueda, algo más particular y no conocido, por lo menos en sus pormenores y detalles.

Para acompañar a D. José Zorrilla a los sitios que debía visitar, como refrendo a lo que ya admiró cuando estuvo aquí en sus verdes años, y también para entretener agradablemente sus reales ocios, se nombraron comisiones a porrillo a fin de que no estuviese abandonado un momento nuestro ilustre huésped.

En la excursión al Generalife fuí nombrado presidente, y vocales o coadjutores los señores Ruiz de Almodóbar (D. Gabriel), mi distinguido pariente, muy joven a la sazón, pero ya conocido como escritor elegante y muy hábil artista; D. Gonzalo Fernández de Córdoba y algún otro que no tengo presente, también de apellido histórico o por lo menos grandemente linajudo.

Fácil me sería el salir de dudas sobre el nombre del tal y sobre otras omisiones que irán surgiendo, pero faltaría al hacer citas y compulsas a mi propósito de ceñir mis noticias a lo que pura y simplemente recuerde, por haber quedado como incrustado en la memoria, sino por su importancia absoluta, por la que uno le haya concedido o por diversas causas personalísimas de prolijo génesis y explicación.

La tarde designada para el paseo no podía ser mejor. En aquellos desquites que en los días famosos de la Coronación, tomaba el buen tiempo, la tarde de mi cuento era notable ejemplar.

Salimos del Liceo con suma puntualidad en un holgado y decoroso vehículo, al que seguía otro de respeto para los señores que desde los Mártires acompañaran a Zorrilla; tomamos la ruta de la Alhambra, armados de levita y chistera, incluso los aurigas y lacayos. Hacía mucho calor, los arreos de paño, la pesada bimba y

cierta comezón interior que se suscita en las personas impresionables o juveniles cuando van a abocarse con otras de gran autoridad, creo yo que eran parte a mantenernos callados y a darnos el aspecto solemne y algo fúnebre con que nos dirigíamos a buen trote a la encantada morada del genio.

Al pasar la verja y avanzar hasta la planicie, a cuyo término se halla la casa palacio, el olor a flores era extremado, la temperatura tórrida, la decoración pródiga, reverberante, como si el cielo y la tierra fraternizaran de consuno para ofrecer a los simples mortales una idea remota del paraíso. La cabeza menos dispuesta a poéticas divagaciones hubiera sentido ansias de cantar y dar salida a una viva emoción que subía del pecho a la garganta...

Apenas pisamos los umbrales del hermoso edificio topamos con el propio Intendente o aposentador de la casa del regio poeta, D. José Jurado de la Parra que nos recibió con mucho halago y cortesía, invitándonos a tomar asiento, mientras avisaba al otro D. José, en un corro de distinguidas personas que en la misteriosa penumbra del patio aguardaban conversando, la hora del paseo del primero y único vástago de la reciente dinastía, a quien solían acompañar en sus excursiones.

Eran corresponsales de periódicos, escritores, poetas, figurando entre ellos Rueda, Ferrari, Fernández Shaw, un representante de la casa Fuentes Capdeville, un sobrino de Zorrilla y otros que no recuerdo, que en cumplimiento de su deber o como oficiosos agregados pasaban allí el rato, formando la guardia de honor del padre afortunado de *Margarita la Tornera*.

Conocíamos nosotros a algunos de aquellos buenos señores, más accesibles y correntones que otros que desde su llegada a Granada se mantuvieron tiesos y espetados, sin duda para hacernos comprender su procedencia cortesana y su elevada jerarquía literaria, bien distante de la de cuatro escritoruelos provincianos cuya fama no había logrado traspasar los confines de su pueblo, y gracias.

Transcurrió un rato y Jurado, que no estaba quieto en un punto, nos invitó, previa una solemne reverencia, a entrar en las habitaciones interiores del patio, donde tenía su despacho nuestro D. José.

Yo estaba emocionado. A la rápida visión de la noche de su llegada, cuando le ví descender por la cuesta del Triunfo, que daba acceso a la

calle de San Juan de Dios, entre los rojizos resplandores de las hachas de viento y el respetuoso séquito de un pueblo que seguía el carruaje del grande hombre con la curiosidad afectuosa y asombradiza del que tiene al fin al alcance de su mano al admirado autor de *Don Juan Tenorio*, y si alguno, lo que no es verosímil, ignoraba esto, a la personalidad sublime y encumbrada de quien ha venido oyendo hablar y pregonar medio año antes el momento dichoso de tenerlo por huésped y familiar convecino...

Unos cuantos pasos, precedidos del señor Chambelán, cuyas huellas seguía la comisión lo más cerca posible, y casi dimos de morros con Zorrilla que nos salía al encuentro.

La luz era poco tamizada por el verde follaje de parras y madresevas que servían de adorno al muro exterior de los grandes ventanales. Holgadas cortinas de damasco atenuaban aun más la claridad de segunda mano en que con cierto trabajo teníamos que actuar los personajes de esta importante escena.

Don José detuvo sus pasos a bien medida distancia y con cara expresiva y digna, se puso a aguantar el ceremonial a que ya vendría acostumbrado en casos análogos.

Nos hallábamos al fin cara a cara del peregrino y excepcional ingenio a quien España, América, el mundo entero había diputado como gran poeta nacional; de aquel que no perdió en ningún momento de su vida artística el carácter neto y popular de los grandes romanceros castellanos; de aquel incorregible rimador que se escribía un drama o un poema en venticuatro horas; del hombre extraordinario y divinamente inspirado que más ha difundido en toda clase de metros el amor a la patria y a la tradición, bajo su aspecto heroico y legendario, siempre español, noble, fastuoso, honrado; del que supo detener la marcha de la suerte, llenando de miles duros las arcas de sus editores, mientras que él privado y amigo de emperadores, caminaba de pueblo en pueblo, como ave emigradora, dejando oír por lo que querían darle el tesoro irrestañable de su dulce poesía, fácil, copiosa, pintoresca, prodigada entre las gentes con acentos e inflexiones de voz y expresión, nunca jamás superados por auto-lector alguno; el que no aspiró a título de poeta transcendental, como otros de sus coetáneos, y sin embargo supo hacer sentir y amar las glorias del espíritu y de la patria española a los más rudos y poco propensos al entusiasmo lírico, merced a la misteriosa sugestión de sus gallardas

y lindas estrofas, escritas con profusión increíble en toda clase de metros y saturadas de un cierto optimismo nacional, entonado y bizarro, que evoca glorias y tradiciones despertando el amor y

taba obligado; si no caí de rodillas en tierra fué debido al temor de disgustar al amigo Jurado de la Parra, que nos había prevenido de antemano de todo lo pertinente a la etiqueta y ceremonia

que debíamos emplear en nuestro fugaz trato con D. José Zorrilla.

«Señor— dijo Jurado en tono mayor y con voz sonora tengo el honor de presentar a V. a los señores Fulano y Perengano, delegados por nuestro Liceo para acompañarle en el paseo de esta tarde.»

Recalcó de tal suerte los apellidos de «Fernández de Córdoba», «Ruiz de Almodóvar» y todos los demás, lo mismo los de tradición nobilísima que los menos encopetados, que D. José, extremando a su vez el saludo, exclamó con curiosa admiración: «¡Eche V. ape-



Homenaje a Zorrilla en el Paseo del Salón

(De una acuarela de Isidoro Marín)

la admiración a la madre patria que tales hijos engendra; porque D. José lo cantó todo en su larga vida, la fidelidad y la negra perfidia, el amor sacrílego y adúltero al lado del puro y candoroso; las más truculentas pasiones y los más delicados afectos corrieron a la par de su vena rica y cristalina como el agua de los ventisqueros del Veleta, sin alterar un ápice la fe heredada e impregnando la inmensa y varia obra del poeta de un vaho caballeresco, creyente y hasta devoto, que acierta con indiscutible verdad, a presentarnos al español de otras edades, que tal como ahora andamos apellidan prehistóricas, que cuando parece que está dejado de la mano de Dios, va rezando entre dientes el rosario o encomendándose a la Virgen Santísima... ¡Gran hombre indiscutible era aquel viejecillo afable, pequeñín, de vista de lince y modales distinguidos que la tarde de mi crónica teníamos allí dispuesto a visitar con nosotros el Generalife!

Repito que estaba, yo por lo menos, muy emocionado; los pícaros nervios no me dejaban apenas decir las cuatro frases de cajón a que es-

llidos! ¡Eche V. apellidos!»

El insustituible Jurado de la Parra, tenía el arte envidiable, en su flamante cargo, de engrandecerlo todo, cualidad privativa que demostraba lo atinado de su elección. No es lo mismo, ni cabría en el lenguaje cortesano decir, por ejemplo: «a Pérez o a García le duele la harriga» que exclamar con ademán austero y frase campanuda: «el señor de Pérez o el señor de García, se halla en estos críticos momentos, constreñido por una afección gástrica»...

En resolución; que ni con un candil se hubiera podido encontrar hombre más idóneo para dar lustre y grandeza a todo lo relacionado con la nueva corte, en su trato diario con personajes y comisiones. Ríome yo de los Zarco del Valle, Pie de Concha y otros palaciegos de carrera en su trato y hábitos cortesanos.

Tras ligero palique, en que nos fuimos reponiendo los que lo necesitábamos, y en que anunció D. José que no andaba muy bien de salud por aquellos días, nos dispusimos a salir, previo el consabido pugilato establecido por la buena

crianza, para marcar las preferencias y respetos entre las personas distinguidas, que han de salir por una misma puerta.

III

Como distábamos poco, pronto llegamos al encantador recinto, donde nos esperaban los dependientes y empleados de la casa con la misma ceremonia y rendimiento que si hubieran esperado a un rey de verdad.

La soberanía zorrillesca, pudo ser efímera y transitoria, pero brillante y aparatosa ¡che usted!

Descendimos de los coches a la entrada de la casa y dimos vista por la puerta abierta de par en par al primer jardín, surcado de medio a medio por la cristalina ría que fertiliza y refresca la poética mansión, tantas veces descrita por nacionales y extranjeros que se han encontrado con alientos para tamaña empresa. En cuanto a mí, puedo asegurar que como resbaladero o puente para invadir la región de los ensueños, en plena vigilia, el Generalife me ha iniciado a maravilla, más que otro sitio cualquiera en ese mundo arcano y misterioso de invenciones y leyendas que tanto seduce y atrae a los espíritus nada preocupados por tareas y cosas que se pegan al riñón.

Las perspectivas son allí deliciosas, como todas las de la Alhambra y hasta añadiría que como todas las de Granada, donde basta subirse en una silla o colocarse de puntillas sobre los pies, para disfrutar a plena luz de las más bellas decoraciones que puede inventar la fantasía; pero no obstante lo dicho, tiene algo el Generalife especial, propio y recóndito que lo distancia de otros sitios aná-

logos en hermosura y elevación; y es acaso cierta atracción sugestiva y blanda que despierta insólito deseo de morar sólo y sin penas entre los escondidos boscajes, los murmurantes surtidores, los perfumes de la floresta y el melancólico trinar de los ruiseñores, entregado al enervante recuerdo de tradiciones y leyendas, de proezas y amoríos o elaborando por cuenta propia la novela de nuestra vida a nuestro antojo, sin cortapisas, corriendo a toda máquina por las azules praderas de la invención y el devaneo imaginativo, hasta que rendido de cansancio viniera el sueño cual dulce desmayo a restaurar las fuerzas, para sumirnos de nuevo en ese activo reposo fingido y fantaseador en que todo se nos muestra grande, heroico, halagüeño y expresamente destinado a nuestro uso y ejercicio; ingrátido e invencible de cuerpo, entonado de alma y de sentido, en que lo próspero y adverso, pasa de largo viniendo a concluir en un atlético des-perezo...

Ya se comprenderá que la tarde aludida, no ca-



La Leila en la finca de los Mártires
(De una acuarela de Isidoro Marín)

bía dar pábulo a ciertas propensiones cuasi morbosas de poetas y visionarios, pues aunque todos tengamos algo que a ratos nos saque de nuestras casillas, no era la ocasión la más pro-

picia teniendo, como teníamos conciencia de nuestros respectivos cometidos.

Había, pues, que alternar, que mostrarse locuaces y hasta eruditos, si llegaba el caso, por más que, cierto interior desaliento embargara el ánimo, como ocurre a menudo cuando algo excelso y sublime hiere con fuerza el corazón.

No había fuente que no saltara, ni rincón en que no brotaran flores como en almáciga; es decir, formando profusos canastillos o pequeñas espesuras; ordenados cuadros o intrincados laberintos, sobre los que espurreaba el agua de los surtidores, descomponiendo la luz y envolviendo los objetos en nimbos irisados y vaporosos de sin igual delicadeza y vaguedad.

Don José Zorrilla parecía remozado y nervioso; iba de un lado a otro, cortaba flores que nos ofrecía después de aspirar su perfume; reía, entornaba los ojos como quien se arroba fugazmente y a poco, deslizaba finas observaciones que los circunstantes oíamos con gran atención.

Entre las partes del programa, se contaba el acto de estampar su nombre, el poeta, en el álbum del Generalife y a la vez algún pensamiento espontáneo, que durante la visita se le hubiera ocurrido.

En el salón de retratos, sobre la mesa colocada en el festero de la izquierda, como ahora poco más o menos, estaba el libro abierto, aguardando que el vate manchara las hojas del preciado mamotreto.

El acto, sin pretenderlo acaso, resultó solemne: avanzó Zorrilla solo hacia el pupitre, mientras todos nos mantuvimos a respetuosa distancia y por movimiento instintivo, al verle descubrirse y abatir la frente sobre la mano izquierda, mientras con la diestra cogía la pluma, descubrimos nuestras respectivas cabezas; selláronse los labios y hubo un rato en que pareció invadir la sala un efluvio de misterio, sutil, penetrante, que mientras nos sujetaba a una invencible atonía, soplaba con impulso divino sobre el cráneo de D. José, que de pie e inclinado sobre la carpeta, no se movía ni daba otras señales de vida que el ruido que hacía la pluma al rasguear la cartulina y algún débil suspiro, largo y contenido que se le escapaba del pecho...

Terminó en poco tiempo su empeño, con su característica benévola sonrisa se unió a los demás, y ya en el cenador, dando vista a los jardines sobre los que parecía caer una lluvia pulverizada de oro, se dignó leer lo escrito, que en aquella sazón venturosa y con tal lector, nos pa-

recía música bajada del cielo y dejada destilar nota a nota por los labios melifluos y de admirable flexión prosódica, de aquel errante mago de la poesía.

A los méritos reales de las sentidas estrofas, se reunía algo de inusitada fuerza y sugestión que ponía a los circunstantes en un estado mixto entre el asombro y la más efusiva y mística ternura. Ha pasado media vida y la lectura aún resurge como cosa sagrada y de otro mundo, siempre que se nos ocurre visitarlo.

No quedó jardín alto ni bajo, senda corrida o laberíntica en que no metiéramos las narices; ni antepecho, ventana o abertura que no sirviera de marco a nuestras cabezas. Reíamos, bromeábamos; familiarizados con el bondadoso rey que nos había caído en suerte, le pedíamos su opinión cada momento, y como no se hacía de rogar y hasta parecía libre por arte milagroso, de las molestias y gabiarras que momentos antes le afectaban, se detenía su majestad en firme y rodeado de sus cortesanos discurría de mil modos con mucho gracejo y discreción. A mi me faltaba poco para prorrumpir en vítores de triunfo cuando escuchaba sus graciosas donosuras.

Mi representación aquella tarde justificaba, sin pecado de metistería la inmediata asistencia que prestaba a D. José: al descender o subir las escaleras, al salvar trancos mal avenidos con la elasticidad de remos de un setentón, siempre hallaba mi brazo extendido y mi voluntad dispuesta a evitarle cualquier molestia. Hasta creía que me había tomado cariño, dada la llaneza y confianza con que utilizaba mis servicios y me hablaba, especialmente cuando un tanto alejados de la comitiva departíamos, como buenos amigos, ajenos a toda ceremonia y cumplimiento.

En una de estas confidencias, me contó su viaje a Granada, por primera vez, con ocasión del estreno en esta ciudad de «D. Juan Tenorio».

Parecía transfigurado al evocar los triunfos de su edad juvenil.

La sociedad aristocrática granadina le abrió sus brazos; se disputaban a porfía al autor dramático de moda; al joven singular, prodigioso, catequizado por los grandes actores y empresarios de teatros que contaba sus obras por ovaciones lucrativas y ostentosas; que parecía haber encadenado las Musas a su carro de triunfo, con el cual recorría las provincias de España, ganosas de oír sus trágicas invenciones y más si cabía, de conocer de cerca al famoso entre los famosos, en una época influida aún por el ro-

manticismo, que rodeaba al vate de una admiración asaz superticiosa y cabalística.

La noche última que pasó en Granada, me refirió, recibió la más solemne e inolvidable despedida que darse puede.

Se representó, otra vez, «D. Juan Tenorio»; el público no se cansaba de aplaudir. En los intermedios invadía el escenario y vengas trechones



de manos, y abrazos y ofrecimientos de todo género. La empresa, los abonados, los actores, el mundo entero, parecía electrizado con la armonía deleitosa de los versos, lo dramático de las situaciones, lo perfilado de la ejecución; con el encanto, en suma, de un drama que era entonces una verdadera novedad (aún sigue siendo del agrado incondicional de los públicos y han trascurrido desde su estreno, casi tres tercios de siglo) aplaudido a rabiar de polo a polo y elevado a los cuernos de la luna.

Para sellar el acto de la despedida con algo más positivo y memorable que las reiteradas efusiones que recibía el poeta, acordaron algunos celebrar terminada la función, una gran cena en el propio escenario, donde momentos antes tamañas desgracias se habían sucedido, trocando los fingidos manjares del «sacrilego convite», en magras reales y verdaderas del propio Trevélez, y el «banquete exótico» interrumpido por la presencia del Comendador, por uno de actualidad y muy opíparo, en que el vino estuviera de sobra y lo mismo lo mejor que pudiera hallarse, comestible y bebestible a aquellas horas; porque la idea de la fiesta, surgió, como decía, durante la representación.

Terminada ésta, se desalojó la escena, de muertos y vivos importunos y se puso la gran mesa cerca de la embocadura, lujosa, espléndida, caprichosamente abastecida: todo en un periquete, gracias al buen deseo y al dinero que corrió a manos llenas.

Iluminada la mesa, descolgadas las arañas

del telar, colocados los sitiales de honor convenientemente y todo en su punto, apareció Zorrilla rodeado de sus amigos para comenzar la cena.

Apenas arrellanados los que cupieron, se levantó el telón, con gran asombro de los más, sin ruido, despacio, y ¡oh sorpresa!... todo el abono o la mayor parte, ocupaba sus asientos y las señoras desde los palcos y los caballeros desde las lunetas, rompieron en estruendosa salva de aplausos, que por lo inesperado y a deshora conmovieron de verdad a Zorrilla.



Tal fué la ovación, que tuvo que recitar o que decir algo al entusiasmado concurso en son de gratitud y despedida; que ya al habla y familiarizados, la cena preparada se aumentó cuanto fué dable, y copas y azafates pasaron del escenario

a la sala en abundantes remesas, que servían de pretexto a gracias y parabienes de los de afuera a los de adentro y viceversa.

Hubo improvisaciones, vítores, agudezas, alegría sana y culta a la que contribuyó gran porción de la alta sociedad granadina, sin escándolo ni mengua de las buenas costumbres. No sé si hoy hubiera podido suceder lo mismo, en cuanto el vino se subiera a la cabeza.

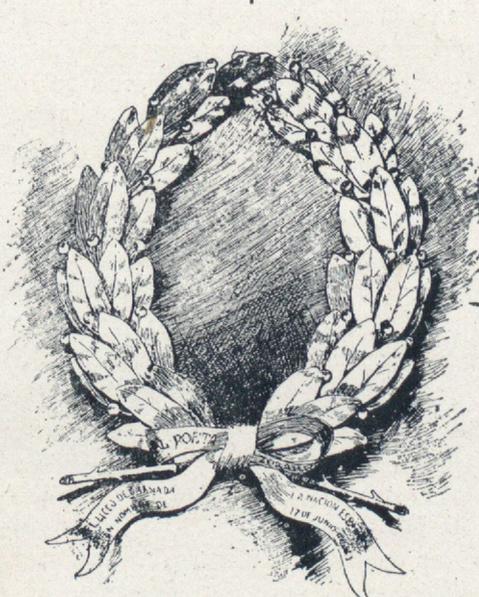
Me chocó todo esto que me contó D. José, de lo que yo no tenía conocimiento y creyendo

que a muchos les sucederá lo propio, lo he reproducido ahora como dato curioso.

La tarde empezaba a declinar; era preciso, a virtud de las instrucciones recibidas, volver a los Mártires a hacer por la vida.

Antes de despedirnos, me invitó Zorrilla a comer con él; pero como la indicación se redujo a mí solo, no quise abandonar a mis compañeros y renuncié sin pena al honor que se me hacía.

Como nota final, y para muestra de la real soberanía y prestigiosa influencia de nuestro rey, viene a mi recuerdo un hecho en extremo elocuente.



Al pasar la verja, de regreso del paseo, se acercó respetuoso un empleado palatino a Don José, entregándole con gran rendimiento un papel timbrado.

Nos detuvimos todos, mientras nuestro señor y monarca lo daba a leer a uno de sus familiares. Era, ni más ni menos, una solicitud de los reclusos en el penal de Belén, en que pedían dinero al coronado Zorrilla, con las mejores formas

posibles, empleando además en lo escrito, para mejor disponer su real ánimo, un primor caligráfico y unas frases tan sentidas y lamentatorias, que hubieran sido capaces de ablandar las piedras, cuando más las buenas entrañas de D. José, que bien demostró siempre con su inopia crónica lo preclaro de sus sentimientos humanitarios.

MATÍAS MÉNDEZ VELLIDO

ZORRILLA

¿Quién soy? ¿quién lo sabe? yo mis
(mo lo ignoro;
Creyente sincero del Dios en quien ffo.

JOSÉ ZORRILLA

SE nota en una gran parte de nuestra juventud literaria, falta de orientación y una carencia absoluta de ideales.

El talento y el arte de estos jóvenes, se emplean en trabajar la forma, en pulir el estilo, y justo es reconocer que han logrado señalados triunfos.

Existe una verdadera pléyade de poetas muy pulcros, muy atildados, correctos, irreprochables.

Todos escriben bien y casi todos dicen lo mismo.

Los que no tienen estilo propio se aplican con gran éxito a calcar estilos ajenos.

Hay prosistas admirables que remedan a Flaubert, a Anatole France, a Barbey D'Arenville, a Eça de Queiroz y pasan por grandes estilistas.

Unos, pretenden deslumbrar a los incautos imitando a los clásicos, desenterrando vocablos arcaicos, copiando la manera, el tono y el ritmo de los escritores del siglo XVII y nos dan un clasicismo..... de segunda mano.

Otros, en fin, los más atrevidos, y ultramodernos, pretenden que nuestra lírica evolucione, intentan formas nuevas, quieren caminar por senderos desconocidos, y se presentan en la palestra como *reformadores*, suprimiendo la rima y ritmo del verso.

¡Oh maravillosos *innovadores*, nos hubiérais de seguro deslumbrado, si no fuérais raquífticos engendros de Walt-Whitman!

Ante esta exhuberante vegetación lírica, nos preguntamos: ¿que quedará de todo esto?

Si profundizamos un poco, encontraremos que todo ese caudal de frondoso lirismo está vacío de emoción.

Son flores artificiales sin aroma; flores de falco, retórica manida, fría y seca; arte sin alma, sin pasión y sin sentimiento.

El verdadero poeta no se viste con ropaje usado, prefiere ante todo su personalidad; recoge, como la abeja, la miel de la flor natural—jamás liba en flores artificiales—y forma su panal con la poesía que arranca de la vida.

Así es Zorrilla,

El gran cantor de Granada es el prototipo del verdadero poeta español.

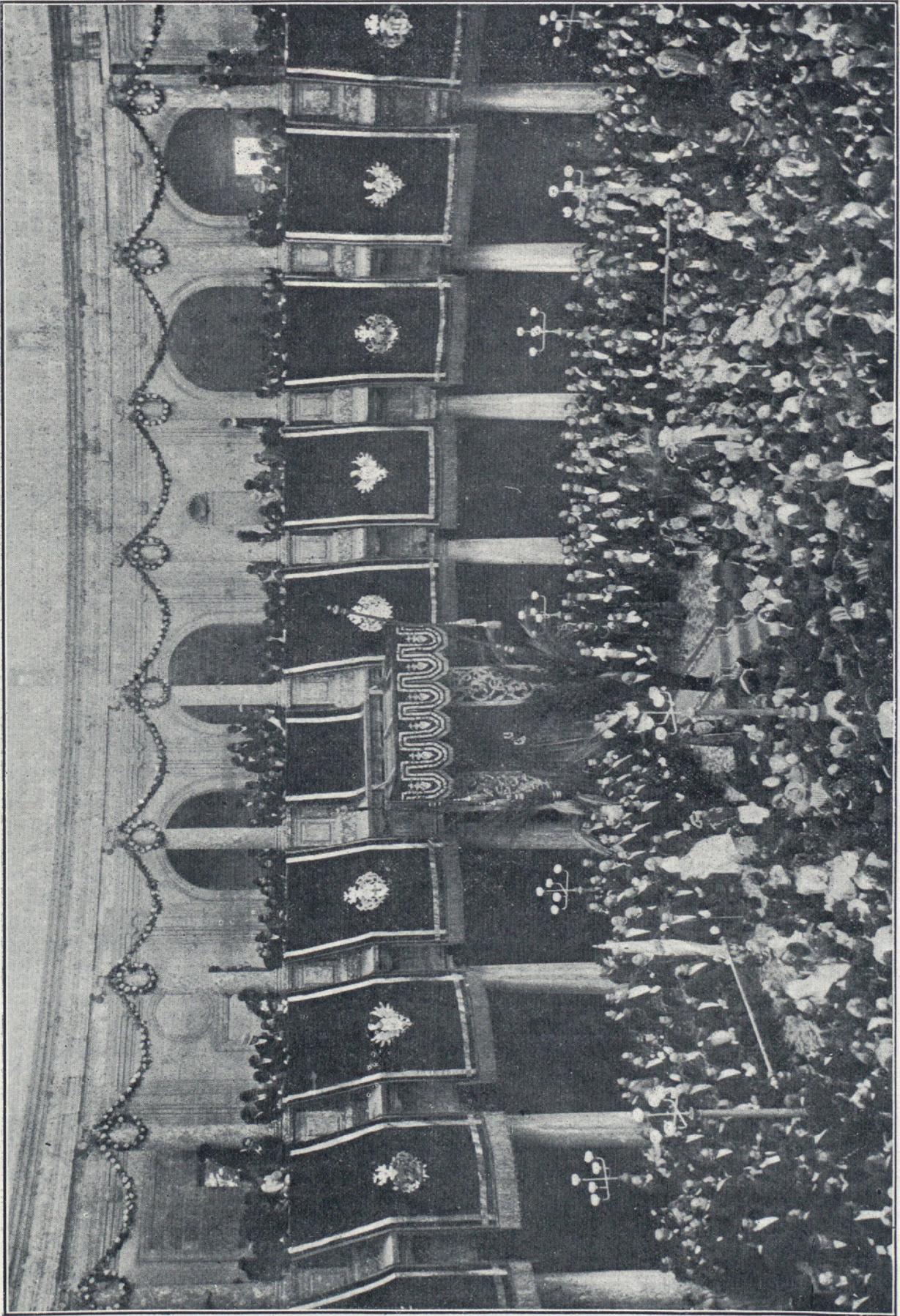
Tuvo un ideal, una fe, un carácter.

Su musa es generosa, buena, risueña, con el corazón abierto a «lo maravilloso». Su plectro es todo luz y armonía como el alma de nuestra raza.

Exaltó nuestro pasado, cantó nuestras glorias, vivió nuestras leyendas, amó nuestra vida; fué todo nuestro.

La personalidad de Zorrilla, ¡cuánta luz encierra! La nobleza de su inspiración, ¡qué radiante antorcha para guiar a los extraviados, a los que perdieron el ideal entre las brumas de la decadencia!...

Luis LEÓN DOMÍNGUEZ



Coronación de Zorrilla en el Palacio de Carlos V el día 22 de Junio de 1889

ZORRILLA Y EL NACIONALISMO

HACE UNOS sesenta años apareció por el mundo la teoría política de las nacionalidades como una novedad, que a decir verdad, tenía más de entelequia jurídica, que de realidad histórica. Aquella inteligencia clarísima, que se llamó entre los hombres D. Francisco Pí y Margall, dedicó a la flamante teoría, un libro admirable, que será con el tiempo clásico.

Napoleón III, fué motejado de soñador por haber llevado en nombre de aquellos principios de las nacionalidades, la guerra a Italia. Más tarde Bismarck, empujaba a Prusia contra Francia en nombre de la misma teoría, que ya iba recubriéndose de carne y alimentándose de sangre humana.

En la guerra actual, entre el confuso griterío de los combatientes, van distinguiéndose cada vez más netas las voces que claman por tener patria ajustada a la teoría de las nacionalidades.

A medida que el progreso va dando conciencia a los hombres de sí propios, que en fin de cuentas, lo que distingue al hombre de la bestia, es esta su conciencia (el cangrejo, como dijo un ironista, es un crustáceo; pero él lo ignora), se acentúa el cariño, el afecto, el interés por cuanto constituye la modalidad propia de una nación, aquellas sus cualidades distintivas y marcadas que le permiten presentarse al mundo diciendo: Yo soy Italia, yo soy Alemania, yo soy España. Es decir, porque yo soy Italia, España o Francia, tengo derecho a ser independiente y soberana en unidad que reúna a todos mis hijos dentro de mi territorio.

El romanticismo que estuyo en boga por la mitad del pasado siglo, fué en este sentido un movimiento sentimental e instintivo que preparó esta conciencia del nacionalismo. En Inglaterra, Walter Scott, resucita las viejas leyendas y tradiciones escocesas; Víctor Hugo, en Francia; Lessing, Schiller, en Alemania, rebuscan en el alma nacional respectiva y ponen en moda la afirmación de las respectivas patrias.

Entre nosotros, fué D. José Zorrilla, un precursor de este movimiento nacionalista español, de reafirmación y vindicación histórica.

Quizás inconsciente; pero con ese certero tino

de la cordialidad poética, vuelve su estro hacia la España que fué: Toledo, Granada, las leyendas seculares, todas aquellas virtudes de la raza que a través de los siglos han ido formando la historia, son por él enaltecidas y puestas para siempre en el engarce magnífico de su poesía, como supremos ejemplos para las generaciones presentes y por venir.

Toda la poesía de Zorrilla es española, de nuestra vena.

Españoles son los asuntos, española la limpieza del lenguaje y de la intención, siempre honesto y noble, española la abundancia prodigiosa del léxico, la alfisonancia del verso, el instinto más que la sabiduría con que emplea los vocablos, con aquella exactitud no aprendida que emerge naturalmente del fondo mismo de la lengua.

Hoy que aspiramos a ser los conductores espirituales de la América latina, debemos pensar más que nunca, en esta afirmación de personalidad. Ser españoles no es haber combatido en Flandes y en Cuba. Esto no nos da un ápice más de estatura. Ser españoles es haber tenido al Greco, a Velázquez, a Cervantes y *ser dignos de ellos, conscientes de lo que eso significa*. Es tener el derecho de levantar la cabeza por haber traído aportaciones al caudal común de moralidad e inteligencia de los pueblos, y ser capaces de continuar colaborando con una nota original y nuestra, que siendo humana y moderna no deje de ser española.

Para hablar al corazón, nada mejor que la poesía. En la educación de un sentimiento nacionalista español, los versos de Zorrilla serán buril de oro.

Yo quiero en el homenaje que Granada agradece y consciente de su propia gloria rinde a Zorrilla, depositar estas cuartillas, como antaño, cuando niño, llevado por la mano de mi madre que siempre fué granadina y hoy en Granada duerme su sueño eterno, deposité en el paseo del Salón, ante el poeta mismo, un ramo de rosas en las que palpitaba un corazón infantil emocionado...

MELCHOR DE ALMAGRO SAN MARTÍN

TRES FECHAS



EN 1845 vino Zorrilla a Granada por vez primera, y recibió pruebas de admiración en la medida que merecía. Triunfaba la escuela romántica y Zorrilla a pesar de sus veinte y ocho años, llevaba unos cuantos de ser, primero con Espronceda, y desde la muerte de éste, sin rivales, la cumbre del romanticismo más exaltado. Algunas de sus mejores leyendas se habían publicado y «D. Juan Tenorio» había aparecido en los escenarios españoles. Lo cual quiere decir que Zorrilla estaba consagrado como poeta nacional.

Granada era entonces, por su cultura, una de las primeras ciudades españolas. Sus próceres rivalizaban en entusiasmo por las Bellas Letras. Martínez de la Rosa, desde las alturas de su posición política, no olvidaba a la tierra que le vio nacer y buscaba en ella

el escenario para sus obras; los Castro y Orozco, alternaban la publicación de trabajos literarios en los periódicos granadinos, con las tareas académicas, torenses y políticas, que llevaron a ambos a los Consejos de la Corona, y a

Francisco a la presidencia de las Cortes españolas; el Duque de Gor, ateneísta en Madrid y liceísta en Granada, continuaba las honrosas tradiciones literarias de su casa; y, en torno de ellos, una legión de granadinos de corazón y buen gusto, convertían el Liceo, pocos años antes fundado, en foco de cultura que irradió con

gloria por España, el nombre de Granada.

Fácil es, pues, de concebir el entusiasmo con que ésta recibió al poeta. Y él pagó con creces, estampando bellísimos pensamientos en el álbum de la Alhambra, que antes recogiera los de Chateaubriand y Víctor Hugo, y dando a los periódicos locales magníficas composiciones en loor de la ciudad que tan hidalgamente lo albergaba. Al terminar aquella [triumfal] visita, Granada y Zorrilla quedaron, sin du-

da, satisfechos. Ambos habían cumplido como quienes eran; Granada, como la Atenas de Andalucía; Zorrilla, como el digno cantor de sus bellezas incomparables.

Pero la pluma del poeta apenas había revela-



Zorrilla en 1846

do los tesoros de inspiración brotados en su mente ante la visión del espléndido concierto que en Granada forman la Naturaleza, el Arte y la Historia. Lejos de ella, persiguió su encanto y una inclinación irresistible hízole trazar los versos inmortales de la *Leyenda de Alhambra* y del poema *Granada*, cuyo prólogo fué aquélla. Gigantesca era la concepción del poema y acaso por ello quedó incompleto. Pero, aún así, constituye una obra tan hermosa, que no hay desde su aparición ciudad que no tenga que envidiar a Granada su cantor, como no hubo antes ninguna que superase sus encantos.

Zorrilla era ya para Granada, algo más que el poeta nacional del que, como toda España, se sentía orgullosa. Era «su poeta», porque el mundo en lo sucesivo, le llamó al par que el poeta del «Tenorio» y las leyendas, el poeta de Granada.

Algo más le debía ésta desde entonces que los agasajos de 1845. Impidieronla por el pronto pagar su deuda, los azares de la vida del poeta, y más tarde, los trastornos políticos y la transformación consiguiente en la vida granadina.

No era ya ésta en el orden intelectual, tan brillante como la de los años en que resplandecía el Liceo y derrochaba ingenio la «Cuerda granadina». Pero, aún pudo salir de su marasmo en 1889, para pagar la deuda sagrada, cuyo cumplimiento apremiaba. Y, cuando el poeta, viejo y abandonado, aunque admirado siempre por España, esperaba la muerte luchando a brazo partido con la pobreza, Granada, haciéndose intérprete del sentimiento nacional, lo coronó en los bosques de la Alhambra, entre la helada sierra y la opulenta vega que tantas veces inflamaron su fantasía. Desde entonces, si Zorrilla era el

poeta de Granada, ésta añadía a los blasones de su escudo, el de ser la ciudad de la coronación de Zorrilla.

Murió el poeta, y su obra, a pesar de pedantescos detractores, y aún apartando de ella aquellas nueve décimas partes que su propio autor quisiera haber borrado al mismo tiempo que su nombre y su memoria, incorporóse a la historia nacional, para constituir en cantidad y calidad, uno de sus timbres más preclaros; y al llegar el año del centenario, España consagra definitivamente esa incorporación en póstumo homenaje, más justo y desinteresado que ninguno, puesto que es ajeno al influjo que al aparecer sus obras, ejerciera en su aceptación el espíritu de la época y la simpática personalidad del autor.

Con tal motivo, podemos decir, sin pecar de atrevidos, que éste hace a Granada su tercer visita; porque en esa consagración definitiva, entra por mucho la parte de su labor que dedicó a Granada. El nombre de ésta sonará de este modo por el mundo entre el oro de estrofas incomparables, mientras exista el habla castellana; y los innúmeros lectores que al celebrar esta fecha fijan su pensamiento en los verjeles granadinos, volverán a repetir en su loor las inspiradas frases del poeta.

En imperecedero se convierte el don que éste dejó en el tesoro poético de Granada. No sería mucho que en justa correspondencia, y poniéndose al nivel de sus predecesores de 1845 y 1889, la generación de 1917, celebrase esta tercera visita de Zorrilla, procurando perpetuar dignamente su memoria en la ciudad que inmortalizaron sus versos.

F. MARTINEZ LUMBRERAS.

Dibujo de SANCHO, copia de un grabado.

A ZORRILLA

Alza, febril trovador,
la frente limpia y serena
que dió cumbre a tu melena
de indómito soñador.

Y porque puedas mejor
escuchar la melodía
que hoy te ofrecen a porfía
ricos y humildes cantores,
sube a este trono de flores
que te hace mi fantasía.

Desde aquí verás cual vienen
a rendirte vasallaje,
los seres que alto linaje
solo de espíritu tienen.

Porque de gozo se llenen,
haz lira tu corazón,
y con dulce entonación
lanza al apacible viento,
el mágico y suave acento
de una amorosa canción.

En tanto, te harán ofrendas
de sedas y terciopelos,
con trozos de sus mantelos
las damas de tus leyendas.

Y porque en vanas contiendas
no se tronche o se consuma,
hidalgo habrá que la pluma
de su chambergo gentil

te ofrezca, como un sutil
arco de rizada espuma.

Alza, pues, la limpia frente,
digna de espléndidas galas,
tras la que frágiles alas
un tiempo agitó tu mente.

Y porque tu planta asiente
en ricas prendas, que están
ungidas de amor, harán
alfombras para tus pies,
con su hábito, doña Inés,
y con su capa, don Juan.

FRANCISCO ARÉVALO

REMEMBRANZAS

RICA fué en ilusiones, rica en alegría, rica en dichas inefables, mi mocedad. Aquellos años, para mí de ardorosa y expansiva vitalidad, gozados fueron en la mayor hermosura de la patria: en la gentil ciudad de Granada.

¿Cuándo, como entonces, gozaron mis ojos de más esplendorosa belleza? ¿cuándo mi corazón tuvo tan puros afectos? ¿cuándo en el alma fulguraron más lucentísimas imaginaciones?

¡Oh ciudad de los encantos, en la que tan dulces y exquisitos regalos complacen al sentido. Tierra floridísima que perpetuamente envía al cielo en delicioso aroma, la penetrante delicada fragancia de sus jardines. Mágica ciudad de tantas grandezas y glorias, en tí (mil veces sea Dios alabado por el beneficio que me otorgó) hallé una hospitalidad maternal; en tí, se afinó mi espíritu delante de tu naturaleza de maravillosa hermosura; en tí, mi entendimiento activó su hasta entonces infantil discurso y abrió sus alas al pensamiento por la pujanza del juicio y la radiante fuerza de la expresión!

Al recordar, mejor dicho, al ver en las celdillas de mi cerebro (que esta ilusión solemos hacernos cuando cerramos los ojos para internarnos en nuestra alma), lo que en ellas dejara el pasado, creo que con contorno y color guárdanse las imágenes de la vega, de aquella tu vega llena de magnificencia, de tus palacios de majestad, de tus hijos de gracia e inteligente expresión, de tus sabios de ciencia, de tus poetas de numen preclarísimo, y siento inmensa gratitud que inunda mi corazón.

¿Qué importa que hayamos padecido? ¿qué importan los dolores que nos han atormentado? ¿qué, en fin, las tristezas abrumadoras, punzadores desengaños, todos los males después sufridos, si antes te habíamos gozado?

Siempre, siempre ha resonado en mis oídos el bullicioso canto de tus ruiñesores; siempre en mi alma, la poesía de nuestro gran poeta nacional digno cantor de tu belleza, de tu sublime idealidad; Zorrilla hizo revivir con más pujanza en mi corazón tu recuerdo.

De niño, híceme mozo en Granada, imaginad qué hermoso fué el amanecer de mi juventud.

No viví en Granada mucho tiempo, bien que siempre nos parezca breve el tiempo de la feli-

dad, porque el corazón es reloj de marcha incierta y desigual que la dicha apresura y el desengaño retarda; corto fué el tiempo; pero ¡cuántas dulzuras gusté, qué afecciones tan nobles penetraron en mi alma, de qué regalada y jubilosa vida hízome gracia nuestro Dios!

Hoy, que aunque sano y vigoroso, siento el peso y tal vez a veces las tristezas de la vejez, hoy, cuando entre granadinos, de muy culta y amena conversación busco recreo, y cuando el maestro Barrios, «rey moro que pareceme que va conquistando a Madrid» toma la guitarra y nos cautiva, yo, con lágrimas que requeman mis ojos y refrescan mi alma, recuerdo mi Granada, recuerdo a mi mejor amigo Miguel Garrido Atienza, recuerdo nuestros paseos por la vega, recuerdo nuestros callejeos por las morunas calles, recuerdo... y os lo podéis figurar, recuerdo todas las preciosidades de ese paraíso, del cual decía un ilustre prelado que me honró con su amistad: «que si Roma era el cielo de los santos, Granada era el de los ángeles»; recuerdo la voz y la belleza de Martirio Arroyo, señorita muy bella, de pudorosísima gracia y que era una notable artista; recuerdo ¡oh cuánto recuerdo! Paréceme que me hallo en la Alhambra, ora en la Cartuja, ya en la cátedra oyendo a mi queridísimo, inolvidable maestro Luis Morón y Liminiana.....

Entonces hallábame junto a mi adorado padre, hombre de muy sesudo consejo y generosísima abnegación, y a mi madre, joven aún por aquel tiempo y que era hermosísima, oígola recitar, como ella lo hacía, tu poema «Granada», ciudad de mis ensueños, el poema de Zorrilla..... el glorioso poeta nacional.

Todos los seres de que hablo, sin duda están en el cielo y espero en Dios hallarme allí también, sin duda por la divina misericordia, porque ¿cuán cruel sería... para los que aquí en la vida terrena hemos tenido la dicha de entrever en este mundo un reflejo del cielo... Granada, ¡aliento de esperanza!..., cuán cruel sería que luego nos viéramos privados de una felicidad ya entrevista... ya comprendida y sentida, porque en esa mansión de flores del suelo granadino, oímos la voz profética del gran poeta Zorrilla!...

José ZAHONERO



ORIENTAL

I

Escucha, hermosa cristiana,
mis amores:
no se estrellen mis dolores
en los vidrios de colores,
de tu gótica ventana.

Años ha, bella señora,
que tu vista encantadora,
apetecida,
de Córdoba en los jardines
matóme por darme vida.

Y en tanto que te acataban
y tus favores gozaban
mil paladines,
Azarque, en inútil queja,
tus esquivaces plañía
llorando al pie de tu reja.

Escucha, hermosa cristiana,
mis amores:
no se estrellen mis dolores
en los vidrios de colores
de tu gótica ventana.

¡Ah! ¡Qué importa que al Profeta
en adoracion secreta
yo bendiga
y adores tú al Nazareno,
si en blanda coyunda amiga
un solo amor nos uniera!

¡Cristiana, más hechicera
que el ameno
Paraíso, no te cura
de las palabras del Conde,
que han de ser mi desventura!

Escucha, hermosa cristiana,
mis amores:
no se estrellen mis dolores
en los vidrios de colores
de tu gótica ventana.

II

Así, de la luna al brillo,
en tono blando y sencillo,
cantaba voz varonil,
y del moro las querellas,
vertiendo lágrimas bellas,
oía dama gentil

Abrió a medias su ventana,
que con flores engalana,
la dama, y así cantó.

Triste su cántico, apenas
perdido entre las almenas,
un solo instante vagó.

«Cristiana ¡oh moro! nací,
y me matan con rigor
¡ay de mí!

mi religión y mi amor,
y huyo, a mi pesar, de tí.
¡Huye de aquí!»

La voz se heló en su garganta;
cayó y rompióse la lira;
al moro extática mira,
mas ya ni le ve ni canta.

No canta; que en llanto amargo,
sobre el pecho la cabeza,
ahoga tanta terneza
un amoroso letargo.

—¿Por qué—dice desde el foso
el moro,—bella cristiana,
por qué me velas, tirana,
ese rostro candoroso?—

La cristiana amada, en tanto,
miraba y no le veía:
sólo en el muro se oía
triste y angustiado llanto.

Y, viendo que no responde,
el moro, desesperado,
a llamar iba ya osado
en el castillo del Conde.

III

Sobre alazán de Córdoba brioso,
ceñido el cuerpo de la doble malla,
el Conde de Tendilla llega en tanto
a su opulento alcázar.

Por la penosa orilla del torrente,
se oye cuál crujen a compás sus armas,
al par que, estrepitosas se derrumban
entre espuma las aguas

Llegó al castillo, y, al tocar al puente,
miró en el muro pálida a su hermana,
y, volviéndose al moro, amenazóle
con la robusta lanza.

«¡Infiel, al fin! ¡Ya yo me lo sabía!»,
dijo el Conde entre sí, lleno de rabia;
y alzó la voz después:—Mahometano,
¿son estas tus palabras?

Si ya no eres cristiano, tu rodela
y ese corcel apresta que descansa.
¡Tú lo jurastes, moro, que conmigo
serías en batalla!

—¿Por qué el Conde cristiano me acomete,
si amor quitó la libertad al alma?

—¡Tú lo juraste, moro, que conmigo
serías en batalla!

—Yo cristiano no soy—repuso el moro—
yo no soy sino amor para tu hermana.
Mas ¿qué me importa mi fe ni la fe suya,
si, como yo me ama?

—No blasfemes, infiel, si en tu creencia
tornaras a mirar estas murallas.
¡Tú lo juraste, moro, que conmigo
serías en batalla!

IV

Marchó el conde de Tendilla,
y del torrente en la orilla
aguardó.

¿Qué hace el moro que, injuriado,
en la muralla apoyado
se quedó?

¿Por qué el Conde le provoca
con voz que al honor le toca
y con furor,
y el moro sombrío, en tanto,
mostrando está con su llanto
su dolor?

Errante su mirar vaga,
y almete, rodela y daga,
lejos de él,
con ira arrojó demente,
y así habló con voz doliente
el infiel:

«¡Adiós, hurí seductora,
rosa de pensil cristiano!
Pues que por suerte traidora
te pierdo agora,
muere con tu Dios cristiano,
yo moriré en mi fe mora.»

Y hacia el Conde, que le espera,
rápida y firme carrera
dirigió.

Y allá, en el agua espumosa,
la caída estrepitosa
resonó.

V

Mientras la bella cristiana,
en su gótica ventana,
exhala un ¡jay! de pavor,
del agua allá en lo profundo,
lanza el moro en este mundo
el postrer ¡jay! de su amor.

José ZORRILLA

Dibujo de DERQUI

UNA CARTA Y UN SONETO

Sr. D. A. Gallego.

Mi buen amigo: Tengo verdadero gusto en que vaya mi firma con las de mis amables compañeros granadinos, en el número extraordinario del BOLETÍN de ese «Centro Artístico», a que se refiere usted en su carta. Sin tiempo para escribir nada, expresamente, en honor de Zorrilla, le mando un soneto inédito, que espero no desentone de los demás trabajos del número, ya que se trata de un homenaje puro al espíritu inmortal de un poeta.

Su amigo,

Juan Ramón Jiménez

SONETOS ESPIRITUALES ÁRBOLES ALTOS

¡Abiertas copas de oro deslumbrado,
sobre la redondez de los verdores
bajos, que os arrobáis en los colores
mágicos del poniente enarbolado;
en vuestro agudo éxtasis dorado,
derramáis vuestra alma en claras flores,
y desaparecéis en resplandores,
ensueños del jardín abandonado!

¡Cómo mi corazón os tiene, ramas
últimas, que sois ecos y sois gritos,
de un hastío inmortal de incertidumbres!

¡Él, cual vosotras, se deshace en llamas,
y abre a los horizontes infinitos
un florecer espiritual de lumbres!

JUAN RAMON JIMENEZ

ZORRILLA Y GRANADA

GRANADA consagró y coronó al gran poeta lírico, porque el gran poeta lírico supo cantarla con la misma esplendidez de fantasía y con la misma exuberancia de imaginativa belleza, con que la cantaron los más grandes poetas árabes. Mas si Granada no hubiera existido y Zorrilla la hubiera cantado, habría sido preciso crearla, para consagrar y coronar a Zorrilla. Y habría sido preciso, también, que en pleno siglo XIX, otro Alhamar, como el de Arjona, levantase otra Alhambra, para palacio de reposo y ensueño del poeta. La inspiración de Zorrilla (nacida en austera, grave y señorial tierra castellana), encontró los raudales de belleza que vertió en aquel ambiente oriental, de dulzor de mieles y perfume de mirra, que envolvía en su vida caballeresca, gentil y galante, a los árabes cultos de la España islamita.

Zorrilla, que cantó las tradiciones y leyendas medio-evaes de Castilla, con la severidad som-

bría de su emoción dramática y religiosa, llegó a la excelsa cima de un misticismo poético, al cantar lo que en Granada musulmana eran empeños guerreros, amoríos encendidos en pasión, paisajes de encanto, arrobadores recintos de misterio, palacio de encajes, tierra de esmeralda, cumbre de armiño y cielo de topacio.

Poeta de inspiración, que voló hacia Granada por natural y soberana inclinación estética, había de tener en Granada la corona de laurel sobre sus sienes. Si Granada no hubiera existido, Zorrilla la hubiera creado, con la riqueza maravillosa de su numen. Y para premiar al poeta, hubieran tenido los hombres que realizar el milagro de hacer surgir un Granada, tesoro de maravillas, a imagen y semejanza del que Zorrilla copia, y describe, mago de la poesía, en sus versos inmortales.

ALFREDO CAZABÁN, Cronista de Jaén

FRAGMENTO DE LA LEYENDA DE MUHAMAD AL-HAMAR EL NAZARITA, REY DE GRANADA

Pequeña población recién tendida
En el seno aménísimo de un valle,
Por donde Darro en sonora huída
Abre a sus ondas perfumada calle,
Era entonces Granada, y parecida
A africana gentil de suelto talle,
Que fatigada en calurosa siesta
A la sombra durmióse en la floresta.

Y cuando digo población pequeña
A la de hoy la imagino comparada:
Pues no era entonces, cual después fué dueña
De dilatados términos Granada.
Bella ciudad de situación risueña
Y de bizarros árabes poblada,
Era ciudad, no grande, no opulenta,
Mas ya por su valor tenida en cuenta.

A una orilla del Darro, que mojaba
De sus labradas puertas los umbrales,
(Por bajo de la *cádima alcazaba*
ceñida de murallas colorales)
Un barrio se extendía que, habitaba
Raza de los egipcios arenales
Oriunda: gente audaz, de miedo ajena,
De negros ojos y de tez morena

Tribu, como nacida en el desierto,
En sus gustos voluble y pareceres,
De este jardín a su escasez abierto
Doblemente apegada a los placeres.
Sus blancas azoteas, eran huerto
cuidado con afán por sus mujeres,
Y sombreaban sus altos miradores
Toldos fragantes de enredadas flores.

Gozaban de sabrosos alimentos,
Ocio oriental y cómodo vestido;
Cercaban sus alegres aposentos,
Blandos cojines de sutil tejido:
Revestía sus limpios pavimentos
Mármol de Macáel blanco y pulido,
Los muros, preciosísimo estucado.
Y el friso, trabajoso alicatado.

Sostenían los ricos arquiteabes
De sus claros moriscos corredores,
columnas ligerísimas. Sus naves
Adornaban arábicas labores,
Sufiles cual la pluma de las aves,
Tan brillantes como ella en sus colores;
Frutales desde el huerto a las ventanas,
Alargando limones y manzanas.

Sus patios, que en albercas espaciosas
Reciben unas aguas cristalinas
al cuerpo gratas y al beber sabrosas,
Pilas eran de baño alabastrinas,
Sembrado el borde de arrayán y rosas,
Donde, las bellas mozas granadinas,
El seco ardor de la mitad del año
Ahuyentaban de sí, con fresco baño.

Y en las serenas noches del estío,
A la luz misteriosa de la luna,
Al son del agua del plateado río,
Y al compás de una cántiga moruna
(Dulce recuerdo del país natio
Que no se olvida en la mejor fortuna)
Sentábanse a danzar en la ribera
La alegre *zambra*, y la *jeiz* ligera.

Tal fué la tribu y las mansiones tales
Que a una margen del Darro se extendían,
Mirándose en sus líquidos cristales
A cuyo son los dueños se adormían:
Y tan gratas sus casas orientales
Eran, tal el contento en que vivían,
Que con justicia los que en él moraron,
El *barrio del deleite* le llamaron.

La otra ribera del sonante río
Era una verde y desigual colina,
Cuya enramada falda, daba umbrío
Y ancho tapiz al agua cristalina,
Y cuyo lomo, seco en el estío,



Fundamento a una torre casi en ruina,
Que sirviendo a dos términos de vaya
Era alminar a un tiempo y atalaya.

Domínase en la cumbre de esta altura,
La extensión de la vega granadina,
Rica alfombra de flores y verdura
Que tendió ante sus plantas, la divina
Mano de Aláh: tesoro de frescura,
Manantial de salud y peregrina
Mansión de toda dicha, cuyas suaves
Auras encantan con su voz las aves.

Ven desde allí los ojos embebidos,
Cien alegres y blancos lugarejos,
Que de palomas asemejan nidos
Entre las verdes huertas a lo lejos;
Y montes cien que, por el sol heridos,
Descomponen su luz con mil reflejos
Que lanza el agua y el metal que encierra,
Pródiga, madre su fecunda tierra.

Allí anidan al par todas las aves
Y se abren a la par todas las flores:
Con la rápida alondra, águilas graves,
Con la menta, el clavel de cien colores;
Se respiran allí cuantos las naves
De oriente traen balsámicos olores,
Y allí da el cielo deliciosas frutas,
Y encierran minas las silvestres grutas.

Allí, bajo aquel cielo transparente
Donde vieron su Edén los africanos,
Hállase aún en ideal viviente
La mujer de contornos sobrehumanos,
De ojos de luz y corazón ardiente,
De enano pie y anacaradas manos,
Cuya generación guardarán solas
Las árabes provincias españolas.

Moran allí esas célicas huríes,
Que pintan las musulmicas leyendas,
Reclinadas en frescos alhamíes,
Sobre lechos de azahar, bajo albas tiendas;
Cuyos labios de rosa y aelíes
Guardan de ardiente amor, sabrosas prendas,
Palabras que embelesan los oídos
Y besos que adormecen los sentidos.

Aquellas celestiales hermosuras,
Que coloca el Korán en su divina
Fantástica mansión de las venturas,
Cuya mirada el iris ilumina,
Cuyo aliento desaparece esencias puras,
Cuyo seno y espalda alabastrina,
Velando mal sus mágicos hechizos,
Negros circundan y flotantes rizos.

Véase del cerro aquél, gigantes cimas
Que eternas cubren seculares nieves,
Donde por grietas mil sus hondas simas
Ríos destilan en arroyos breves;
Y allí, cosechas pasadas opímas,
Refréscanse al pasar las auras leves,
Que bajan luego a fecundar la vega,
De las fuentes al par, conque se riega.

Véase también por el siniestro lado
Del valle del Genil, cuyos raudales
Bañan la verde amenidad de un prado
Cubierto de avellanos y nopales.
Gózase allí de un aire perfumado
Con el subido olor de los frutales,
Del cantueso, tomillo y mejorana,
Que el aura mueve al revolver liviana.

Y entre este barrio de delicias lleno
Y ésta florida y desigual colina,
Se extiende el valle cuyo fértil seno
Fecunda el Darro que por él camina:
Y es el lugar más grato y más ameno,
La situación más bella y peregrina
De cuantos ríos fertiliza y baña,
En la extensión de nuestra rica España.

José ZORRILLA

Dibujo de CARAZO

A ZORRILLA

Si fué Zorrilla sonoro río;
Viento en la fronda y en el mar; fecundo
Campo; monte selvático y bravío;
Torrente en fin magnífico y profundo...

Decid que fué también aura y vislumbre,
Temblor de luna en misterioso lago,
Secreto dulce, tierna mansedumbre,
Fino matiz, presentimiento vago.

Y añadid que su lira prodigiosa
De son que el tiempo ni el olvido empaña
En los trofeos del Parnaso brilla

La más alta, inefable y gloriosa.
Joya de luz fundida ¡como España!
En el crisol ardiente de Castilla.

MANUEL MACHADO

ALREDEDOR DEL POEMA

“GRANADA,”

CUANDO la guerra de la Independencia, España... Bien: ¿pero qué era España cuando estalló la guerra de la Independencia? En los tiempos que inmediatamente precedieron a ésta, ya estaban apagados los fulgores de la espada victoriosa de España. España ya, desplazada del centro político de Europa, no interesaba a nadie. Ni siquiera interesaba a los españoles. «Los españoles - escribía por aquel tiempo Montesquieu, creo que en las *Cartas persas*, —han descubierto un mundo, pero desconocen el suelo en que viven.» No lo conocían, no; no se conocían a sí mismos tampoco. En su decadencia formaron el propósito de conformarse divirtiéndose y no advirtieron que todavía llevaban dentro de sí una posibilidad heroica. Napoleón los zarandeó brutalmente, y la vieja alma de las viejas proezas revivió; otra vez fueron héroes; guerrearon; triunfaron en la amplia y honda querrela y contribuyeron a resolver el problema de Europa. España tornó a estar de

moda. El mundo entero, — Europa y América se entiende, — miraron a nuestra Patria con inquisitiva curiosidad. ¿Qué extraño país era aquél que todavía, a pesar de su decaimiento, tenía bríos para vencer en pugnas epopéicas?

Sin embargo: cuando en 1815 se reorganizaron las naciones de la madre Europa, España, no adquirió ningún dominio nuevo, ni obtuvo compensación alguna. Ganó, sí, una fervorosa admiración de mera índole estética. España, sobre todas las cosas, era un país bello, que acababa de escribir una página bellísima. Por eso, los beneficios materiales del vencimiento de Napoleón, marcharon hacia otros Estados. Y fué entonces cuando vinieron a España, en devota busca de tesoros de emoción; los escritores y artistas románticos: Washington, Chateaubriand...

Allá en un extremo de la bella y apartada España, había un lugar, ungido por la historia y por la leyenda, donde un sol africano acaricia

unas nieves extrañas, donde los cipreses con raro encanto, rasgan el azul de un cielo único y donde los ríos se deslizan por entre la tierra fértil con un rumor musical que no se olvida nunca...

Aún para los mismos españoles, Granada fué una revelación.

GESTACIÓN DEL POEMA

Zorrilla vino también a Granada: anhelaba penetrar en el secreto de su belleza: ansiaba ver el sol del Mediodía sobre los campos espléndidos que sirvieron de fondo a una civilización ya extinguida, pero a la que se creía sentimentalmente incorporado. Zorrilla, en 1845, vino a Granada por primera vez con el propósito ya claramente definido, de dedicarla un poema: aquí, en virtud de larga estancia, acabó de predisponer su espíritu. Zorrilla se fué de Granada, con la imagen de ella fijada para siempre en su cerebro y en su corazón.

En sus andanzas por la ancha faz del mundo, el recuerdo de Granada se le presentaba como una obsesión: llevaba muy dentro de sí el recuerdo de sus calles, llenas de sombra, y de su vega, cargada de luz.

Cuando en sus noches de desterrado, recorría, con rumbo incierto, las calles de París, por donde erraban todavía los bohemios de Mürger y las grisetas de Musset, el mundillo aquél, pintoresco y romántico, que dibujara Gavarni, Zorrilla evocaba otras noches, noches serenas y perfumadas de Granada. Con un manuscrito amorosamente cogido bajo el brazo, corría a la casa del mejicano Muriel, para recitarle, con voz apasionada, las estrofas de su gran poema en gestación. Al columbrar por la ventana, la luna fría de un invierno francés, sentía la nostalgia de aquella otra luna que coronaba el ápice de un ciprés granadino, *comme un point sur un i*, para caer deshecha, en el agua temblorosa de una fuente antigua...

PROPÓSITO DEL AUTOR

¿A qué aspiraba Zorrilla cuando concibió el propósito de escribir un poema en torno de la ciudad de Granada y de las luchas que precedieron y acompañaron a su reconquista? ¿Qué ideal perseguía, qué sentido deseaba dar a su obra?

Él mismo puede respondernos. Oigámosle: «Mi obra, a la cual notará el discreto que

llamo *Poema oriental*, no es más que una enorme leyenda, en la cual, otro ingenio más competente, hallará reunidos los materiales necesarios para construir el clásico edificio de la magnífica epopeya encerrada en la época de la conquista de Granada. Avergonzado al ver que, extranjeros autores han llamado antes que nosotros a las puertas de la Alhambra, ya con el grosero alda-bón de la novela descabellada e insulsa, como Florián, ya con el martillo de la juiciosa y galana historia, como Washington Irving, héme arrojado a abrir el cancel de su misterioso alcázar al genio feliz a quien sea dado apoderarse de su encantado recinto».

Síguese de aquí, que, por lo pronto, el móvil de Zorrilla al escribir su poema, era de pura índole patriótica. Reputaba como un deber para los españoles el cantar sus propias glorias. Pero, indudablemente, su designio íntimo abarcaba aún más. Soñaba acaso con escribir una epopeya donde viviese, en toda su grandeza, la modalidad integral de una civilización. Por esto, Zorrilla, quiso *documentarse*, como se dijo después. Estudió, a lo que parece, lengua árabe, historia del reino de Granada, historia de toda la Reconquista... y para que así constase, sembró de notas explicativas y eruditas la primera edición de su Poema. Y hasta la cerró con una larga biografía de Mahoma. Todo, naturalmente, de modo secundario: el fondo de su obra lo constituía, sobre todo, la emoción poética que saturaba su mundo interior. Tengo para mí que el poema lo escribiría sin oír más voz que la de la inspiración, y que fué luego, cuando, en ratos perdidos, cuidó de enterarse al detalle de tal suceso histórico o de los pormenores de determinado sujeto de su Poema.

En 1852 salió éste a la luz pública. Constaba de dos tomos y anunciaba la publicación del tercero, que nunca llegó a aparecer. Y agotada la primera edición, no hubiera vuelto a tomar forma material y accesible, si un distinguido granadino—el senador Martínez de Roda en 1895—, no hubiera ayudado pecuniariamente a D.^a Juana Pacheco, viuda de Zorrilla. Porque Zorrilla ya había muerto. Desdichadamente sin acabar el poema, cuarenta años antes comenzado a publicar.

REALIZACIÓN

Tuviera o no tuviera Zorrilla, un plan preconcebido para el desarrollo de su obra poética, es lo cierto, que ésta se nos presenta como un

conjunto de poesías bien distintas, a las que solo une el áureo hilo de la común emoción que las engarza: la emoción de Granada.

Cualquiera de estas poesías puede leerse separadamente: cualquiera de ellas, basta para transmitirnos esta emoción del poeta en toda su plenitud. Lo que haya en el poema «Granada» de narración o de retrato de algún personaje o de referencia a cierto momento histórico, es, en mi sentir, lo que menos importa. Lo que hay en el Poema, y viene a nosotros, como mágica flecha que silbando armonías se nos clavase en el corazón, es la emoción del poeta, precisamente del poeta, ante una realidad bella: la ciudad de Granada.

Antes de Zorrilla, Granada era tan hermosa como lo es ahora, como lo será siempre. Zorrilla lo que hizo fué darle forma, una forma eterna y universal, a la emoción con que Granada traspasa todos los espíritus. Gracias a él, no necesitamos buscar fórmulas nuevas, que representen nuestra íntima saturación de belleza. Los versos incomparables de Zorrilla tienen todo el valor de una oración insustituible e inseparable, que va de unos hombres en otros, transmitiéndoles una misma inalterable y férvida devoción.

Pasado el pórtico maravilloso de la *Leyenda de Alhama*, nos dejamos ir, con el alma embelada, por la espléndida suntuosidad que recama todas las estrofas del poema. Por todas partes advertimos esa opulencia, esa morbidez, esa exhuberancia, esa fantasía deslumbrante que hemos dado en llamar *oriental*... por llamarlas de alguna manera. Pero que no significan sino una extraordinaria aptitud temperamental para percibir y aprehender hasta los más finos matices de la luz y del color.

¡Oh, sí! Antes de que Rimbaud tratase de descubrir el *color* de las letras y de que Ghil pretendiese alumbrar en ellas recatados valores orquestales, un poeta de la seca Castilla, encuentra tonalidades nuevas y penetra, con arte singular, en el misterio cromático y musical de todas las cosas. Zorrilla ensanchó el mundo de las sensaciones. Por lo menos, expresó de manera nueva las que siempre existían. ¿Quién, antes de él, acertó a encerrar en unos versos el rumor de las frondas, el resplandor de los cielos, la música de los ríos de Granada?

Por debajo de los cantos a la belleza de nuestra ciudad, está lo que Ganivet llamó «pensamiento oculto del poeta». «A primera vista (escribe el autor de tanta página inolvidable), resalta el in-

tento de fundir en una sola las dos epopeyas cristiana y africana, y más adentro se encuentra la labor de fusión metafísica y religiosa de los tenaces y esforzados caballeros que tan bravamente lucharon siglo tras siglo».

Español Zorrilla hasta la médula de sus huesos, cantó a todos, vencedores y vencidos, que al fin y al cabo todos eran españoles. En los moros y en los cristianos, exaltó viejas virtudes de la raza. Su poema *Granada*, es el poema de la bizzarria, de la arrogancia, de las caballerescas actitudes, de la gracia, del valor.

En sus versos, metió calor de España y luz de Granada. Y de este modo, escribió un poema que depositó, con puras manos, en el altar de la Patria.

ANTES DE ACABAR...

Notemos esto: el cantor de Granada no es ningún granadino de cuna: es un forastero, un hombre que solo vino aquí en contadas ocasiones. Extráñase Mauricio Barrés, de que el barbero que le afeitaba en Toledo le preguntara lleno de asombro: «¿Le gusta a V. Toledo? Vale poco. No hay sino alguna antigüedad solamente». Y añade el autor francés: «¡Y era de oír el tono de aquel *vale poco* y de aquel *solamente!*» Parece, en efecto, que para descubrir y percibir el hechizo de un lugar, es preciso ser extraño a él, establecer un contraste, que la brusquedad del asombro abra a la emoción insólita e inesperada, de par en par, las puertas del espíritu. Quizá por esto, los granadinos no conocemos del todo el alma de nuestra ciudad. Si la conociéramos, si la sintiéramos dentro de nosotros como una sagrada categoría estética, no desnaturalizaríamos su carácter, como hace años lo venimos desnaturalizando, abatiendo, insensatamente, ese radiante penacho de *ciudad única* por el que Granada culmina en el mundo entero.

Zorrilla jamás hubiese consentido en que se desgajase un árbol, en que se arrasase un jardín, en que se derribase un caserón de limpia ejecutoria, en que se arrancase a un torreón de la caricia secular e inefable de la yedra.

Algo indignadillos por dentro, pero impasibles en nuestra actuación ciudadana, los granadinos, vemos como se esfuma la Granada de nuestros abuelos. Zorrilla la hubiese despedido con una elegía escalofriante y ejemplar.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO



Al último rey moro de Granada Boabdil el Chico

Una ciudad riquísima, opulenta, el orgullo y la prez del Mediodía, con regia pompa y majestad se asienta en medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su lumbré el sol de España en hebras de purísimos colores, y brotan al calor con que la baña, en vasta profusión frutos y flores.

Allí el aura sutil respira aromas, y la estremecen sobre cien jardines bandadas de dulcísimas palomas y pintado tropel de colorines.

El Darró y el Genil, con turbias olas, en su verde llanura se derraman, y a su confín, en playas españolas, del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento, fatiga de los fastos sus memorias; su grandeza y tesoros son sin cuento, y no se encuentra fin a sus historias.

Allí es el cielo azul y transparente, fresca la brisa, amiga la fortuna, fértil la tierra y brilla eternamente, sereno el rojo sol, blanca la luna.

Y afrenta de las tierras más remotas, véñse allí, como en otro Paraíso,

los pomposos laureles del Eurotas y los húmedos tilos del Pamiso.

Crecen allí las palmas del desierto, de Cartago los frescos arrayanes; las cañas del Jordán, en son incierto, arrullan de Stambul los tulipanes

Y entre pajizas y preñadas mieses, las vides de Falerno allí seorean, y los de Jericó mustios cipreses, con los cedros del Líbano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales, lúgubres sauces, altos mirabeles, y olivós, y granados, y morales, ceñidos de jacintos y claveles.

El zumo de sus vides deliciosas, tal vez la alegre Italia envidiaría, y por sus anchas y fragantes rosas, sus rosas las trocara Alejandría.

El jaspe, el oro, el mármol, los cristales ostentan en su espléndido recinto, [les, y ansiaran sus recuerdos orientales los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en riqueza, la voluptuosa pompa del Oriente: que entre flores y lánguida pereza vive tranquila su atezada gente.

Unos hombres de Oriente, la robaron para asentar en ella su morada: los hombres a quien de ella despojaron lloraron siete siglos su Granada.

Y era un tiempo de guerras y de amores en que el compás de berberisca zambra, y el son de los clarines y atambores estremecían a la par la Alhambra.

Y era también el término llegado del brío y del poder de aquella gente, y al postrimero rey había tocado el sitio de la raza del Oriente.

La hora fatal a la morisca luna los sabios en su horóscopo leyeron, y tal vez mereció mejor fortuna,

de la que sus horóscopos le dieron ¡Ay, Boabdil! ¡Levántate y despierta, apresta tu bridón y tu cuchilla, porque mañana llamará a tu puerta, con la voz de un ejército, Castilla!

Mañana, de su mengua avergonzados, te cercarán los tigres españoles, y echarán, sobre tí, desesperados, de siete siglos los sangrientos soles.

Dibujo de VERGARA

JOSÉ ZORRILLA



Bodas de plata y de Luna

CAMINANTE...

ERA en un tiempo viejo y calladamente pasional... Tiempo de leyenda.

Tenía un alma clara como el día, toda luz y una cabeza llena de sueños locos. ¿Quién era? No sé. Al preguntar a la gente, no sabía decirlo. Bajo la maraña de su cabellera, era su frente un cielo despejado y sus pupilas, reflejos de la visión de un más allá desconocido y conocido al ensoñar. Loco o visionario, soñador fantástico, forjador de quimeras ¿dónde iba? ¿Al más allá? Tal vez, pero en su camino había tantas flores, que con ellas se detuvo y habló y ya le conocían. Yo oí su nombre una vez; me lo dijeron las aguas y las brisas que, le amaban tanto, que querrían haberle enterrado para acariciarle eternamente. Hablaba con la luz, con los colores, con la Vida, y cantaba al hablar, como los pajaricos cantan, al decir sus amores

a las gentiles hembras y ellos se entienden.

Vagaba errante por la Vida, como un misionero de la Música y del Amor. Su propia vida, entera, era eso: ritmo y en su corazón, llevaba, como los panales, dulce miel.

¿De dónde era? Tal vez naciese en Grecia; tal vez, fuese en el Oriente lejano que da a los espíritus somnolencias místicas... ¿Besó la piedra de la Kaaba? ¿Recorrió con los pies desnudos la santa Palestina y ascendió a las montañas del Líbano y trajo sus olores? Parece que fué todo... y más. Alma de acero, que sentía palpitante un corazón fuerte, como el de aquellos luchadores, que forjaron sus armaduras en los yunques toledanos; fantasía loca. Tenía su palabra, sonoridad de catarata y musicalidades de mujer, y su espíritu, soñando en el ayer y pasando desbocado hacia el mañana, no re-

posaba en el presente y dejaba tan solo, al pasar, la huella del caminante que yendo de una a otra tierra, deja un recuerdo de amor que adormece o un canto que hace vibrar.

Yo le ví recorrer un camino desierto. Era medio día... El suelo, llanura seca, no tenía luces de agua. Se rompía el sol contra la tierra dura

y cegaba el polvo. El camino era infinito. Lejos, muy lejos, había monte y unos picos de nieve... Se perdió en el crepúsculo, con la cabeza erguida y un rayo de esperanza y de luz en los ojos radiantes... El sol, ya era de sangre... ¿En busca de qué tierras iría? ¡Qué importaba! Llevaba una lira y un corazón... Suyo era el mundo...

PROMISIÓN

...Y aquella ciudad, era un ensueño de colores. Nació de un milagro de Dios y de un capricho de dioses, y su cielo, lo habían hecho con ojos de mujer, azules en los días luminosos, negros en las noches serenas y sus estrellas, eran relampagueos de vida...

¡Qué caricias las de sus aguas y sus brisas! Sonaban en los oídos a música de arpas y tañer de flautas paganas y sus olores eran ámbar y mirra, quemados en pebeteros de oro. Tenía unos ríos de plata y Luna con riberas floridas y verdosas, en las que crecían flores, que eran novias del río y que éste arrastraba en su corriente, cuando quería poseerlas...

Las colinas, eran rojas y blancas. Fuego y pureza. Un encanto de amar y un partir de corazones... En sus noches calladas y rumorosas, de silencio, nostalgias y cantos de aguas, y suspirar de flores, había por sus callejas medrosas y reforcidas, un desfile de recuerdos y leyendas, bajo la caricia de las estrellas y el claror blanco de la Luna pálida... Todo, suspirar de ruidos y ruido de suspiros... alientos de mujer soñada y besos de cielo, olor de flores, llorar de aguas y gemir tristezas de cipreses altos, esqueletos de vida y gigantes de muerte...

Era un ensueño oriental... De día, la luz clara, el sol lujurioso, amarillo y rojo, la silueta nerviosa de sus montañas recortando un cielo azul, de terciopelo, rico como manto de un dios. La noche, rumorosa, apagada y pálida, cantar de fuentes, correr de ríos y besos de Luna y a todas horas, la rodeaba como un collar de esmeraldas y rubíes la alfombra verde de un campo risueño y la cinta plata de los arroyos transparentes... Sus hijas, eran como las del Profeta. Ojos negros, carne morena, caricias de fuego, misterios en el alma, escondida tras las celosías, que guardaban pasiones y latir de corazones todo sentimiento. Sol en los ojos. Los ruidos, canciones de corazones deshechos.

¿Sensualidad? ¿Paganismo? ¿Amores?... ¡Qué sé yo!... Eso y algo más. Pasiones ocultas y calladas ilusiones marchitas que cantaban con las aguas y se quejaban con los aires... Por todas partes, el ensueño. La sombra de un pasado muerto en su vivir, pero vivo en su muerte de tiempo... Y era como un enigma de sangre y aromas y colores y luz. Espíritu místico y pagano, era un algo extraño, indescifrable... El Sol, el agua, la nieve, el corazón... Un misterio... Sentía y no decía... pero...

EL BESO

Se dormía la noche silenciosamente y un reloj clamaba que era una hora menos.

El silencio... Una visión luminosa... Ha avanzado una sombra y ha hablado con la ciudad dormida. Es el mismo...

—¿Quién eres tú—decía—que así sueñas en el misterio de la noche callada con la música de tus ríos, el canto de tus aires y el suspirar de tus flores?... ¿Eres una novia?

—Profano ¿qué te importa?— respondía la ciudad, hablando sus estrellas.—Déjame vivir, que mi vida entera es esta y tú no puedes comprenderla.

—¿Por qué me hablas así, cuando realizo el sueño de mi vida? He soñado tanto contigo, que hace años, me anochece y me amanece caminan-

do en tu busca y ahora que al fin te encuentro me rechazas...

—Deja, deja a mis flores exhalar su aroma y a mis aguas correr y a mis corazones dormir... No despiertes a los míos, que ahora sueñan con amores que en el día callan... ¿Por qué quieres entrar?

—Porque te daré mi alma si me recibes y cantaré tus glorias y tus encantos y serás una Jerusalem florida del amor. Déjame entrar y seré tuyo. Yo sé hablar con las flores. Te traigo una lira y un corazón. Vengo a amarte y cantarte...

—¡Oh, pasa, pasa, que beberé tu vida y mamarás a cambio en mis pechos de nieve, nectar de flores y aguas de oro...

...El poeta pasó. La ciudad, besó su frente y un

destello de luz, le circundó. El se inclinó a la tierra y posó en ella sus labios...

En el fondo, tras los montes, agonizaba un lucero y una luz de día, venía a acompañarle. Como escapada de la Sierra de nieve, voló una bandada de palomas blancas. El cielo, de negro, se tornaba azul... El poeta arrojó su corazón al río y el río le besó salpicándole con sus aguas.

Sonó una música de arpas y una melodía de flautas y liras... Pasó un corcel, volando, ante los ojos. Una visión de capas blancas,

flotó en la lejanía... Tras unas celosías, se morían unos ojos negros... Volaron unas golondrinas y salmodiaron un rezo de contento... El poeta, cantó...

Y la ciudad y los pájaros y los aires, combinando sus ruidos, clamaron:

—Poeta, poeta, eres nuestro...

...El corazón, se había deshecho en las aguas de oro del río que murmuraba...

ANTONIO GALLEGO y BURÍN

A ZORRILLA

EN SU CENTENARIO

Yo que canté tu realeza
¡oh, príncipe de Helicon!
en la gallarda proeza
de ceñir a tu cabeza
la granadina corona;

Yo que de pena transido
cuando tu vida agitada
lanzó el último latido,
lloré triste y abatido
al cantor de mi Granada,

Hoy que nobles trovadores
quieren ensalzar tu gloria,
también quieren mis amores
consagrar a tu memoria
un pobre ramo de flores.

No son mis flores nacidas
del Genil en la ribera;
son violetas recogidas
entre las ruinas caídas
de un pueblo que te venera.

¿Y quien no te ha de querer?
¿Y quién no te ha de admirar
si tú hiciste conmovido
al pueblo, que a tu placer
haces reír y llorar?

¿Qué talismán ignorado
tiene tu lira galana?
¿Por qué tu ritmo acordado

vence al pueblo subyugado
por su atracción soberana?

No lo sé; mas donde quiera
vibra el habla de Castilla,
te ama el pueblo y te venera...
hasta en la escena extranjera,
triunfa el genio de Zorrilla!

Gloria es esta, que a mi ver,
ni se sabe comprender
ni se puede razonar.....
Es que Apolo al darte el ser
te engendró para triunfar!

Nunca te podrán decir
regocijo de otra edad.....
Don Juan, que no ha de morir,
hará a tu genio vivir
en eterna actualidad.

Y ya cantando el amor,
ya ensalzando la virtud,
siempre con regio esplendor
brillará la excelsitud
del *último trovador!*

¡Cantad, hijos de Helicon!
¡Cantad su gloria, poetas!.....
Mi musa solo ambiciona
ofrecerle unas violetas
para adornar su corona.

ANGEL DEL ARCO

RETRATO DE LA SEÑORA DE IBRAN, POR ROMERO DE TORRES



El insigne artista cordobés nos ofrece las primicias de este admirable lienzo, en homenaje al Poeta

ASPECTOS

EL GESTO. — LA RAZA

ZORRILLA nos ha ofrecido uno de los más admirables gestos de la raza. Serena gallardía; noble altivez; desdén magnífico por todo aquello que se aparta de la ruta ideal. Ha quedado Zorrilla como la concepción más levantada del viejo españolismo. Era un triunfador a quien no torturaban locas ambiciones. Su ambición, la ambición de toda su vida, fué apagar la sed inextinguible de idealismo que había en el fondo de su alma. Y el lenguaje sonoro de sus versos nos ha cautivado siempre como una música armoniosa que llenara nuestro espíritu de luz.

Zorrilla fué un poeta eternamente soñador, atormentado por esas hondas inquietudes de los hombres que poseen una copiosa riqueza espiritual y una espléndida y amplia visión imaginativa. En otra época, hubiese recorrido los más tortuosos senderos, como los bardos medioevales, sin otro caudal que el de su fantasía, para ofrecer sus trovas a la gentileza de alguna castellana. Vivió una bohemia generosa y triunfal, desdeñando las impurezas de las realidades. Se prodigó, se entregó todo entero a las multitudes, desbordando sobre ellas el torrente prodigioso de sus cantos, con aquella su hidalga apostura de gran señor romántico y poeta.

La raza tiene figuras representativas, tipos acabados y salientes que simbolizan un estado social. Los vislumbramos a través de los siglos, como algo intenso y fuerte que no morirá nunca. Surgen esos hombres en todas las épocas; destacan vigorosamente su personalidad; dominan sobre el alma de las muchedumbres; condensan en su espíritu la sentimentalidad colectiva de un período histórico; y cuando mueren, su recuerdo es como una cumbre en el dilatado panorama de los tiempos. La raza española es pródiga en hombres representativos. Y su genio se ha mostrado con los más varios matices. Los audaces conquistadores del Nuevo Mundo; los guerreros que se batían en Flandes; la bizarría militar de las edades pretéritas; el alma aventurera sugestionada por el esplendor de la gloria; la austeridad sombría de los días inquisitoriales; la cortesía caballeresca; el heroísmo generoso; la hidalguía empobrecida que se encierra con orgullo

magnífico en el rancio solar; el señor arruinado; el poeta engrandecido, que lo afronta todo, hasta la miseria, con el único bagaje de sus versos.

A través de los años, advertimos que la raza española tuvo siempre un rasgo característico: ha sido soñadora. Por eso dió en el desastre. Y Zorrilla fué una figura representativa de la raza. Mantuvo con gallardía el gesto clásicamente español, como si en la amplitud de su espíritu inquieto y luminoso, se juntaran todas las virtudes y todos los defectos de estirpe ibérica. Fué un trovador que recibió el más alto homenaje que puede tributarse a un poeta. Con la música sonora de sus versos, hizo temblar de emoción muchos corazones. Y cuando llegó el ocaso, el trovador, viejo y pobre, observó que la miseria llamaba brutalmente a las puertas de su idealismo. Entonces, con la honda amargura de una realidad nunca soñada, el poeta puso en las plebeyas manos de un usurero, la gloriosa corona de los días triunfales. Y con el altivo y noble ademán de un monarca arruinado, recibió unas monedas de plata para comer...

EL MUNDO FANTASMAL

Zorrilla nos ha dado una interesante visión de las ciudades legendarias. Es el poeta que más hondamente ha sondeado el viejo espíritu de los pueblos románticos, para hacer que reviva, al conjuro de sus estrofas, todo un mundo de fantasmas. Las ruinas de las pasadas edades le brindaron la perspectiva sugerente de las cosas muertas,—la vida remota que se pierde en los arcanos del tiempo.

Las ciudades unidas espiritualmente al pasado—como Granada, como Toledo,—guardan en su riqueza monumental el intenso perfume de una poesía evocadora. Flota en su ambiente la sombra imprecisa, vaga, obsesionante, de las viejas generaciones. La calleja tortuosa, la casona que se derrumba poco a poco, el palacio de amplia portalada que se obstenta con el orgullo de un noble maltratado por los años y la adversidad. Hay momentos de una cautivadora emoción, en que el viejo espíritu de los pueblos surge como una sombra fantasmal.

Y Zorrilla ha poblado de sombras legendarias las ciudades. Los héroes, los galanteadores, las

damas enamoradas y honestas, las luchas caballerescas a la luz temblorosa de un Cristo de hornacina, la superstición medrosa ante el panorama de una calleja oscura... El alma de los siglos ha resurgido en los versos del trovador, dando forma palpitante a un mundo que estaba muerto y olvidado, allá en la misteriosa lejanía de las remotas edades. ¡Qué intenso poder de evocación el de Zorrilla! A su influjo, nosotros hemos observado que aquella visión remozadora de los siglos pretéritos, que aquel resurgir espectral, se presentaba sugestionadoramente a nuestros ojos y llegaba a nuestro espíritu con fuerza de fascinación. Y nos ha parecido que hasta entonces no habíamos sabido comprender el

alma romántica y soñadora de las viejas ciudades.

GRANADA.—LA LUZ

La luz de Granada influyó mucho en la concepción estética de Zorrilla. El poeta sintió que, sus ojos ávidos de amplias lejanías, quedaban como deslumbrados. La imaginación viva y brillante del poeta, es igual a la luz clara y diáfana de la ciudad. Los relampagueos de aquella exhuberante fantasía, pródiga en matices esplenduros, tienen semejanza con la fulguración fastuosa del sol granadino. El alma de Zorrilla, es toda luz...

C. RUIZ CARNERO

AL POETA NACIONAL

EN el roble mayestático de la Tradición española, anidó venturoso, el numen poético de Zorrilla; en la espesura de su fronda sonaron los versos inmortales en que palpita el alma de un pueblo; y de las hojas del árbol venerable se tejó, en su día, la corona que ciñe las sienas del bardo castellano.

Por eso, la obra de Zorrilla es hoy riqueza del acerbo espiritual de nuestra España; sus estrofas vivifican los espíritus adormidos o anémicos de la raza; la música que de ellas brota, recuerda el modular de las trompas, que prodigaron la fama de Herrera y Ercilla; con la poesía galana de sus trovas se remoza y enorgullece la bravía gesta del Romancero; en el cantor de nuestros tiempos halla un eco profundo la inagotable leyenda hispana del Viejo y del Nuevo Continente.

Por ambos, el trovador romántico, enamorado de los más puros ideales, derramó a miles los versos en honra y prez de su patria; y cuando, harto de peregrinar, tendió la vista sobre el solar español, buscando un rincón de poesía excelsa, en donde inspirar sus cantos más sonoros, se fijó en Granada,

...santuario de la española gloria,

y en ella ofrendó a la patria conmovida sus más espléndidas creaciones, ante el altar magnífico de nuestra naturaleza.

En ella, vió Zorrilla luz de fe para sus ojos; encanto y magia para su imaginación encendida; en ella, encontró ambiente adecuado su alma gigantesca y asilo de bendición su acansinado esfuerzo. Y Granada remozó a su vate; y cuando éste cantó, en los mágicos bosques de la Alhambra, dijérase que en el zénit de la poesía, brillaba entonces el sol de su inspiración y de sus entusiasmos.....

Si, pues, Zorrilla ensalzó a su patria, hasta el punto de que apenas habrá en ella otro vate, que mejor merezca el dictado de *nacional*, excuso decir cuán oportuno y consolador me parece el homenaje, que el Centro Artístico de Granada le dedica, en estos momentos, en que, exaltados los espíritus del mundo entero, se afirman las convicciones patrióticas, se avivan los anhelos de engrandecimiento y se ratifican las ambiciones de redención y libertad.

José M.^a CAPARRÓS

ZORRILLA EN LA ACADEMIA

AHORA que un periódico madrileño quiere averiguar, por los votos de sus lectores, quiénes deberían tener asiento en la Real Academia Española, me parece oportuno recordar, siquiera sea en pocos renglones, lo que en ella sucedió con nuestro gran poeta romántico del siglo XIX; con el leidísimo D. José Zorrilla; con el excelso vate a quien de seguro no habría dejado en la calle el sufragio popular de su tiempo, si se ocurriera a algún periódico de entonces la idea que se ha ocurrido a *El Liberal*.

Falleció D. Alberto Lista en 1848 y la Academia se honró llamando para ocupar esta vacante al famoso poeta castellano; pero como en la Academia no se hacen versos, sino diccionarios y gramáticas, y de esto no entendía, ni quería entender, Zorrilla, que se murió sin distinguir entre *reflejos* y *destellos*, dejó pasar años y más años, y la Academia, cansada de esperar su discurso de recepción, declaró vacante su plaza, que ocupó D. Fermín de la Puente y Apezechea. Con todo eso, hombre de tanto mérito como el autor de *A buen juez mejor testigo*, no podía buenamente faltar en la Academia Española, y al cabo ocupó la vacante de D. José Caveda, muerto en 1882. Todos recordamos el discurso de Zorrilla, escrito en verso, y todos conocemos que aquella tirada de endecasílabos no era la mejor fianza de que el insigne poeta llevaría a la docta Corporación algo más que el esplendor de su gloria.

Mi querido amigo D. Narciso Alonso Cortés, termina en estos días su estudio, que será magistral, sin duda, acerca de D. José Zorrilla. No sé yo qué habrá dicho de él como académico; pero tengo por indudable que no habrá podido hallar papeletas lexicográficas de su biografía..., por la sencilla razón de que no las hizo. Y aunque se despeñañara Cortés, leyendo las actas de la Academia, en busca de las proposiciones que hiciera el autor de los *Cantos del Trovador*, acerca de reformar en tales o cuales puntos nuestra Gramática, trabajaría en balde, porque a Zorrilla, dicho en frase vulgar, nunca le dió el naipe por ahí. Pasó, pues, silenciosamen-

te por la Academia, sin tomar parte en sus trabajos. Calló bajo su tedio quien tanto y tan bien había cantado bajo la azulada bóveda de ambos mundos. Así, a tener España treinta y seis hombres como Zorrilla, y a llevarlos a la Academia, ¿quién cuidaría del Diccionario y de la Gramática? Lo que decían en Italia, viendo los humos señoriles de los españoles. «Si todos sois señores, ¿quién guarda vuestro ganado?» Con tanto esplendor en la Academia, todo estaría, como dicen, a matar y por rozar, porque Zorrilla, que cantaba muy ufano:

«Yo sé por qué vuela tan alto el condor»,

sabía eso; pero no sabía que había de decirse *cóndor*. El genio ignora siempre esas menudencias: *aquila non capit muscas*.

La Academia es un taller, y no un palco de exhibición, y ha menester, ante todo, gente humilde y trabajadora, que entienda de lo que allí se hace y platica. A las veces, los más desconocidos para el vulgo, son los mejores, porque vivieron estudiando en sus casas, y no bullendo en calles y espectáculos públicos para ganar una popularidad que de ordinario no es ni prima segunda del saber.

Bueno que hasta una tercera parte de las plazas académicas se otorguen a los que *dan esplendor*, para que de todo haya en la viña; pero queden las dos terceras partes restantes para los que *limpian y fijan*; para el mérito humilde, pero sólido, que no alcanza, ni aun apetece, la popularidad de los famosos poetas y oradores, y este mérito no lo conoce, ni de *oídas*, la indocta muchedumbre; esa que, por no darse el trabajo de pensar, toma hecha, en literatura como en todo, la opinión del periódico que lee.

Es pues, de buen sentido que la elección de los individuos de que se compone una corporación como la Academia Española, debe estar a cargo de *los mejores*, y no de *los más*. Y sabido es que *los más* nunca fueron, ni son, ni serán jamás *los mejores*.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

Madrid 10. junio 89

Señores Directores y Redactores de "La Alpujarra"

Muy Señores míos: entiendo que V. V. del poeta, o sea V. V. omninoda in influencia de mí en palacio y en las regiones oficiales la voy tan completamente nula como lo ha sido siempre, y es muy á palacio ni tengo influencia con S. M. la Reina regente, a quien en los hallados meo que en veces -

Me ha parecido más práctico y más breve acudir al Sr. Ministro de Gracia y Justicia, que me dispensa algunas consideraciones, y por cuya orden tiene que pasar la tramitación

del indulto. Hallámbome pues con una inflamación facial que me impide salir a la calle, envíe al Sr. C. Mateja en telegrama con una carta de las más peticionaria que escribí la que, apoyando la Súplica de una reunión, y exponiéndola que una reunión en esta en los días de su coronación, evolucioné su recuerdo en un dudoso y lenta para en una perdurable fatalidad que mancham de sangre mis laureles -

Un amigo del Ministerio y con la encargada de no dejarse en paz y de arriar el indulto, y exponer

UN AUTÓGRAFO DE ZORRILLA

ESTA carta, lector, que aquí ves reproducida y donde el corazón generoso de Zorrilla escribió unos interesantes renglones, es cifra de un momento de su vida, que quizá por ser demasiado fugaz, ha pasado inadvertido para sus biógrafos. Ello fué...

Pero he aquí que nuestro Presidente honorario D. Natalio Rivas, actor principalísimo en el curioso suceso que evocamos, y a cuya amabilidad debemos el autógrafo que avalora esta página, nos hace así su historia en una carta particular:

«Había yo defendido un reo, ante la Audiencia de Albuñol: José Carrascosa Sánchez, alias *Martirio*, que fué condenado a muerte. Entonces escribía yo en *La Alpujarra*, en unión de Patricio Fernández Abril y de otros amigos de Albuñol, y se me ocurrió la idea de acudir al poeta para que librara de la muerte a aquel desgraciado, toda vez que había de ser la ejecución, precisamente en los días en que se le coronaba. Esa fué la carta que me contestó. Se consiguió el indulto afortunadamente, y pudo de esa manera Zorrilla evitar un día de luto a la provincia».

La hermosa respuesta de Zorrilla, despiende esa luz confortadora y cordial que es propia de los grandes espíritus. El de Zorrilla lo fué, no solo porque ganó cumbres supremas de inspiración, sino porque acertó a ponerse en contacto con el dolor y la podredumbre humanas. A muchos hombres, sus estrofas les comunicaron como una nueva vida: a aquel infeliz condenado a muerte en 1889, el poeta le apartó del patíbulo y le procuró, noblemente, el camino de la rehabilitación.

En respuesta para tramitarse a V. V. por telegrama.

Atrocha - pues a V. V. me parte diciéndote este negocio.

Y con mi, soy de V. V. en un agradecido amigo y Dev.

9. 12. 11. M. M.

José Zorrilla

LA SILUETA DEL VIEJO ROMÁNTICO

NOCHE de febril excitación. Filosofamos con Nietzsche; padecemos con Gorki en la soledad de las aplanadoras estepas y bajamos con Maeterlinck a sumergirnos en el sombrío abismo del misterio. Ya de madrugada, hemos tratado de bañar el atormentado espíritu en las claras fuentes de la poesía castellana. Los libros contemporáneos, cogidos al azar, nos infunden nueva tristeza. Son doloridos lamentos, ayes escapados de un mismo corazón, donde el eterno deseo insatisfecho arde en su propia llama, o donde la sensual epopeya de un hechizo femenino, hace tremar en agrí dulce recuerdo la lira del poeta. Al final de todas las lecturas, nos aguarda la misma decepción; nos sentimos más tristes y a tal punto huyó nuestro saludable optimismo, que gozaríamos en matar una ilusión por el solo consuelo de llorarla...

En esto, las luces del amanecer, comienzan a clarear tras de los cristales empañados. Caídos los libros y abatido el espíritu, vemos como el día va modelando, en fuerza de luz, sobre las imprecisas lejanías, el maravilloso encanto del paisaje. Entonces abandonamos nerviosamente el lecho, y salimos a la calle. Un viejecito que cruzaba en el mismo instante, se detiene temeroso para cedernos el paso; cruzamos ante él y emprendemos una marcha rápida. Es la hora en que el organismo ambiciona los deportes, las marchas forzadas, los excesos musculares que vigorizan la materia. En tal hora, disculpamos a la juventud que corre como jauría de perros tras de un balón, o se malogra contra las sinuosidades de un camino. El ánimo se encuentra propicio a la benevolencia y hasta el sol, como una maravillosa flor de oro, parece despejar toda incertidumbre al cobijar la tierra bajo la candente presencia de sus regios faralaes.

A las calles largas, ligeramente onduladas y a las plazas vocingleras donde un jardincillo urbano o una fuente cantora sirven de juego a la chiquillería, han sucedido ahora una paz geórgica, un fresco, tranquilo ambiente. El espíritu halla gozo en recogerse en sí mismo, y la imaginación declina con rumbo a la región imperecedera de la

poesía. Hemos dejado atrás un mundo de febril actividad y nos consideramos felices al halago de esta dulce quietud; al son plañidero del agua que se atropella por los estrechos canalizos; al bisbiseo constante conque las frondas de esta verde alameda se arrullan entre sí, desfalleciendo de sensualidad al pie de los dorados torreones árabes.

Mas he aquí, que de pronto, una sensación indefinida, nos acusa la presencia de alguien y nos hace volver la cabeza. A nuestro lado, con su paso lento y torpe, camina aquel mismo viejecito que estuvimos a punto de atropellar, al salir de nuestra casa. ¿Qué impulso diabólico o maravilloso empujó a este anciano, que, sin embargo de su paso tardo, y su edad proveya, puede seguir nuestra alocada marcha a través de la vida? Creíamole dejado atrás, abandonado a sus débiles fuerzas, envuelto en el torbellino de la vida moderna, y he aquí, que, como poderoso fantasma, se aparece junto a nosotros mostrando, por toda contestación a nuestra extrañeza, una irónica sonrisa de superhombre.

Lo sobrenatural del encuentro nos seduce; engendra una franca y leal simpatía. Entonces le contemplamos detenidamente; hablan por él sus ojos de juvenil mirada; bajo la ancha halda del negro chambergo, la melena blanca parece un trozo de armiño sobre el divino relicario de la idea. Un velo de aguda melancolía ascetiza las facciones y bajo los labios de enfermiza palidez, la plateada y romántica perilla tiene un tembloroso movimiento de ancianidad. Camina ahora el anciano pausadamente; en el cristal de su retina, como en dos brillantes espejos, se retratan las jugosas, verdeantes frondas; las hiladas de obscuro arrayán; las almenadas torres, ahora encendidas como brasas, a la vesánica caricia del sol. A veces, las pupilas duales de un ajimez, le detienen un momento, pensativo.....

Más arriba, fina el paseo en una ancha y soleada plaza. Aquí el panorama de la ciudad se ofrece vasto, luminoso y diáfano como en un esmalte. Sobre el cielo de un límpido azul, recortan su silueta las torrecillas mudéjares; acaso desde alguna

de ellas, una campana—con ese inconfundible, argentado son de las campanas granadinas—llame a la misa primera; acaso también, de las lejanas cuevas, al pie del barrio moro, surja una característica voz en demanda del greñudo rapaz.....

El anciano permanece absorto largo tiempo, pasan las horas lenta y plácidamente. Quizá me-

dite sobre lo versátil de la vida, sobre la inconstancia de los hombres, o ¡quién sabe! si al conjuro del paisaje, bajo este cielo tan azul, pasan por su exaltada imaginación los ya lejanos y románticos *Recuerdos del tiempo viejo*.

A. FERNÁNDEZ FENOY

Objetividad de la obra de arte

TODA recordación lleva la nostalgia de un algo que fué en nosotros y este sentimiento de dolor recreativo, forma lo mejor de nuestra vida, nuestro presente también, y hasta nuestro porvenir, que no existe sino como ideal ensoñado con la atracción temerosa de lo irreal y de lo incierto. Tal vez, nuestra inquietud, acicatando el deseo de vivir lo que será, descubra y desvele el misterio dormido del futuro accidente y logre, avivando nuestra sensibilidad, apoderarse como de presente de una emoción que el mundo no ha de concedernos con objetiva realidad. Ella, por la creación que deriva, forma el campo de la expansión poética en que vivimos nuestra esencia conforme a su dirección ideal, y entonces se da nuestra verdad de la que el artista crea su obra materializándola para el mundo con la forma característica de su personalidad. Esta debe ser definida y firme, pero siempre flexible a las exigencias de la idea que es el espíritu de la obra. Vaguedad no vale tanto como indefinido, sino que es por el contrario, el más propio definir de ciertas emociones, sentimientos e ideas que por superiores y compuestas no pueden concretarse sin alterar o reducir su propio ser. Son lejanías que viven en nosotros con el supremo encanto de lo imposible y solo vislumbrado. Así, el artista creador, al realizar en su creación con la forma material lo mejor de su idea y de su sentimiento, que no ha de serle otorgado en su vivir, aprisiona, como si dijéramos, su futuro, para legarlo a la humanidad en glorioso pasado, perdurable reliquia de amor infinito siempre eterno.

No son nunca sino fracasados y mortales los sentimientos de odio y rencor, desvíos del mismo amor que los engendra, y este divino don que domina el espíritu universal, engendra asimismo el arte que es donde se define y se da en su esencia purificada. Por eso, los artistas son los predilectos y por eso también deben de ser los compadecidos, porque con el dolor traducen la esen-

cia infinita y su misma comprensión, al permitirles el placer inmenso de perdonar el mal, les da el sufrimiento de advertirlo en toda su intensidad.

Así, al ofrendar en la conmemoración de un centenario, nuestro culto al poeta que en su mismo lirismo vivió parte de nuestras vidas, debemos prendernos, infiltrarnos su propio sentimiento que de la universalidad fué recogido, para dárnoslo según su personalidad, modificando en su inspiración, que es la visión de lo objetivo en toda su complejidad, su idea con la universal y la universal con la que compone la suya esencial y aislada. Así es que, en el amor de un artista muerto, damos el nuestro más puro al vivir intensivo y apartado, ajeno a todo prosaísmo de forzada marcha. Es, en tal caso, al desaparecer su vida de entre nosotros, figura la del artista, representativa de nuestro ideal, y el de Zorrilla es el de toda España, divinizando en sus versos la extensión total que forma la complejidad de su privilegiado espíritu. Desde la visión desolada, de lucha fatigosa y desamparada en su propia grandeza, misticismo que altivo renuncia a toda idea sensual por la majestad extática de nuestra Castilla, hasta la voluptuosidad de orientalismo que aduerme el melancólico espíritu de presentimientos y añoranzas que vive en el milagro de Andalucía y sueña en esa región, las pasadas glorias que de sus pasiones extinguidas nos han legado en la realidad de sus poemas, de sus cantos y de sus monumentos.

El alma de la raza se da al genio del Poeta y él la traduce con la flexibilidad de sus diversos matices, recogiendo para sí sus destinos y anhelos, que expresa con tan propio sentimiento que en él nos descubre su amor humanitario, en esa cincelada expresión de su deseo:

«Dádme ilusiones, dádme una armonía—que arrulle el corazón con el oído,—para que viva la memoria mía,—cuando yo duerma en eternal olvido».

CARLOS BOSCH

"EL TENORIO," DE ZORRILLA

NADIE ha juzgado tan severamente este famoso drama como su propio autor, dándose el raro caso de que, cuantos después de publicados los *Recuerdos del tiempo viejo*, han escrito de esta obra, han tenido que defenderla contra las opiniones del mismo Zorrilla

El protagonista de este drama, *Don Juan Tenorio*, el *Don Juan* por antonomasia de nuestra literatura, uno de los pocos caracteres que España ha dado a la literatura universal, había sido ya llevado dos veces al teatro castellano: una, por el creador de este carácter, el mercedario Fr. Gabriel Téllez; otra, por D. Antonio de Zamora, refundidor de la obra de Tirso de Molina. Otros autores castellanos, como Lope de Vega, Moreto, Córdoba y Céspedes, nos habían presentado en algunas de sus obras, personajes adornados de rasgos donjuanescos, y varios escritores extranjeros, como Francesco Savio, Villiers, Dorimon, Molière, Dumesnil, Corneille, Shadvell, Goldoni, da Ponte, Byron, Dumas y otros, habían llevado a *Don Juan*, más o menos desfigurado, a sus obras, no siempre dramáticas. Esta era la que, pudiéramos llamar vida literaria de *Don Juan*, cuando a nuestro Zorrilla se le ocurrió llevarlo nuevamente al teatro.

Referir aquí el argumento del *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, sería inferir una ofensa no perdonable, a cualquier lector español que pasase su vista por estas páginas. No hay en nuestra patria quien no conozca este popularísimo drama, que, necesariamente, por la sanción popular, ha de representarse la noche de ánimas en todos los teatros de España, de los que desterró desde su aparición, en 1844, a la obra de Zamora, que había alcanzado idéntico privilegio.

Zorrilla tomó su héroe de Tirso, según él mismo confesó en sus *Recuerdos del tiempo viejo*; conservó los principales caracteres del protagonista de la obra del mercedario, aunque recargados en ocasiones; así tiene su *Don Juan* la belleza física, el valor llevado hasta la audacia, la discreción y la caballerosidad del de Tirso; pero el valor cae en ocasiones en la ferocidad y la caballerosidad desciende hasta recurrir a medios que Tirso hubiera, seguramente, reprobado. Manteniendo estos caracteres y algunos otros, como el de la lujuria brutal y desenfrenada, hay, sin embargo, una gran diferencia entre ambos protagonistas. El *Don Juan* de Tirso es

creyente, aunque su osadía le lleve a oponerse al cielo, si preciso fuera: el de Zorrilla, si aparece como tal en varios pasajes, es en algunos un incrédulo y en otros un verdadero impío, lo que quita valor y efecto dramáticos al reto y convite al Comendador, que son los dos momentos culminantes de la obra.

Zorrilla, no obstante esto, salva a *Don Juan* sin que en su vida hayamos encontrado un solo rasgo, un hecho cualquiera, en que esto pueda fundarse, como ocurre con tantos malvados de nuestro teatro, que obtienen el perdón de sus culpas por la devoción de la Cruz, como el héroe del drama de Calderón que lleva ese título, o por cualquiera otra circunstancia. Tenorio muere a manos del Capitán Centellas y lo salva el amor de Doña Inés, idea nada cristiana, que Zorrilla tomó del francés Dumas.

También es de Dumas la idea de oponer un rival a *Don Juan*, pues Tirso, Zamora y los otros dramáticos que lo habían llevado a la escena, lo habían presentado en lucha solo con los ofendidos por sus atrevimientos a las damas. Este rival se llama *Don Sandoval de Ojedo* en la obra del escritor francés, y *Don Luis Mejías* en la de Zorrilla: el carácter de *Don Luis* se acerca al de *Don Juan*, sin alcanzarlo nunca, es una figura secundaria, llevada al drama para hacer más palpables las extraordinarias condiciones del protagonista, y de quien éste se desprende, matándole, una vez realizada su apuesta de robarle su dama la noche antes de su casamiento.

Francesa asimismo, aunque más antigua, es la idea de llevar a este drama la seducción de una novicia, como lo realizó Molière, aunque de seducciones de novicias esté lleno nuestro teatro y nuestra novela. Zorrilla acogió esta idea, y trasladó a su drama con otros nombres, acortándola y variando algunas circunstancias, su interesante leyenda *Margarita la Tornera*, cuyo protagonista tanto se parece a *Tenorio*.

La figura de *Doña Inés* en el drama de Zorrilla, es interesantísima, y aparte de lo que pueda repugnar que se preocupe de tal modo por la salvación de su amante, olvidando la de su padre, que ha muerto sin confesión, atraerá siempre hacia sí las simpatías de los lectores de este drama y de los espectadores de su representación, al verla caer fascinada ante *Don Juan*.

Además de estas dos leyendas secundarias,



Dibujo de ISMAEL G. DE LA SERNA

la del rival y la de la seducción de la novicia, que no entraron en la obra de Tirso, y que agigantan la figura de *Don Juan* en la de Zorrilla, encontramos en ésta, otra tradición que se halla en el mismo caso; la del caballero que ve su propio entierro, y que es cosa muy antigua en nuestra literatura, donde desde el siglo XVI, y tal vez antes, se encuentra repetidamente, personificada, principalmente, en *Lisardo el estudiante*, y que el mismo Zorrilla aprovechó para su leyenda *El Capitán Montoya*.

El drama de Zorrilla no es, como el de Tirso, un drama de expiación y de ejemplaridad, y por eso, no encontramos en él a cada paso, como en la obra del mercedario, un aviso o recuerdo de la existencia de la vida futura, mas, es tal la in-

fluencia de Tirso sobre Zorrilla, que no pudo éste prescindir en absoluto de este gran recurso dramático, que alguna que otra vez aparece en su obra.

Mucho hay digno de alabanza en el drama de D. José Zorrilla, no poco es, sin embargo, lo que hay que censurar en él, mas por muchos que sean los lunares que se señalen en la obra, nada pierde por ello el autor que le dió vida, porque estos errores, cuando los cometen hombres como Zorrilla, todos quedan, como dijo un eminente crítico, cubiertos con el manto esplendoroso del genio, que distrae la atención del que admira la obra.

JOAQUÍN HAZAÑAS Y LA RUA.

De ayer a hoy

RECORDÁIS? Fué una tarde de todos los Santos, cuando nuestros padres nos llevaron por vez primera al teatro sin temer que retásemos al respetable público con alguna *barraquera* inoportuna. Se representaba *Don Juan Tenorio*.

Aquella tarde fuimos muy formalitos y tras la representación vinimos a casa, rimando indistintamente versos cogidos al vuelo en los cinco actos y recitándolos con afectación, y al acostarnos, dejamos, por excepción, encendida la luz para dormirnos tranquilos, olvidando bravuconerías y recordando los sobresaltos de Ciutti, los estridentes gritos de Brígida y la voz melodiosa de la sobrenatural D.^a Inés...

Para mí, es el de esta obra, el más grandioso triunfo de Zorrilla: la glorificación anual de millares de almas nuevas que aun no han leído lo suficiente para, metódicamente, aplicar el escalpelo, espíritus impresionables e impresionados por personajes rotundos, por visiones de fuerza imaginativa.

Indudablemente que, la asamblea del Teatro de la Cruz en la noche del 28 de Febrero de 1844, era de edad bastante madura. No de otro modo se comprende que aquellos nuestros ascendientes con tal unanimidad y frialdad escucharan la obra. Mas en fin, los locos y los niños dicen las verdades, y D. Juan Tenorio perdurará en la escena, sin más interrupciones que los obstáculos con

que haya de luchar para vencer a exóticos y fugaces modernismos que, de vez en vez alientan, no con la convulsión de un género que quiere vida, sino con la pesadez del que desea disfrazarse fuera de Carnaval.

Y es que tendrá que vivir siempre. Pueblo henchido de fantasía, mal podrá echar por tierra obras, producto de la fantasía, y alimentada esa fantasía por la leyenda, tanto más vivirá esa obra y llegará a los espíritus, si sobre la leyenda se modeló. Y arrojado el *Don Juan*, de la tradición y aderezado con las galas de la imaginación del poeta, se hizo carne y alentó con la savia de sus estrofas, y su triunfo es el triunfo de las bellas locuras, de las soñaciones fantásticas y de los mundos desconocidos, y a más de ello... es tan español...

De ayer a hoy... ¡pobres tradiciones nuestras baqueteadas por los escenarios! Temblad por vuestra existencia las que no fuistéis cantadas por el trovador... Quien os pudo hacer resurgir con energía y colores, se marchó también con la trágica visión de la Muerte por los senderos desconocidos, llevando sobre sí el peso de su labor de titán y la gloria de haber pregonado con sus acentos musicales y viriles, lo indómito y caballeresco de una raza soñadora.

JUAN MARÍA GALLEGU.

EL CANTOR DE GRANADA

LA bondad de Fernández Almagro, acordándose de mi modestísima persona, al tratar de glorificar a Zorrilla, con motivo de su primer centenario, me pone en un brete, del que no acertarán a sacarme, ni mis humildades que notorias son, ni vuestras benevolencias que gozan de fama.

Y no hago nada por salir del aprieto; que si es de enamorados, arriesgar por su dama, provecho y gloria, y hasta a veces la buena reputación de personas sensatas, por cuerdas tenidas, ¿cómo hurtarme al encanto de ser víctima vuestra, cuando en ello, más honrado que vencido, quedo?

Y anotad, para mayor apremio en mi aceptación, y mejor disculpa, que desde que abandoné la Prensa de mi Patria chica, y me adentré por fueros de la suerte en la de la Patria grande, es esta la primera ocasión que se me ofrece de colmulgar con mis hermanos andaluces. Dificilmente hallara mejor eucaristía que la grandiosa obra, del que, pudiendo optar a llamárselo todo, dejó un campo preeminente en su escudo tocado de la gracia de lo perenne, para grabar el mote de «El cantor de Granada».

Del español que no leyera a Don Quijote ¿qué pudiese decirse, con justeza que concretase la merecida execración? Omitámoslo generosamente, que por desgracia, diéranse muchos por aludidos en nuestra Patria, donde el analfabetismo abunda más de la cuenta. Pero amplíemos el juicio a los desconocedores de la gran labor del prodigioso poeta castellano; que son tan altas las cumbres, que a la mitad, mortales infelices, sabemos sí, que los dos llegan, pero ignoramos en lo que se sobrepasan.

Fijándonos pues, en la *élite* de los que poseen el secreto, no es merced otorgada graciosamente, porque así plugo a unos cuantos entusiastas, el extender a unanimidad, el juicio de hombre-cima, generalmente aceptado.

Mas, fuera pretender engañarnos, no establecer la gradación debida en el encomio. Los tiempos cambian, los gustos con ellos, la crítica, acoplándose a los gustos reinantes, fuerza es que aclare o espese el tamiz por donde los valores estéticos pasan. Y ese cedazo es muy distinto ya, a aquél por el que pasaran las obras del genio, cuando la vida de la actualidad les era propicia, y el poeta, proyectaba su sombra sobre ellas.

La Historia, con las serenidades que se requiere, al despojarse de sus condiciones afectivas, peca a veces de cruel. El juicio crítico, sometido de igual modo a exigencias análogas, ha de salvar con los respetos de la intención, los desmanes de la palabra.

Eramos muy niños cuando leímos de «un tirón» con fiebre, con una tensión de ánimo que solo producen las obras maestras, el conjunto de las escritas por Zorrilla. Alternaba entonces en nuestros entusiasmos con Núñez de Arce, y en el opuesto polo, nos parecía de una sabiduría excéptica, mundana y demoniaca, Don Ramón de Campoamor.

¿Por qué no seremos siempre niños, al menos en nuestras espirituales emociones?

La vida nos coge, nos traquetea, nos subvierte por entero, y cuando queremos *retroceder*, nos encontramos con que no es posible. Aquellos lugares que eran nuestra delicia, son los mismos. Aquellos versos llameantes, dicen siempre igual. Nosotros somos otros. El diálogo es imposible.

La vastísima labor de Zorrilla, ofrece tales márgenes a la crítica, que la obra negativa del análisis requeriría por lo menos, tantos tomos de amazotada prosa, como de versos floridos son debidos a su pluma egregia.

Yo pensara en el primer momento, en disertar, acerca de aquel imposible que creyera el poeta de imitar siquiera a Hoffman, en sus fantasías, por entender que le faltaba un cielo gris, y unos habitantes acostumbrados a él. Muy de Zorrilla la concepción. ¿Quién mejor que el sol, pudiera ser su enemigo? Mas si hubo lucha, el astro rey no resultó vencedor en la contienda. Ahí están las leyendas de sus *Cantos del Trovador* como fehaciente prueba y *Granada*, y el *Don Juan*, y la obra entera del mago castellano. D.^a Juana Pacheco, pudo aceptar sin miedo la responsabilidad, que galantemente, quería adjudicarle su esposo.

Mas, ¿a dónde nos condujera con el estudio?

De su gran poema «*Granada*», nos vienen estos versos a la memoria:

«.....la inspiración ahora

En mis entrañas inflamarse siento
Con fuego creador que las devora.
Incapaz de guardar mi pensamiento
El tropel de delirios que atesora
Va a romper impetuoso sus barreras
Y a lanzar en la sombra sus quimeras».

¿Qué fué Zorrilla sino eso? Una gestación fácil y constante; un parto feliz y permanente de valores estéticos. Muchos son sus hijos; príncipes los unos, los otros leprosos. Pero, ¿quiénes si no los Reyes engendran altezas? Y aunque todos hijos de casa real, no se han podido redimir de las humanas leyes; los hay humildes y arrogantes, comedidos y fanfarrones.

Zorrilla, es ante todo y sobre todo, una imaginación rápida y llameante, el poseedor de un léxico escogido que a su antojo maneja, un verificador de portentosas facilidades, un dominador de la vida y del ritmo, un derrochador de

imágenes, un torrente que se despeña, por cien abismos en cada uno de los cuales la poesía tiene una forma.

No es minucioso, no pule, no ahonda; pero, aventurero, generoso, despilfarrador de las dotes extraordinarias que la Naturaleza pusiera en él, es el poeta más representativo de la raza, con sus defectos y sus virtudes. Ruiseñor que no conoce la previsión, que no sabe de los efectos de la economía, pero que vive mientras puede, y mientras vive, canta.

Y en lo fantástico, acaso el único español que se aproxima a Hoffman, a pesar de que el sol, reina en el límpido azul español y el carácter nacional no sufre la tristona influencia de los cielos plomizos del Rhin.

JUAN AGUILAR CATENA

FIESTA ROMÁNTICA

LA noche del 18 de Noviembre de 1839, se verificó la solemne apertura del Liceo artístico y literario de Granada.

¿Cómo sería aquella noche de Noviembre? ¿Fría, lluviosa, plácida o esquiva? No lo sabemos ya; pero sí podemos sospechar, y aun asegurar, que fué una noche de emociones, de inquietudes, de nobles preocupaciones para los corazones sensibles de delicadas mujeres y de cultos varones.

En las mejores casas de Granada, se esperaba ansiosamente la hora de aquella fiesta. Allí, en un salón nuevo, bajo luces de petróleo (tal vez de aceite) iba a lucir lo más más selecto de la Sociedad granadina; allí las miradas de galanes y doncellas; allí la poesía, la música, el canto, la animación, el discreteo... ¿En cuántos hogares, al anoecer de aquel día, se probarían los vestidos, se compondrían los lazos en las gentiles cabecitas, se plancharían las apretadas prendas, se requerirían los gárrulos sombreros, se repasarían los discursos, se ensayarían los gestos, se vocalizarían los dulcísimos cantos?...

Un número entero de doble tamaño, dedicó el periódico *La Alhambra* a describir el inusitado acto, y a publicar los discursos y poesías que en él se leyeron. Aun quitando mucho al natural entusiasmo de los que lo relatan, que fueron los mismos que más contribuyeron a su realización, y al lenguaje de la época, tan hueco y

pomposo como los vestidos de nuestras abuelas, todavía queda bastante para que fuera una velada llena de encantos y de la gentil poesía que obsesionaba a aquella generación inocente y romántica.

El Liceo se instaló en el local del antiguo Colegio de San Miguel, en lo que hoy, según creo, es Jardín Botánico, y entonces formaba parte de aquel magnífico grupo de edificios de la Compañía de Jesús, que ahora constituyen la Universidad, el Gobierno Civil y el Colegio de San Bartolomé y Santiago. Cedido por el Gobernador del Arzobispado, con intervención del Jefe Superior político Don José M.^a Cambronero, se estrenaron aquella noche las obras del local, completamente renovado.

Empezó la velada, que debió ser bien larga, con una sinfonía dedicada al Liceo, de Don Francisco Valladar, en la que tomó parte, tocando el violoncello, Don Juan Bautista Salazar. «Al empezarla, dice *La Alhambra*, se descorrieron los velos que ocultaban los retratos de nuestras augustas reinas, colocados bajo un elegantísimo dosel». Lo cual prueba el acendrado monarquismo liberal y cristino que por aquellos días alentaba en muchos pechos».

El jefe político Sr. Cambronero, vicepresidente de la Sociedad, pronunció un discurso, que ahora, casi después de un siglo, todavía parece

discreto, valiéndole entonces no solo aplausos, sino un álbum «perfectamente encuadernado,» —dice *La Alhambra* con encantadora sencillez, —y «compuesto de 27 cuadros originales, pintados por los individuos de la Sección de Artes,» que a la misma tribuna subieron a ofrecérselo.

«Vimos de pronto, — habla el florido cronista, — adornarse el tablado de la orquesta con ocho «hermosísimas jóvenes de ojos brillantes y de «pura frente, y extenderse a sus lados otra porción «de caballeros, y a pocos momentos resonó en «nuestros oídos la preciosa música del gran coro, «en honor de las Ciencias y de las Artes, com- «posición del Sr. D. Bernabé Ruiz y letra del se- «ñor D. Aureliano Guerra y Orbe»... El Sr. D. José Fernández Guerra ocupó después la tribuna y leyó, por indisposición del Sr. D. Antonio Torres Pardo, el discurso inaugural.

«Apareció después junto al piano un cuer- «pecito delicado y flexible, encerrado en un ele- «gante vestido azul, que no le impedía sus movi- «mientos llenos de viveza, y una carita de tra- «vesura y de chispa; al momento resonó, en el «salón su nombre: la Srta. D.^a Teresa Boubier: «también apareció el Sr. D. Antonio Salido, y «ambos cantaron con suma precisión y gracia el «dúo de *Scaramuccia* en medio de repetidos «aplausos. Lanzóse en seguida a la tribuna con «la mayor intrepidez el Sr. D. Manuel Hazañas, «y con la gracia andaluza que todos reconocemos «en él, declamó un cortito discurso lleno de chis- «pa y de viveza, que excitó vivísimos aplausos.»

Y así, con poéticos e hiperbólicos elogios, sigue el curioso periódico reseñando la sesión. La señorita Doña Concepción Méndez tocó unas variaciones de la *Ana Bolena*; la poetisa malagueña D.^a Dolores Gómez de Cádiz, leyó unos versos; cantó la señorita D.^a Dolores Reyes, las variaciones de la *Ipermestra*; D. Julián Romea, leyó una poesía original titulada «Una noche en la Alhambra»; el dúo de *Semiramis*, fué cantado por D.^a Dolores Vela y Srta. Concepción Luque; D. Aureliano Fernández Guerra, leyó otra poesía dedicada al distinguido artista Ojeda Manti; y con variaciones de flauta que dejó oír D. Domingo Martín, terminó... la primera parte.

En el descanso de media hora que siguió a ésta, la distinguida concurrencia estuvo admirando los trabajos de la Sección de Artes, cuya curiosa reseña omitimos con sentimiento, pues constituye, a lo que creemos, la primera exposición de bellas artes que ha existido en nuestra ciudad. En la segunda parte, hubo otros *once*

números de música y poesías, en los que tomaron parte las señoras y señoritas D.^a Mercedes Cuéllar, D.^a Ana Venera, D.^a Paulina Tejedor, D.^a Emilia Zayas, D.^a Dolores Sequera, D.^a Purificación Moya y D.^a Francisca Fons, y los Sres. Moreno Bernedo, D. Juan Benítez, D. Juan B. Salazar, Paso y Delgado, D. Salvador Andreo, D. Agustín Salido y D. Antonio Palancar.

Todas las composiciones y discursos leídos, denuncian a la legua el ambiente romántico. Imperaba entonces Espronceda y el frac azul de cola de pichón. Vivían las gentes por aquella fecha, en la más idílica simplicidad, en medio de ilusiones, como en todas las épocas que siguen a grandes cambios políticos; el platónico amor a la libertad, libertad correcta y galante, de formas dulces y frases comedidas, iba mezclado con el culto al amor y a la belleza, amor triste y llorón, lánguido y sentimental como la música italiana, entonces de moda, y frágil y flexible como el talle apretado de aquellas espirituales damas.

Las alambicadas frases; los desplantes y exclamaciones oratorias; la enrevesada retórica, que giraba, mareada como una mariposa, alrededor de una imagen brillante o de un concepto amoroso; la misma ingenuidad de las costumbres, en que un sutil convencionalismo lo invadía todo, a manera de gasa de color de rosa; los bucles, los cabellos ensortijados y largos, los trajes de irisados colores, y toda aquella galantería melosa, nos parece hoy el prototipo de lo que llamamos cursi, por empalagoso y falso.

Mas, téngase en cuenta, que, si el fondo del interesante cuadro que ofrece la sociedad granadina en la primera mitad del siglo pasado, es el rosado o lila de aquel romanticismo, había, en cambio, en los corazones nobles sentimientos, y en el pensamiento ideales, siquiera fueren desequilibrados o infecundos; no se movían, no, aquellos espíritus por bajos instintos, ni por groseros propósitos, sino que, acostumbrados a levantar la frente, buscaban en las regiones del arte inspiraciones, y nobles placeres. Ingenuas e inocentes las personas y las costumbres, el error era todavía una deslumbrante paradoja, la malicia travesura, y la inmoralidad lirismo amoroso; muy al contrario de hoy, en que el error es negativa audaz; cínica la malicia, la inmoralidad grosera; y el fondo, en fin, de las costumbres no es rosa ni lila, sino negro, con las negruras del escepticismo.

NICOLÁS MARÍA LOPEZ.

Fantasia simbólica

LA ciudad está dormida y acariciada por la música de sus románticos ríos...

El color es plata y verde oscuro... y la sierra, besada por la luna, es una turquesa inmensa. La niebla está saliendo de las aguas y agrandando el paisaje. Los cipreses están despiertos y moviéndose lánguidos inciensan la atmósfera... y el aire convierte en órgano a Granada, sirviéndole de tubos sus calles estrechas... El Albayzín tiene sonidos vagos y apasionados y está envuelto en oropeles suaves de luz oscura... Sus casas tristes y soñadoras que mueve la niebla, parece que quieren contarnos algo de lo mucho grande que miraron... La vega es acero y polvo gris. Nada se oye que retumbe en el silencio... El río de oro gime al perderse por el túnel absurdo... el espejo del Generalife corre a desposarse con su novio el Genil... Sobre las torres cobre y bronce de la Alhambra, flota el espíritu azulado de Zorrilla. El viento tiembla y el bosque tiene sonidos metálicos y de violoncellos... Las esquilas de los conventos, están llorando lágrimas de hierro y castidad... La campana de la Vela, está diciendo una melodía tan grave y augusta, que los cipreses y los rosales tiemblan nerviosamente...

LA CAMPANA DE LA VELA

Cuando sueño tan triste y muriente es porque lloro algo que se fué para siempre... Mi amada la ciudad fué cantada por un hombre tan enamorado de ella que llegué a tener celos de él .. pero cuando se fué de la tierra lo lloré más que nadie, y tanto lo llamé, que un día que su espíritu pasó por aquí, me dejó en mi alma de hierro su corazón... Yo soy el corazón del poeta y mis sonidos son sus latidos. Por eso, cuando sueño tan desolada y melancólica en las noches granadinas, es porque lloro la voz del que suspiró por mi amada...

Encima de la Alhambra hay una gran oscilación de luz dorada. Los árboles del bosque se pararon y los naranjos dejaron caer sus frutas de seda... Las luces de las callejas del Albayzín se apagaron, y el río Dauro haciendo un arpegio de cristal se puso a cantar en tono menor... La vibración eléctrica se acentuó y una voz olorosa, pasional y trágica habló...

LA VOZ

Yo floto aquí sobre este palacio de pesadilla... porque formo parte de él; yo no puedo retirarme de esta ciudad porque soy ella misma...

Mi espíritu no está con el *supremo* porque este es mi paraíso... Mi frente de mortal fué coronada en este monte de ilusión. Yo me esfumé una noche con estrellas rojas y mi espíritu volando se posó sobre esta ciudad de ensueño y poesía... Ella me hizo poeta, ella me obligó a cantarla hablándome sus aguas, ella me embriagó con las esencias de sus cármenes... El río, que trae oro en sus aguas, se desbordó y comenzó a gritar llamando a quien había ha blado...

EL DAURO

¿Quién habló? Mis entrañas de oro han temblado esta noche de misterios. ¿Qué voz turbó mis focatas? ¿Quién eres que hablas así tan apasionadamente?

LA CAMPANA DE LA VELA

¿No lo sabes?... ¡Si tú fuiste su corona! No reconoces la voz que tantas veces nos adormeció con su sonar? Es el espíritu del poeta... Es la musical voz del que sintió más el alma de Granada...

LA VOZ DE GANIVET (con sonido de rosa marchita)

Mientes, mientes; el enamorado de Granada fuí yo y mi espíritu inquieto y atormentado está escondido para verla mejor en las heridas de la vega. Yo soy el que ama a la ciudad romántica con amor de fuego. No la pude cantar, porque el agua de hielo me fascinó y me escondí en sus senos...

LA CAMPANA

También eres tú grande y amante de la moruna ciudad. Tú y Zorrilla sois sus trovadores geniales... Pero tú te apagaste... y Zorrilla vivió...

EL RÍO (muy fuerte)

Ya sé quienes sois. Muchas veces os miré, y vuestras bocas de púrpura bebieron de mi sangre... Los dos sois grandiosos, los dos me amábais con locura... Los dos sois todo corazón.

LA CIUDAD (con voz de campana)

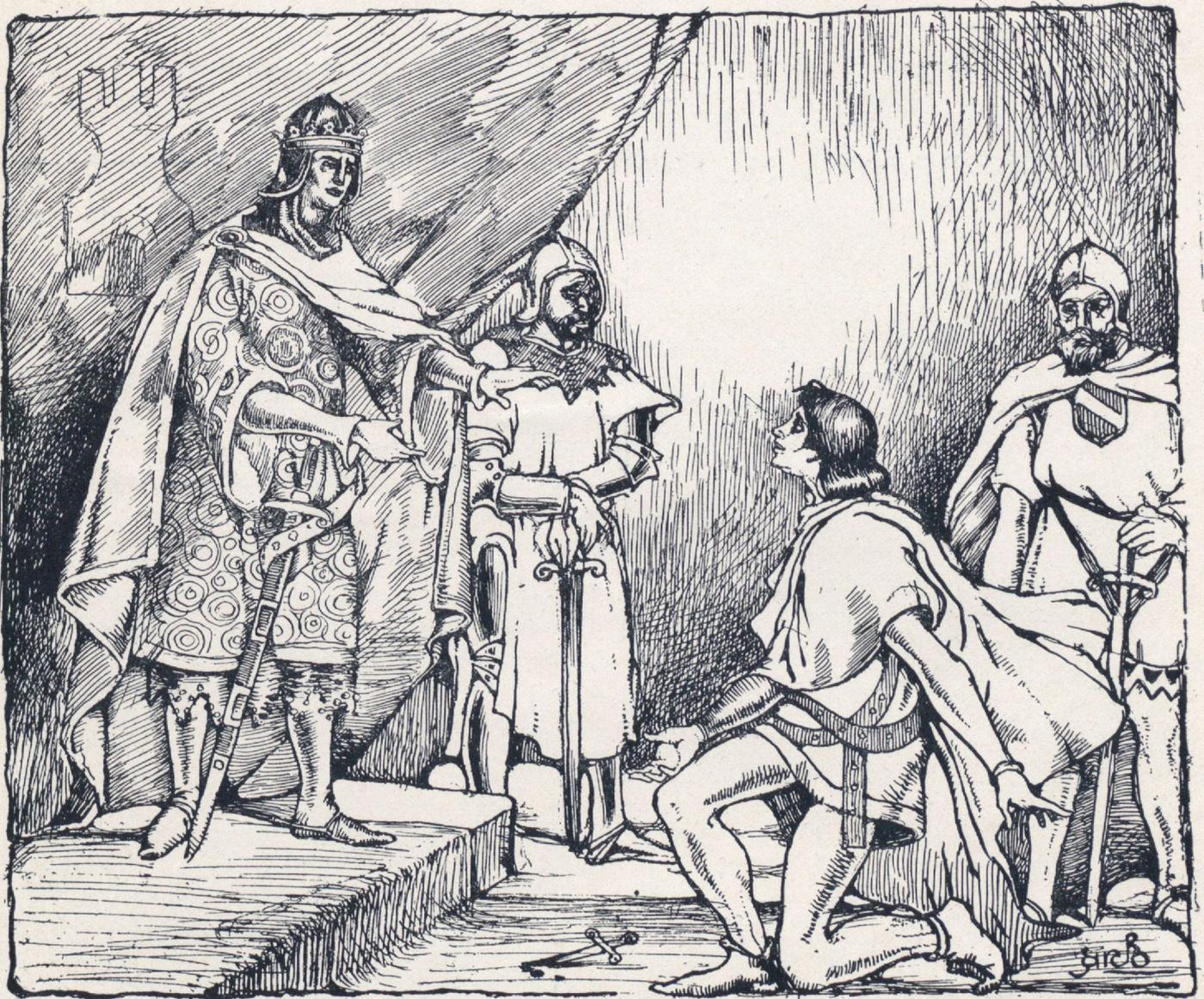
¡Salve! ¡Salve!

La luz era extraña y violeta. El silencio comenzó a tocar su ruido desfallecido y de raso negro y los ríos siguieron con su beso eterno...

El color de todo era azul, plata y rosa... Unas guitarras sonaban desgarradas y sublimes. Sus bordoneos eran gritos de amor y pasión. Las flores de los balcones estaban abriéndose, y los gallos hablaban unos con otros...

Granada era un sueño de sonidos y colores.

FEDERICO GARCÍA LORCA



EL ZAPATERO Y EL REY

ACTO CUARTO

ESCENA XXI

PEDRO Rapaz, acércate aquí.
¿Mataste a ese hombre?

BLAS ¡Piedad,

PEDRO señor, sabéis la verdad!
Díselo a todos, no a mí.

BLAS Mató a mi padre, señor,
y el tribunal, por su oro,
privóle un año del coro,
que en vez de pena es favor.

PEDRO ¿Lo oís? Así el tribunal
a un asesino juzgó.
Sentencia, pues, daré yo
para el vengador igual.
¿Qué es tu oficio?

BLAS Zapatero.

PEDRO No han de decir, vive Dios,
que a ninguno de los dos
en mi justicia prefiero.
Pesando ambos desacatos,
si en un año cumplía él
con no rezar, cumple fiel
no haciendo en otro zapatos.

(A Blas)

(A Teresa.)

Teresa: está ya de más
repetirte mis consejos:
ama a Pedro desde lejos,
no se lo digas jamás.

Puedes marido elegir,
que al cabo es mucho mejor
morir pobre y con honor
que dama del rey vivir.

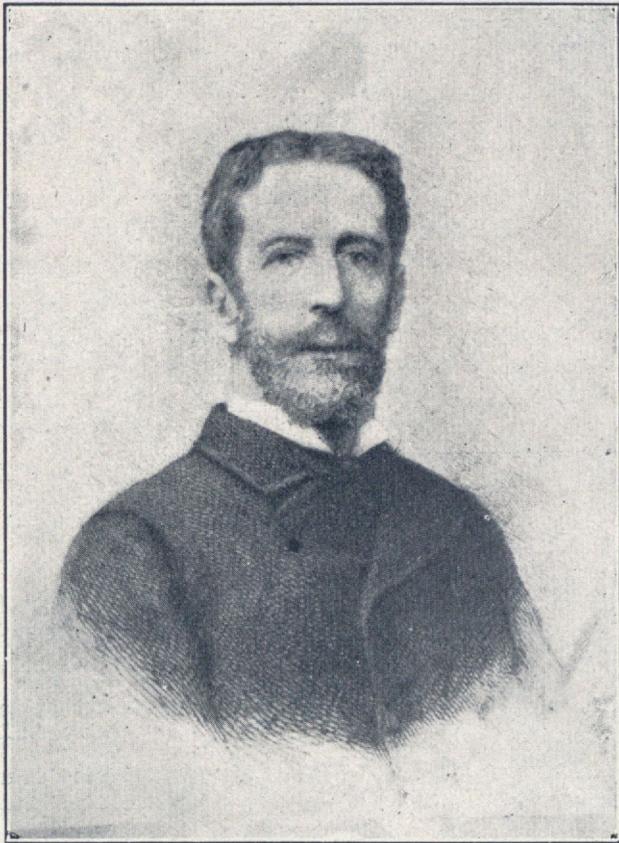
TERESA A vuestras plantas postrada,
señor, de mi orgullo loco
pídoos perdón.

PEDRO (A Teresa.) Mal es poco;
vete, que vas perdonada.

(A los que quedan en la escena.)

¡Vosotros canalla vil,
turba cobarde e ingrata,
que conspiráis de reata
en muchedumbre servil,
id; por necios os perdono!
¡Id de mi reino, insensatos,
que no quiero mentecatos
en derredor de mi trono!

Dibujo de SANCHO



EL DUQUE DE RIVAS

Cuatro retratos históricos

No son históricos estos retratos que aquí ofrecemos, porque los personajes que ellos representan hayan pasado ya de este mundo. Que si dos de ellos, el duque de Rivas y el conde de las Infantas, tiempo hace que se perdieron por el camino que no sabe del retorno de nadie, los otros dos, D. Antonio López Muñoz y D. Luis Seco de Lucena, aún viven, para dicha de todos.

Son históricos estos retratos, son históricos estos personajes, porque ellos van vinculados a la memorable fecha en que Granada, por arte de maravilla, labró con el oro de uno de sus ríos, la corona que ciñó los nevados cabellos del poeta Zorrilla.

Don Enrique Ramírez de Saavedra y Cueto, Duque de Rivas, varias veces Marqués, Senador y Académico, presidió las fiestas de la Co-

ronación, por delegación de S. M. la Reina Regente. ¿En quién mejor que en él, pudo recaer honor tan alto? En su preclaro nombre se compendian grandezas de nuestra Historia y de nuestra Literatura. Un ambiente de romanticismo de buen tono, circundó toda su vida. Nació en la isla de Malta, cuando su padre, el autor de *Don Alvaro*, allí residía como emigrado. Vivió en Sevilla y en Madrid, en París y en Roma; sirvió con lealtad y bizarría a la destronada Reina Isabel; recitó versos en las tertulias aristocráticas, frecuentó el trato de los escritores y artistas de su época, y siempre fué un perfecto caballero que a todo infundía un español aliento romanesco...

El Conde de las Infantas, por aquél entonces, presidía el Liceo, entidad, que como es sabido, promovió el homenaje que se rindió al glorioso trovador de España. Don Fernando Pérez del Purgal y Blake, brote ilustre de un añoso árbol nobiliario, encarnó también con propios méritos los prestigios de su alta estirpe. Fué un alma buena, de exquisitos gustos y de hidalgos proceder. Presidió nuestra Academia de Bellas



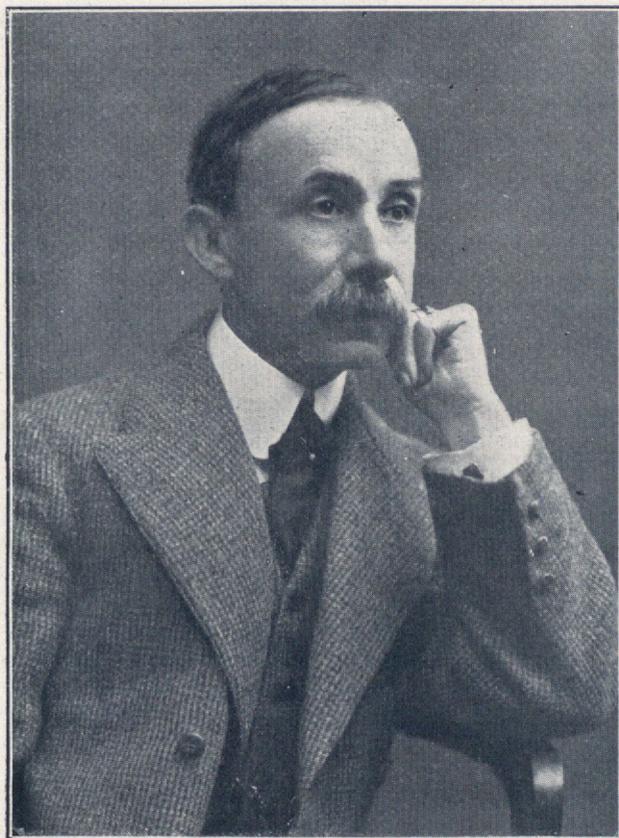
EL CONDE DE LAS INFANTAS

Artes y nos representó muchas veces en el Congreso de los Diputados.

López Muñoz fué el verbo de aquellas famosas fiestas. Como presidente de la Sección de Literatura del Liceo, hizo el discurso de la Coronación: todos los granadinos de cierta edad, recuerdan, con íntima fruición, los párrafos cuidadísimos e inspirados de este orador-poeta, que como escribió, precisamente en aquellos días, Salvador Rueda, «habla con palabras de luz.» El nombre de López Muñoz ha estado fuertemente ligado con el de nuestra ciudad: ha sido profesor de este Instituto, y Diputado a Cortes por esta circunscripción: en Granada ha publicado libros y ha estrenado obras teatrales. Pero los caminos de su vida, al ensancharse y encumbrarse progresivamente, le han ido apartando de nosotros. Hoy en que ya está en el pináculo de su brillantísima carrera, de seguro que guardará con amor el recuerdo de unas mañanas lejanas en que los chicos del Instituto, escuchaban embobados sus floridas disertaciones, y el de unas noches, igualmente distantes, en que el fino público de las



D. ANTONIO LÓPEZ MUÑOZ



D. LUIS SECO DE LUCENA

Ilibéricas, aplaudía la pulida belleza de sus imágenes oratorias.

Seco de Lucena fué el alma de la Coronación. Organizó las fiestas y con diligente entusiasmo, con activa sagacidad, trabajó, más que nadie, por el mayor éxito de aquéllas. Periodista era entonces y periodista continúa siendo; es hoy, lo que fué ayer y lo que será mañana: un incansable hombre de acción. Fundó *El Defensor de Granada*, al que él le imprimió una inconfundible personalidad, dentro de la amorfa prensa provinciana. Desde él, presidió una fecunda actividad literaria y artística. *El Defensor* recogió los escritos crepusculares de los literatos que se iban, y las primicias de las generaciones que alboreaban en el campo de nuestra intelectualidad naciente. En las columnas del más viejo de nuestros diarios, quedan las palpitations todas de la vida granadina en un largo espacio de tiempo: en el último cuarto del siglo pasado y en los primeros años de esta endiablada centuria que tantas sorpresas nos reservaba. Tiempos en los que Afán de Ribera regocijaba con sus *Siluetas*, y Ganivet, enviaba de tierras remotas, capítulos de sus obras, todo cerebro.

LO NACIONAL EN LA POESÍA

Cuándo puede decirse de un poeta que es un poeta nacional? Con motivo del centenario que celebramos, se ha dicho que Zorrilla era nuestro poeta nacional. Se trata de un juicio de honrada elaboración burguesa, vacío e inexpresivo. Zorrilla ha sido el poeta español más popular. El más leído por nuestros burgueses. La obra de Zorrilla abunda en temas marciales. ¿Por qué los arreos bélicos más truculentos tienen esta inexplicable repercusión simpática en el ánimo pacífico de nuestros tenderos y de nuestros burgueses? Un pequeño problema a dilucidar. Su éxito en nuestra patria fué inmenso. Ya no se leen sus libros. Pero su memoria vive entre sus lectores con la acartonada perennidad de una vieja memoria indestructible. Estos juicios que formulan de una vez para siempre gentes poco inteligentes, rara vez revisados y renovados, como que se trata de hombres que jamás releen, se oponen siempre a la crítica bien orientada y bien intencionada. Son invulnerables. Por ejemplo, tratándose de Zorrilla, se ha fallado que es nuestro poeta nacional ¿Qué es ser poeta nacional? Primeramente se nos ocurre llamar así a los soberanos ingenios, luminares máximos, uno para cada nación, cuya obra encarna todo el espíritu de su raza y es el índice de sus posibilidades. Por esto, por haber encarnado el alma nacional en su obra, son máximos poetas. Indistintamente, ellos o sus héroes representan el pueblo en que nacieron. Son los hombres representativos. Tal vez, pertenecen al pasado literario. No importa. La cualidad más eminente de su obra es la inactualidad. Han engastado en el oro del arte lo que hay de esencial en el espíritu de un pueblo. Nada menos. No han versificado la historia. Cuando en España, modernamente se ha querido hacer teatro poético nacional, todo se ha reducido a animar ficticiamente unos maniqués armados de camisetas a guisa de cota de malla, y con yelmos y mandobles. Y no es eso.

Cuando se habla hoy de Patria española, se alude siempre a nuestro pasado guerrero. Para nosotros solo es nacional lo pretérito, es decir, lo que no es y por consiguiente lo que no es nacional. La obra de Zorrilla abunda en temas marciales. Y casi todos sus poemas narran sucesos acaecidos allá en los tiempos del rey que rabió. Esta apariencia de vetustez castellana en

armas blancas y yelmo empenachado, bastaba a los lectores españoles. Llamaron a Zorrilla poeta nacional, y luego le coronaron.

Zorrilla fué muy español. Los poetas románticos han hecho o intentado hacer de su vida un poema, el más admirable de sus poemas. Zorrilla fué un español representativo de su época. No así su obra. Pero se pasó de una a otra fácilmente. De hombre muy español, se pasó a poeta muy español. Y como el poeta lo es por su obra, la de Zorrilla quedó consagrada como muy española.

Zorrilla quiso hacer la epopeya castellana. En 1871, el poeta se dirigió al Gobierno provisional en demanda de socorros pecuniarios que le permitieran llevar a cabo una obra de gran aliento, ya comenzada. Un legendario histórico y tradicional español, «que mejorara y amplificara el antiguo Romancero». No le fueron acordados estos auxilios de que había menester. No se llevó a cabo el proyecto grandioso. Solo publicó el viejo poeta la primera parte de un legendario inconcluso *La leyenda del Cid*, enderezada a la ciudad de Burgos, en luengas y polirrítmicas tiradas de versos.

Zorrilla no podía hacer epopeyas. Como Musset, «il était venu trop tard—dans un monde trop vieux» - Le faltaba el candor de visión que permite la fidelidad del traslado. El fondo histórico, en la epopeya, en la obra nacional, es lo secundario. Lo primario y substancial es el héroe. Zorrilla no conocía a su héroe, sino a través de unos libritos y otros tantos prejuicios que, aderezados con las tradicionales galas de los tropos y las figuras lógicas y patéticas, se habían subrepticamente adueñado de su espíritu. Faltaba a sus héroes calidad epopéica. No nos basta, leyendo un poema con pretensiones de epopeya que el poeta, a vueltas de mucha retórica, se esfuerce en convencernos de que sus héroes son magníficamente grandes y tan nacionales que no hay más que hablar. Es menester que realmente sean lo uno y lo otro. Cuando un poeta crea sus héroes sobre prejuicios, difícilmente podrá infundirles aquellos caracteres. Una obra nacional no lo es porque hable de Witiza o de D. Pelayo. Mientras no nos conozcamos en ella, mientras no encarne en sus personajes nuestra raza del todo y para siempre, aquéllos queden como símbolos de ésta; no hay epopeya, ni obra



nacional, ni poeta nacional. Descartemos todas éstas pequeñas—o grandes—falsedades de la obra de Zorrilla. El resto es literatura: ¡viva el resto! Aquí toda nuestra admiración, florecida en alabanzas cordialísimas. Alabanzas a este gran poeta que no necesita ser llamado *poeta nacional*, ni nada, para ser grande y magnífico.

Don Juan, el *Cid* estaban creados, artísticamente antes de Zorrilla. ¿Cuáles son las grandes creaciones épicas del vallisoletano cantor de Granada? A aquellos héroes, criados por el alma española, luego de un doloroso proceso de elaboración, cada edad ha añadido una emoción nueva. ¿Qué añadió Zorrilla a los personajes que tomó en la leyenda o en la tradición, e hizo hablar en versos magníficos? Exigiría muchas páginas el determinarlo, y un estudio detenido de la obra de Zorrilla. No hemos de hacerlo nosotros ahora. Pero hoy al buscarnos en las páginas de sus leyendas y de sus poemas, no nos encontramos, no nos reconocemos. En general, no nos encontramos en ninguno de nuestros clásicos. ¿Mintieron ellos o hemos cambiado nosotros? Estamos cada día más lejos de nuestros grandes libros. Apenas son nuestros.

Zorrilla vivió en una época en que todavía el *Cid* era el espejo, la flor, de la caballerosidad, lealtad e hidalguía españolas. Nosotros no pertenecemos a la caballería de capa y espada, ni a la otra de loriga y capacete, y hoy, para nosotros, el *Cid* es un condotiero. No llegó Zorrilla a la realidad profunda del alma española. Por eso no podemos llamarlo poeta nacional.

No podemos estar conformes con el sentido nacional de las leyendas y de los fragmentos del truncado legendario de Zorrilla. Queda el resto, la literatura, ¡Y qué literatura! Si Zorrilla no siempre nos causa grandes emociones; ¡como nos paga en música esta decepción que su lectura nos produce alguna vez! Conformes en esto con sus más apasionados admiradores. Zorrilla era para los españoles el genio improvisador incapaz de estudio y meditación, incorrecto y desigual. De él queda, sobre todo, su dicción magnífica. Una legión de personajes borrosos e indistintos en trusa y calzas, ropillas y ferreruelos, se pierden gesticulando en una lejanía brumosa, para siempre.

José F. MONTESINOS

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Aún a trueque de hacer enumeración incompleta, de las obras de Zorrilla, y de sus ediciones, así, como de los estudios que su interesante figura ha suscitado, insertamos a continuación unas notas que sirvan de guía al que trate de estudiar al poeta y a su obra.

I.—Las obras de Zorrilla

Poesías, 1837-40.—*Más vale llegar a tiempo que rondar un año*, comedia, 1838.—*Vivir loco y morir más*.—*Juan Dándolo*, drama, en colaboración con García Gutiérrez, 1839.—*Ganar perdiendo*, comedia, 1839.—*Cada cual con su razón*, comedia, 1839.—*Lealtad de una mujer y aventuras de una noche*, drama, 1840.—*El zapatero y el Rey*, primera parte, 1840.—*El zapatero y el Rey*, segunda parte, 1841.—*Cantos del trovador*, colección de leyendas y tradiciones históricas, 1841.—*Libro de la juventud*, traducido de Silvio Pellico, en colaboración con don Francisco Pareja y Alarcón, 1841.—*Apoteosis de don Pedro Calderón de la Barca*, loa, 1841.—*Vigilias del estío*, 1842.—*Los dos virreyes*, drama, 1842.—*El caballo del Rey don Sancho*, drama, 1842.—*Sancho García*, tragedia, 1842.—*El eco del torrente*, drama, 1842.—*Caín, pirata*, cuadro de introducción a *Un año y un día*, 1842.—*Un año y un día*, drama, 1842.—*El molino de Guadalajara*, drama, 1843.—*El puñal del godo*, drama, 1843.—*La mejor razón, la espada*, comedia, 1843.—*La oliva y el laurel*, alegoría, 1843.—*Sofronia*, tragedia, 1843.—*Recuerdos y fantasías*, 1844.—*Don Juan Tenorio*, drama, 1844.—*La copa de marfil*, tragedia, 1844.—*La azucena silvestre*, leyenda, 1845.—*El desafío del diablo y Un testigo de bronce*, leyendas, 1845.—*El alcalde Ronquillo*, drama, 1845.—*Alhama el Nazarita*, 1847.—*La calentura*, drama, 1847.—*El Rey loco*, drama, 1847.—*La reina y los favoritos*, drama.—*Ofrenda poética al Liceo Artístico y Literario*, 1848.—*El excomulgado*, drama, 1848.—*La*

creación y el diluvio, espectáculo teatral, 1848.—*María*, corona poética de la Virgen, en colaboración con D. H. García de Quevedo, 1849.—*Traidor, inconfeso y mártir*, drama, 1849.—*Un cuento de amores*, en colaboración con D. H. García de Quevedo, 1850.—*Cuento de cuentos*, 1851.—*Granada*, poema oriental, 1852.—*Cuentos de un loco*, 1855.—*La flor de los recuerdos*, 1855.—*La rosa de Alejandría*, leyenda, 1857.—*Dos rosas y dos rosales*, leyenda, 1859.—*El drama del alma*, 1867.—*Album de un loco*, 1867.—*Ecos de las montañas*, 1868.—*Las almas enamoradas*, 1868.—*Entre clérigos y diablos o el Encapuchado*, drama, 1870.—*Lecturas hechas en el Ateneo Científico y Literario de Madrid*, 1877.—*Recuerdos del tiempo viejo*, 1880-85.—*La leyenda del Cid*, 1882.—*El cantar del romero*, 1885.—*La leyenda de Don Juan Tenorio*, 1885.—*¡Granada mía!* 1885.—*Gnomos y mujeres*, 1886.—*A escape y al vuelo*, 1888.—*De Murcia al cielo*, 1888.—*Mi última brega*, 1888.—*El Tenorio bordelés*, 1897.—*Últimos versos*, 1908.

II —Estudios

Alonso Cortés, Narciso: *Zorrilla, su vida, sus obras*, 1917.—Blanco García, P. Francisco: *Historia de la Literatura española en el siglo XIX*, Madrid, 1891-94.—Fernández, Isidoro: Prólogo a *Traidor, inconfeso y mártir*, en la Colección de Autores dramáticos contemporáneos, tomo 1.º, Madrid, 1881.—Ferrer del Río, A.: *Galería de Literatura española*, Madrid, 1846.—Pastor Díaz, Nicomedes: *Estudios Literarios*.—Piñeyro, Enrique: *El romanticismo en España*, París, 1894.—Ramírez Angel, Emiliano: *Biografía anecdótica de Zorrilla*, 1915.—Revilla, A. de: *Las Obras*, Madrid, 1885.—Sancho, Manuel: *Crónica de la Coronación de Zorrilla*, Granada, 1889.—Valbuena, A. de: *José Zorrilla, Estudio crítico biográfico*, Madrid, 1889.

CRÓNICA DEL CENTENARIO

EL primer Centenario del nacimiento de Zorrilla, ha dado motivo a que unos cuantos Centros de cultura y algunos periódicos y revistas, tributen homenaje a la memoria del glorioso Trovador de España. Pero en general, las solemnidades del Centenario, han resultado algo frías, acaso porque las trágicas circunstancias en que hoy vive el mundo, hayan impedido que el entusiasmo público se concentre en pura fiesta de evocación literaria. Por lo pronto, Madrid, ha debido hacer más de lo que ha hecho. Aparte de su carácter oficial de Corte de las Españas, de centro del Estado, ligábanle con la memoria del poeta motivos y razones que no han debido desentenderse. En Madrid se reveló Zorrilla en aquella célebre tarde del entierro de Larra, tantas veces descrita: descrita por Mesonero Romanos, por Pastor Díaz, por Pérez Galdós. En Madrid residió durante muchos años. En Madrid alcanzó clamorosos triunfos teatrales y en Madrid, por último, en un modesto piso de la calle de Santa Teresa, finó su vida. Pues bien: solo un centro, el Ateneo, le ha consagrado un homenaje: solo dos publicaciones (que sepamos) le han ofrendado números extraordinarios. Lo demás, han sido recuerdos dispersos, algunos artículos escritos al vuelo...

Fuera de Madrid, Zaragoza y Valladolid han celebrado la memoria de Zorrilla. Valladolid que fué su cuna, le ha ofrecido unos brillantes festejos, animados por un poderoso aliento de perduradera eficacia. El Ayuntamiento ha editado el libro de Alonso Cortés, y con la asistencia de caracterizados representantes de la intelectualidad española, ha inaugurado la casa de Zorrilla, llena toda ella de interesantes recuerdos.

Granada, lucero orientador del arte del gran vate castellano, no podía permanecer impasible ante conmemoración tan radiante, y en efecto, ha hecho lo que ha podido, como siempre que de cosas de éste linaje se trata, se ha valido de su órgano genuino, siempre activo y fecundo: el Centro Artístico.

La noche del 21 de Febrero, celebramos una

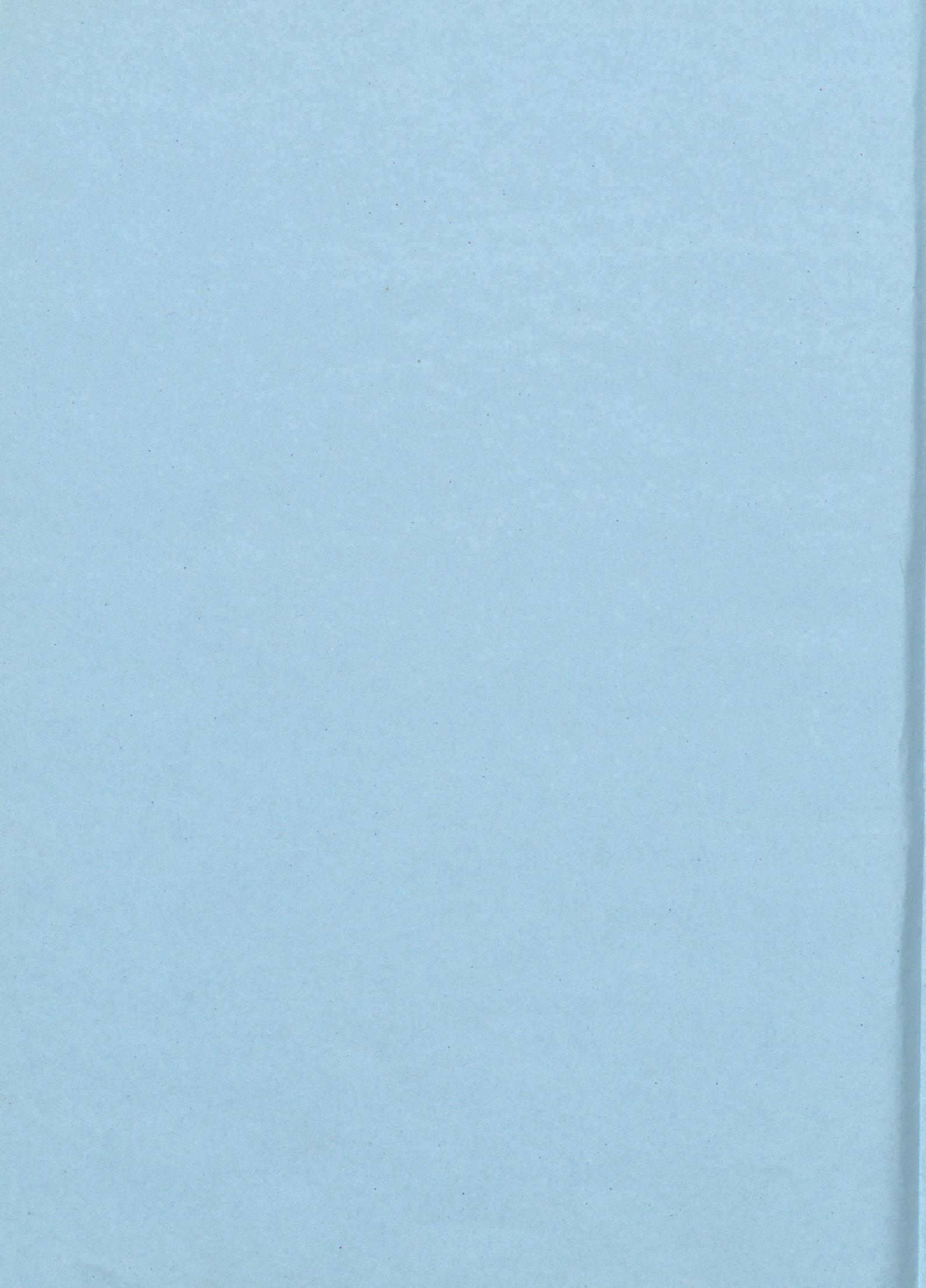
sesión, a cuyo mejor lucimiento contribuyeron, con su asistencia, las autoridades, casi todos los socios, y todo ese público escogido y culto que jamás desoye voces de Arte y de Belleza.

Comenzó el acto con la lectura que el doctísimo decano de nuestra Facultad de Letras don Eloy Señán, dió de un notable trabajo que tenemos el honor de publicar en este número, para enseñanza y solaz de todos. A continuación, el joven literato, bibliotecario del Centro, D. Antonio Gallego Burín, leyó algunas poesías de Zorrilla. Por último, nuestro querido presidente, el muy culto capellán de Reyes Católicos y Vicerector del Colegio de San Bartolomé y Santiago, D. Alfonso Izquierdo Martínez, pronunció unas elocuentes palabras de gratitud, a todos los que, de una u otra manera, contribuyeron al esplendor de la velada, de saludo al Gobernador Civil de esta provincia, hijo ilustre de Valladolid, D. Pedro Vitoria (que con el Sr. Izquierdo presidió la solemnidad), y de aliento a todos los elementos del Centro, para que perseveren en la labor que desarrollan, proponiendo, antes de acabar, que un busto de Zorrilla presida nuestros salones. Fué muy aplaudido.

Los maestros de piano y violín, Benítez y Henares, de cuyos méritos artísticos nada nuevo hemos de decir, ejecutaron en los intermedios escogidos trozos de música.

Complemento del homenaje que en la noche del 21 de Febrero rindió el Centro Artístico de Granada a D. José Zorrilla, es este número extraordinario de su BOLETÍN que ofrecemos a la benevolencia del lector. Escriben en él como se verá, prosistas y poetas de distintas regiones de España; a todos ellos, que con generosidad sin igual, nos han hecho merced de su valiosa colaboración, le expresamos públicamente nuestra gratitud.

Y no seríamos justos, sino recogiéramos aquí, siquiera no sea con más extensión, la velada que a Zorrilla dedicaron los Exploradores, celosos siempre de acercar laureles a las glorias de España.





DE JOSÉ ZORRILLA



232

HOMINIA A HOMINIA

82

ZOF
HOM